VERÓNICA CABALLERO SÁNCHEZ

EL SECRETO DE ENZO



Una novela de crímenes, misterio y suspense.

EL SECRETO DE ENZO

VERÓNICA CABALLERO SÁNCHEZ

El secreto de Enzo.

© Verónica Caballero Sánchez. 2024.
© Ana Orgaz, por la corrección y maquetación.
Octubre de 2024.

Todos los derechos reservados.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley, y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de la autora. Todos los personajes, situaciones y sucesos que aparecen en el libro son ficticios. Cualquier parecido con la realidad es coincidencia.

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34

Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45

Gracias a todos mis lectores.

Capítulo 1

Seguía dando vueltas en la cama con los ojos abiertos de par en par. Había dejado el móvil en la mesita de noche con el volumen alto. Una sensación extraña recorría su interior de manera inusual y rocambolesca. No podía hacer nada, salvo esperar que le dieran una pista o señal de dónde se encontraba su marido. Nunca había desaparecido ni había dormido fuera de casa, excepto por trabajo, de manera esporádica. Su intuición le decía que algo no iba bien. Tragó saliva mientras continuaba en posición fetal dentro de la cama. Se había tapado la cabeza con la sábana, para que sus hijas no la escucharan llorar. Miró el despertador de su marido con los números verde fluorescente, para comprobar la hora. El tiempo transcurría despacio y la impotencia de no poder hacer nada la estaba llevando a un estado de nervios que solo podría parar una dosis de fármacos para dormir.

Dio un respingo en la cama al escuchar el sonido del móvil, que invadió el silencio de la habitación. Se secó las lágrimas antes de extender la mano para coger el teléfono. Un nudo se le instaló en el estómago. Sin lugar a duda eran malas noticias. Lo presentía.

—¿Sí? —Comprobó de nuevo la hora en el despertador.

«Las cuatro de la mañana. Por favor, que no esté muerto. Por favor», rezó en su interior con la esperanza de que algún dios escuchara sus plegarias.

—Hola, ¿Eva Betancur?

—Sí, soy yo. Dígame.

—Soy Jimena, la agente con la que habló y denunció la desaparición de su marido, Enzo.

—Sí, me acuerdo. ¿Le han encontrado?, ¿está bien? Dígamelo, por favor —rogó sin dejar de llorar. Se colocó en el borde de la cama y con la mano libre agarró fuerte la sábana sin dejar de apretarla.

—Necesitamos que venga a comisaría. Si le es posible, no venga sola.

—Por favor, contésteme. ¿Está vivo? —Alzó la voz.

—Es mejor que venga y hablemos en persona. La espero.

—¡Contésteme! —chilló, fuera de sí.

—Por favor, Eva, venga a comisaría. Créame cuando le digo que es mejor así —excusó su mutismo sin aparente razón.

—De acuerdo —dijo resignada.

Colgó y se levantó de la cama de un salto. Avanzó con grandes zancadas hasta la habitación que sus padres habían ocupado de manera provisional ante la desaparición de Enzo. Entró de manera inesperada, lo que provocó que su padre, Emilio, se despertara con un movimiento a galope de corazón.

—¿Qué pasa? —preguntó asustado y con la mano en el pecho.

—Tengo que ir a comisaría, me acaban de llamar. No me han querido decir nada. —Tragó saliva mientras las lágrimas se deslizaban lentamente por sus mejillas.

Pilar se desveló automáticamente al escuchar el sonido del llanto de su hija. Se levantó para

dirigirse hacia ella y la agarró por los hombros para sentarla con cariño a los pies de la cama, donde estaba Emilio.

—Tienes que tranquilizarte. —La miraba fijamente a los ojos, sin soltarla—. Espera a hablar con la agente, no tienes que ponerte en lo peor hasta que te lo hayan confirmado.

Eva asintió con el aliento entrecortado. Emilio colocó la mano en la espalda de su hija y la acarició para dejarle patente su apoyo.

—Voy contigo. —Se quitó la colcha de encima con la intención de no dejarla sola ante la inevitable mala noticia que iba a recibir.

—No, quedaos con las niñas. Prefiero que me acompañe Carolina. Si tardo más de la cuenta en volver ellas no sospecharán nada —hablaba sin dejar de mover la cabeza ante la necesidad de confirmarse a sí misma que todo iba bien.

—De acuerdo. ¿Estás segura? —preguntó Emilio con expresión dudosa.

—Sí, no hay nadie mejor para cuidar de ellas.

Sus padres asintieron con los ojos brillantes y el pulso tembloroso.

«Está muerto», pensó Emilio al ver cómo abandonaba la habitación. Acto seguido, miró a su mujer y le agarró la mano con expresión de latente preocupación. Asintió. Pilar tenía en la mente la misma idea trágica e indeseable que llevaban días evitando pensar pero que, por desgracia, se había hecho corpórea en esa oscura noche de invierno.

Eva deshizo los pasos que había dado unos minutos antes para vestirse lo más rápido posible y escuchar de la boca de la agente lo que tenía que decirle. Era lo suficientemente lista para saber que era una mala noticia. Esperaba que no fuera que lo habían hallado muerto, pero no podía evitar que aquella fatídica idea la atormentara una y otra vez.

Se detuvo para llamar a su mejor amiga, Carolina. Estaba al tanto de lo que ocurría, motivo por el cual cogió el móvil al primer tono. Su voz denotaba preocupación y compasión a partes iguales.

Eva jugaba de manera inconsciente con su largo pelo negro.

—Voy a comisaría, me acaban de llamar para que me persone allí, no me quieren decir nada por teléfono —dijo con voz quebrada.

—Espérame en casa, en diez minutos estoy en la puerta.

—Vale —logró decir antes de colgar.

Su cuerpo no respondía a las órdenes que el cerebro mandaba. El reflejo de su aspecto demacrado había conseguido aislarla de la realidad. Lo observaba desde fuera como si el cuerpo en el que estaba viviendo no le perteneciera. Una sucesión de imágenes de ella junto a su marido se repetía sin cesar en su cabeza. Aún sostenía el teléfono en la mano cuando volvió en sí y comenzó a caminar hasta la puerta de la casa. Descendió las escaleras automáticamente hasta el perchero que se encontraba en la entrada, cogió uno de los abrigos que había colgados y se lo puso antes de salir. Miró el reloj sin prestar atención. Observó el final de la carretera y comprobó que Carolina estaba llegando en su todoterreno blanco. Eran amigas de la infancia. La amistad que las unía era más que eso. Decidieron vivir en el mismo barrio. Sus chalés solo se separaban por unos pocos números.

El coche se detuvo a su lado. El pelo rubio platino de su amiga fue lo primero que reconoció en el interior. La corta melena se balanceó al bajar la ventanilla. Eva no reaccionaba a pesar de que su mirada permanecía clavada en los ojos vidriosos de Carolina.

—¡Vamos! —dijo asomando la cabeza.

Eva reaccionó al sonido y arrastró los pies en un impulso para acceder a la puerta del copiloto y sentarse.

—No te preocupes, no me voy a separar de ti —afirmó mientras la agarraba del brazo.

—Lo sé. —Le acarició la mano—. Gracias por acompañarme.

Asintió con media sonrisa.

—¿Tus padres están con las niñas?

—Sí, les he dicho que vendrías conmigo y se han quedado en casa.

Eva miró a la ventana de su chalé y comprobó que sus padres se habían levantado. La luz de la cocina que daba a la calle estaba encendida. Emilio y Pilar se habían desvelado al recibir la noticia. Desecharon rápido la idea de volverse a dormir. Se pusieron una bata por encima, debido al frío de la noche que inundaba la casa, y bajaron para comenzar el día antes de la hora habitual. Emilio miraba la cara desencajada de su mujer mientras preparaba el café. Tardaron varios minutos en aceptar lo que estaba ocurriendo y en despegar los labios. No querían decir en alto lo que sus mentes estaban pensando a gritos. Desde que Enzo desapareció de manera inesperada, la hipótesis de que estuviera muerto no dejaba de atormentar a la familia.

Capítulo 2

La noche era fría y desoladora. Las nubes habían cubierto el cielo y la brisa dejaba su señal en los rostros rojos de la poca gente que caminaba por la calle. Carolina se encontraba indecisa sobre qué hacer en una situación como aquella. A pesar de que llevaban más de una década juntos, se querían como el primer día. Seguían estando enamorados y no les importaba predicar su amor a los cuatro vientos delante de cualquiera. A Carolina le dio un vuelco el corazón ante la llamada de Eva en horas intempestivas. «Lo han encontrado muerto». No existía otro motivo racional para decirle a la mujer de un desaparecido que tenían que hablar en persona. Hizo un ligero amago de poner la radio, pero enseguida cambió de idea. La mano se detuvo a medio camino y volvió al volante. Eva la miraba. Decidió decir en voz alta lo que todos pensaban, pero nadie se atrevía a decir.

—Sé que está muerto, lo presiento desde el primer día —balbuceó con palabras entrecortadas.

—Hasta que no te lo confirmen, no supongas nada.

—Por favor, no me tomes por tonta, no existe otra razón para hacerme ir de madrugada a la comisaría —resolvió con gesto convulso.

—Ya. —Se mantuvo en silencio—. Lo he pensado, pero esperemos a hablar con ellos.

Eva asintió, mirando por la ventana. Recordaba la mañana en la que se despidió de su marido para no verlo nunca más. Todas las mañanas se abrazaban y despedían con un beso en la puerta. La imagen y lo que sintió en ese instante sería un recuerdo celosamente guardado para siempre.

Enzo era un gran periodista de investigación de sucesos. Le encantaba su trabajo, era una de las pasiones de su vida. Solía decir que, para no trabajar, tenías que conseguir hacer de tu afición tu trabajo. Y es lo que hizo. Le había costado un esfuerzo descomunal costearse la universidad. Vivió en un orfanato hasta los dieciocho años. Al salir, tuvo la suerte de que uno de sus grandes amigos le prestó ayuda y se fueron a vivir juntos a un piso de estudiantes. Enzo trabajaba y estudiaba durante largos días para cumplir su sueño, sin embargo, todo habría sido en vano sin la ayuda de su amigo Adrián. Ambos estudiaron periodismo y, cuando Enzo faltaba a alguna clase por cuestiones de trabajo, Adrián le pasaba los apuntes y le ayudaba en los proyectos que debían presentar. En la mayoría de las ocasiones se solía encargar de todo para que Enzo pudiera aprobar sin faltar a trabajar. Siempre le ayudó de manera desinteresada y sin pedir nada a cambio.

Adrián fue la primera persona a la que llamó Eva cuando Enzo no apareció esa noche. «Le ha pasado algo. Enzo no es así, no hace esas cosas». Fue lo que dijo ante la ausencia de su amigo. Tanto su mujer como Adrián sintieron que se habría metido en un gran lío. Sus investigaciones se acercaban a escasos metros de la verdad, lo que no solía ser del agrado de los involucrados. En varias ocasiones le habían advertido que perseguir la verdad algún día le daría un susto. Ese día había llegado.

Llegaron a la entrada de la comisaría en un riguroso silencio. El sol aún no había salido en su totalidad. Unos minúsculos y débiles rayos eran los únicos que se dejaban ver. El cielo mostraba diversas tonalidades de naranja alrededor de la gran bola de fuego. Eva cerró los ojos por unos

segundos antes de cruzar la puerta automática de la comisaría. Carolina le acarició el brazo varias veces más, para darle el apoyo que necesitaba, pero que no sería suficiente para la noticia que iba a recibir.

Conocía el camino que las llevaría al despacho de Jimena. Hacía dos días se encontraba sentada sin dejar de llorar ante la mirada empática de la agente. No la conocía, pero estaba convencida de que aquella mujer había movido cielo y tierra para encontrar a su marido. Su amiga no encontraba las palabras adecuadas. Decidió guardar silencio hasta que conocieran el motivo que las había llevado a abandonar la cama de madrugada. Salieron del ascensor y los ojos marrones de la inspectora se cruzaron con los de Eva. El rostro de Jimena hacía fehaciente que la noticia no era alentadora.

—Hola, Jimena. —Extendió la mano.

—Hola. Vamos a mi despacho. —Inició la marcha.

La policía cruzó el umbral de la puerta, que previamente había dejado abierta. Rodeó su escritorio para sentarse. Carolina no parpadeó ni un solo instante. El rostro pusilánime corroboró lo que su corazón no quería escuchar. Jimena se cruzó de brazos y los colocó con cuidado sobre la mesa. Empatizó con Eva desde el primer momento. La inspectora había trabajado duro para encontrar a Enzo. El pecho de Jimena se vació de aire antes de comenzar a hablar.

—Lo siento, Eva, no quería decírtelo por teléfono.

—¿Está muerto?, ¿es eso?

Jimena asintió compungida.

—Lo siento, de verdad. Murió en el instante del accidente.

—¿Accidente? —preguntó llorando.

Carolina sacó un paquete de pañuelos del bolso que había colocado en su regazo y le dio uno a su amiga.

—Tuvo un accidente con la moto. Se golpeó con el quitamiedos y… —se calló.

—¿Qué? ¿Qué pasó?, ¿cómo ha muerto? Necesito que me lo diga.

—Le rasgó el cuello. El cuerpo y la moto se precipitaron por la pendiente. Esa es la razón por la que no lo vimos en un primer momento con los helicópteros. Un motorista llamó a emergencias porque observó sangre y le pareció reciente.

Eva se tapaba la cara con las manos en un llanto desconsolado. Carolina siguió a su amiga al escuchar el triste final para una persona buena y entregada a su trabajo. Las lágrimas se deslizaban como un río desbordado por su caudal.

—¿Podemos verle? ¿Dónde está? —preguntó impaciente Carolina, que se encontraba más entera.

—Tienen que ir a reconocerlo al Instituto Anatómico Forense. Lo siento. —Tragó saliva—. Ante el trágico accidente, los forenses tendrán que recomponer el cuerpo.

Eva se levantó de manera enérgica.

—¡Vámonos! ¡No quiero que esté solo ni un minuto más! —Salió por la puerta rauda ante la idea de ver por última vez a su marido.

Carolina cruzó una mirada compasiva con la inspectora antes de comenzar una carrera para seguir los pasos acelerados de Eva. Las zancadas eran cada vez más grandes y rápidas. Carolina veía cómo sus hombros subían y bajaban, y dio por sentado que Eva estaba llorando. Preveía el final, pero ahora estaba confirmado. Era real. La muerte de su marido se había materializado. Toda esperanza de volver a acurrucarse en sus brazos había desaparecido abruptamente al escuchar a Jimena confirmar el hallazgo del cuerpo. Eva se secaba las lágrimas sin dejar de andar hacia el coche. Necesitaba ver a su marido. Tocarlo, abrazarlo y darle un beso. Despedirse. Cada

uno de los pasos era seguido de cerca por su amiga. No era necesario hablar, sabía que estaría con ella a lo largo del duro proceso de despedirse del amor de su vida. Se quedó junto a la puerta, esperando a que abriera con el mando de las llaves. Entró y se pasó las manos por las mejillas.

—¿Necesitas algo? ¿Quieres pasar por casa? Hoy va a ser un día largo.

Negó con la cabeza, con la mirada puesta en el horizonte.

—Está bien. —Arrancó el motor.

Al cabo de unos minutos en dirección al destino que les había indicado Jimena, Eva se sintió con fuerza de balbucear lo que quería decir desde la horrible noticia.

—Gracias por todo. Eres mi mejor amiga. —Le dedicó una mirada llena de pánico.

—Voy a estar contigo. Ya lo sabes, siempre hemos estado juntas, y seguirá siendo así. —La miró de reojo sin apartar la vista de la carretera.

Eva asintió y se colocó el pelo detrás de la oreja. Su cuerpo no retenía la temperatura. Se encontraba destemplada. Carolina encendió la calefacción al observar que su amiga no dejaba de frotarse las manos.

—¿Mejor? —preguntó al pulsar el botón del aire caliente.

—Sí —dijo sin dejar de frotarse las manos compulsivamente.

—Estamos cerca, no tardaremos mucho en llegar.

Asintió con un leve movimiento de cabeza.

Capítulo 3

Las atendió una recepcionista de mediana edad. Aguardaron apartadas en una de las esquinas de la sala. Carolina no dejaba de prestarle su apoyo con muestras constantes de cariño. Hizo una breve llamada para avisar de lo que había ocurrido y de su previsible ausencia en el trabajo aquella tarde. El estómago de las chicas se encontraba vacío. Habían salido de madrugada, hacía varias horas, y no habían desayunado. Los ruidos internos de ambas avisaron de que necesitarían ingerir alimento en un periodo corto de tiempo.

—¿Será ese? —susurró Eva al ver aparecer a un hombre con una bata blanca y unas gafas colgando del cuello.

—Es lo más seguro.

El hombre calvo se acercó a la recepción. Pronto salieron de dudas. La mujer que le había atendido hacía unos minutos, las señaló. La actitud del hombre era complaciente y protocolaria. Extendió la mano al llegar a la altura de las chicas.

—Buenos días. Las acompaño en el sentimiento. ¿Quieren verle?

Esperó la confirmación y comenzó a andar por el mismo camino por el que había venido.

El silencio gobernaba en el espacio que compartían los tres. La situación no era agradable para ninguno. No había conversación que apaciguara el malestar que experimentaban al cruzar la puerta de aquel edificio. Hablar del tiempo o de cualquier tema banal se encontraba fuera de contexto. La mejor decisión era el silencio. El ascensor se detuvo en la planta correspondiente y el hombre, con las manos a la espalda, se adelantó para encabezar la marcha.

Entraron en un depósito. Las lágrimas y la desesperación de Eva aparecieron como un remolino de emociones incontrolables. El hombre, con un profundo mutismo, apartó la sábana blanca que cubría el cuerpo. Carolina sintió un pinchazo en el corazón. El corte del cuello era visible. Aquel hombre se había tomado la molestia de recomponerlo para que lo pudiera recordar con el mejor aspecto posible, pero aun así el corte era tangible.

—¿Es su marido? —preguntó con una carpeta en la mano. Sacó un formulario para empezar a rellenarlo.

—Sí —contestó apartando la sábana para darle la mano, después de haberle dado un beso en la mejilla.

—Lo siento. Ha sido una muerte trágica.

Eva miraba el cuerpo sin vida. Cantidad de moratones, magulladuras y arañazos adornaban su piel dorada. Clavó sus ojos en el hombre de la bata blanca.

—El cuerpo se precipitó por una pendiente elevada. Cuando la Policía lo encontró llevaba varios días a la intemperie. Lo siento.

Carolina fue a hablar, pero decidió guardar silencio. Se cruzó de brazos y se colocó al lado de su amiga, contemplando la imagen de Enzo.

—¿Quieren quedarse un momento a solas?

—¿Cuándo se lo llevan al tanatorio? —preguntó Eva, agarrando la mano de Enzo.

—Está todo preparado para el traslado. Supongo que saldrá de aquí en menos de una hora.

—De acuerdo. —Miró a su marido con los ojos encharcados.

Carolina no pudo contener la emoción y unas lágrimas brotaron sin poder remediarlo. Tenía que ser fuerte para ser el apoyo que necesitaba su amiga en esos momentos.

—Te espero fuera. —Le acarició el brazo.

Decir adiós a un ser querido es triste, pero hacerlo de manera inesperada y precipitada lo era aún más. Enzo no solo dejaba a su amada mujer, también a sus dos queridas hijas, Dunia y Elsa.

Salieron de la sala y dejaron a Eva con la soledad que a partir de ahora sería su inseparable compañera de vida. Esperó a que cerraran la puerta para revisar el cuerpo de Enzo. Memorizó cada uno de los lunares, heridas, tatuajes y cicatrices que a partir de ese día tendría que guardar para siempre en su recuerdo. Ya no tendría más oportunidades de contemplarlo. Lloró incesantemente sin dejar de susurrarle al oído durante varios minutos. Se despidió con voz calmada y débil. Le dio un beso y le volvió a tapar con la sábana blanca sin dejar de llorar. Al llegar a la salida echó un último vistazo a la sala y al cuerpo tapado de su marido. Abrió la puerta y se cruzó con los ojos azules de Carolina, que se habían teñido de rojo intenso por la tristeza que invadía su corazón.

—Pueden pasar a recoger la ropa y los objetos personales que llevaba cuando tuvo el accidente —dijo el hombre antes de entrar de nuevo en la sala fría y lúgubre.

—De acuerdo. Esperaremos a mi marido en el tanatorio. Gracias.

Carolina le pasó el brazo por los hombros para arroparla. Guio sus pasos hacia la sala contigua donde había señalado el hombre. La puerta estaba abierta. Se frotó los ojos y asomó la cabeza. Una mujer con una coleta apretada y pelo largo las atendió.

—Buenos días, venimos a por las pertenencias de Enzo Cuevas —dijo con un susurro de voz.

—Buenos días. ¿Son familiares?

—Yo soy amiga. Ella —Señaló a Eva— es su esposa.

—De acuerdo.

La mujer se levantó y desapareció por una puerta que había a sus espaldas. Carolina supuso que sería un almacén donde guardarían los efectos personales de quienes tenían la mala suerte de terminar allí. A los pocos segundos, volvió con una pequeña bolsa de plástico transparente en la que estaban la cartera, el reloj y el teléfono móvil. En la otra mano llevaba el casco de la moto rallado y la cámara que llevaba pendiente de un pequeño cable a punto de romperse. Eva se apresuró a coger las pertenencias.

—Gracias, muy amable.

—Necesito que me firme aquí. —Señaló el final de un pequeño formulario que había rellenado previamente—. Es el justificante de que lo han recogido —explicó con el bolígrafo en la mano.

—Vale.

Se acercó a la mesa y firmó sin dilación. Quería salir de aquel sitio lo antes posible. Sentía la necesidad de ir al tanatorio y esperar la llegada de su marido. Abrazó los objetos fuertemente contra su pecho. Se encontraba desolada. Caminaron en silencio hasta el coche.

Necesitaban comer algo. Carolina era conocedora de las bajadas de tensión de su amiga cuando se saltaba las comidas, por lo que insistió en desayunar cuando llegaron al tanatorio. Entraron en la cafetería. Las caras de quienes poblaban la estancia trasmitían la infelicidad en estado puro. Rostros cansados, llantos y muestras de cariño acompañados por susurros eran lo que más predominaba. Eva depositó en el maletero las pertenencias de Enzo con nostalgia y dolor. Colocó la cámara del casco, cuya pantalla estaba destrozada. «Miraré las imágenes en casa». La curiosidad de conocer los últimos momentos de Enzo no dejaba de asomarse por su mente. Carolina fue a pedir a la barra mientras Eva se sentó en la primera mesa que vio libre.

Durante la espera del desayuno, sacó el móvil del bolso. Tenía varias llamadas de sus padres. «Tengo que llamarles y darles la noticia». Las fuerzas para afrontar los sucesos se estaban desvaneciendo al igual que sus ganas de hablar. Sin embargo, sus padres se merecían el esfuerzo que tenía que hacer. Ellos lo habían dado todo por ella. Eva era adoptada. Emilio y Pilar no podían tener hijos y lucharon hasta que consiguieron su sueño de ser padres. Nunca le ocultaron la verdad. Para ella eran sus padres en todos los sentidos y jamás se le pasó por la cabeza buscar a sus padres biológicos. Siempre pensó que, si ellos querían encontrarla, la buscarían. Hoy en día, no había ocurrido. Suspiró profundamente antes de llamar a su madre, que descolgó al primer tono, por lo que supuso que estaría esperando su llamada y lo tendría en la mano. Pilar no solía coger el teléfono porque nunca lo escuchaba y no vivía muy pendiente de él.

—Hola, mamá. —Rompió a llorar de nuevo.

—Hija, ¿estás bien? ¿Qué ha pasado?

—Está muerto. Tuvo un accidente hace unos días.

Eva le trasmitió la información que le habían dado en la comisaría y en el Instituto Anatómico Forense sobre el accidente.

—Tranquila. —Intentó ocultar el dolor de un llanto ahogado y desgarrador—. Ahora mismo vamos para allá. Nos encargamos nosotros del entierro. No te preocupes por nada —intentó aliviarla de los trámites del seguro.

—¿Y las niñas?

—Están en el instituto, no te preocupes. Luego vamos a buscarlas.

—No, iré yo. Tengo que contarles lo que ha pasado y darles la oportunidad de despedirse de su padre, aunque sea doloroso.

—De acuerdo. Es tu decisión.

—Gracias, mamá. Os espero aquí. Cuéntaselo a papá por mí. No soy capaz de seguir hablando, estoy sin fuerzas.

—Es normal, no te preocupes por nada. Nosotros nos encargaremos de todo. Desayuna algo, hoy va a ser un día largo. —Las palabras se entrecortaban en la garganta de Pilar.

—Estoy con Carolina en la cafetería del tanatorio. No tengo hambre, pero sé que debo comer.

—De acuerdo. Ahora vamos. ¿Dónde tienes los papeles del seguro?

—Están en el cajón de su mesita de noche. Gracias, mamá.

Capítulo 4

Después de desayunar fueron a recepción para preguntar por Enzo. Les indicaron en qué sala estaría. Eva quería estar con él hasta el día siguiente, que sería el entierro, pero debía ir a casa para hablar con sus hijas. Tenía que estar con ellas y darles todo el apoyo que necesitaran ahora que su padre ya no estaba. Al entrar en la sala, las amigas se quedaron petrificadas delante del cristal que las separaba de Enzo. Eva se sentía devastada y se dejó caer en el sofá que se encontraba al lado. En completo silencio, Carolina se posicionó junto a ella. Ninguna dijo nada hasta que Emilio y Pilar entraron por la puerta. Fueron con los brazos abiertos hacia su hija y se fundieron en un profundo abrazo que la reconfortó dentro de las escasas posibilidades que tenía de recomponerse.

—¿Habéis llamado al seguro?

—Sí, está todo hecho.

—Vale. Ahora que habéis llegado, me voy a ducharme. —Suspiró—. Luego iré a recoger a las chicas.

—Te necesitan. Estate el tiempo que necesites con ellas en casa. —Su padre le cogió la mano.

—Seguro que querrán venir.

—Es probable.

Se giró para comprobar la posición de Carolina. No había movido ni un músculo desde que se sentó en el sofá. Se encontraba cabizbaja y en silencio.

—¿Nos vamos? —preguntó Eva.

—Claro. —Se levantó con la mirada perdida y evidentes signos de agotamiento físico y mental.

Se despidieron de los padres y salieron por la puerta.

—¿Qué pasa? —susurró Carolina.

—Nada.

—Nos conocemos desde hace millones de años. Sé cuándo se está cocinando una idea en esa cabecita. —Sonrió.

—¿Puedo confiar en ti?

—Sabes que sí. ¿Qué pasa?

Le tiró del brazo y se pegó a su oído.

—No creo que haya sido un accidente —susurró.

—¿Por qué piensas eso? —preguntó sorprendida.

—Enzo llevaba años montando en moto. Sabes que no le gustaba la velocidad y era prudente. Tenía demasiados enemigos por la información que desvelaba y los secretos que sacaba a la luz de gente peligrosa —afirmó con voz baja y pausada sin dejar de mirar a su alrededor.

—¿En serio? ¿Me estás diciendo que le han matado?

Eva asintió.

—¡No piensas con claridad!

—Puede que tengas razón, pero no voy a parar hasta que lo averigüe.

Carolina se detuvo de repente y giró la cabeza para mirar a su amiga a los ojos.

—¿Has visto algo en el cuerpo?

—Aquí no, vamos al coche. —Aceleró el paso, impaciente.

Anduvieron en silencio hasta la salida. Eva comenzaba a dar cabida a sus suposiciones. La hipótesis que se había forjado en su cabeza era perfectamente plausible. Abrió el maletero y sacó del casco la pequeña cámara que llevaba. Enzo la había instalado por si tenía un accidente y el seguro quería escaquearse. No era la primera vez que tenía algún problema de cobertura con la empresa aseguradora y no quería hacerse cargo de lo que tenían que pagar. Con la clara intención de ahorrarse disgustos y pleitos innecesarios, instaló la minúscula cámara en el casco. En ese momento Eva recordó el día que la colocó y la sonrisa de satisfacción de su marido. La sujetaba entre sus manos temblorosas ante la mirada lastimera de su amiga.

—Tranquila. Veremos las imágenes para salir de dudas. Monta. Vamos a mi casa y luego iremos al instituto.

Eva asintió. Sin embargo, parecía que no estaba en aquel lugar ni tiempo. Se encontraba ida. Ante la aparente incapacidad psicomotriz de su amiga, la arrastró hacia la puerta del copiloto para que se sentara y comenzar el viaje. Carolina observó su reflejo en los cristales. Sus ojeras habían aumentado. El color marrón y la hinchazón habían crecido en los últimos días. Con un golpe seco de la mano, se colocó el pelo rubio de manera que no le estorbara en la cara. Arrancó con la mirada puesta en Eva. Ni siquiera estaba convencida de que hablara con juicio. La situación la podría estar sobrepasando y haciéndole sacar conclusiones precipitadas. Puede que sus paranoias la llevaran demasiado lejos.

La doctora no se había casado ni había tenido hijos. Tomó la decisión hacía muchos años y nunca se arrepintió. La maternidad nunca fue una de sus prioridades. Vivía sola con Michi, su gato, al que encontró en la calle cuando se mudó a la nueva casa. Apareció en la puerta en malas condiciones y sin demasiadas posibilidades de sobrevivir. Tendría unos meses. Eva era veterinaria, por lo que la llamó con urgencia para que lo salvara. Después de varios años trabajando en clínicas veterinarias por cuenta ajena, decidió arriesgarse y emprender. Michi fue alimentado mediante biberón durante varias semanas hasta que se encontró con fuerzas suficientes para comer solo. Eva lo visitaba todos los días para asegurarse de su recuperación. Carolina se encontraba feliz de que aquel gatito se hubiera colado en su propiedad. Era su fiel compañero.

Cuando entraron por la puerta de la casa de Carolina, lo llamó hasta que apareció y comenzó a restregarse por la pierna de su dueña hasta que le cogió en brazos. Eva le dedicó una triste sonrisa y una caricia en la cabeza.

—Vamos a salir de dudas. —Subió las escaleras hacia el despacho que tenía en una de las habitaciones—. Espero que la memoria no haya sufrido ningún daño.

—Ojalá sea así. ¿Piensas que estoy loca?

—No, pienso que necesitas una explicación que no te han dado.

—¿Qué quieres decir? —Se detuvo en uno de los escalones.

—Te han confirmado que ha sido un accidente, pero no te han explicado nada más. Creo que necesitas saber exactamente qué es lo que pasó para dormir tranquila por las noches.

—Carol, conocías a Enzo. Se metía donde no le llamaban. Necesito confirmar que de verdad ha sido un accidente.

—Lo entiendo. De verdad que sí. Comprobaremos las imágenes para que descanses en paz, pero me tienes que prometer que no verás monstruos donde no los hay, ¿vale?

—Por supuesto.

Subieron las escaleras de madera y accedieron al largo pasillo. Era una casa demasiado grande para una sola persona, pero no se querían separar, por lo que accedió a vivir en aquel gran chalé al que le sobraban varios metros cuadrados para la médica. Michi llenaba una de las habitaciones que su dueña había equipado con un gran parque para gatos y multitud de juguetes. Como no tenía hijos a quienes darles sorpresas, se gastaba parte del sueldo en comprar juguetes al gato y ropa a las hijas de Eva. La llamaban «tía», ya que para ellas era como si lo fuera. Tenían plena confianza en ella, al igual que su padre. Era la hermana que Eva no tenía y siempre quiso. Carolina pasaba la mayor parte del tiempo libre en casa de Eva, por lo que no se había molestado en equipar las habitaciones con demasiados muebles. Algunas solo contenían lo que era imprescindible. El despacho en el que se encontraban estaba conformado por una mesa, el ordenador, dos sillas y una gran estantería repleta de libros de épocas pasadas. Se había acostumbrado al libro electrónico por su facilidad para ser transportado y porque la vista cansada le solicitaba un aumento de letra.

Presionó el botón de encendido del portátil que tenía colocado al lado de una foto con la familia de Eva al completo. La veterinaria se sentó y su mirada se detuvo en la imagen con cierta melancolía. Ya no podrían hacer más fotos con la amplia y perfecta sonrisa de Enzo. Era tan reciente que no había rincón ni pensamiento en el mundo que no se redirigiera hacia su recuerdo.

—Toma. Este cable sirve para la cámara.

—Ya está. —Lo encajó y lo enchufó en el ordenador.

—Tranquila, ahora veremos la verdad. —Le apretó el hombro sin dejar de mirar la pantalla.

La notificación del nuevo aparato apareció en una ventana emergente. Carolina pinchó en un segundo. Había preparado el ratón para no perder tiempo. Estaba inquieta por lo que iban a ver. Intentaba aportar calma al estado de nervios de su amiga, aunque se encontraba arrastrada hacia la misma dirección sin control. Antes de pinchar en el icono para ver la reproducción, miró a Eva.

—¿Preparada?

—No tengo más remedio. —Suspiró profundamente y asintió con la cabeza—. Vamos, dale al *play*.

Capítulo 5

A medida que las imágenes se iban sucediendo en la pantalla del ordenador, las chicas se llevaron las manos a la boca. Había sido un golpe de suerte que la cámara del casco no se hubiera visto afectada en el interior, teniendo en cuenta el estado de la pantalla. Los sentimientos estaban a flor de piel, por lo que fue normal, incluso reparador, ver las imágenes y llorar a la vez.

—Ponlas de nuevo. —Se frotó los ojos húmedos—. Deberíamos poder ver la matrícula del coche.

—¿Crees que nos estamos imaginando las cosas? Quiero decir que vemos un accidente donde no lo hay. —Se encogió para poner de nuevo el video.

—No, Carol. El coche se cruzó, pero no paró de frenar de manera brusca hasta que consiguió lo que buscaba: matar a Enzo. —Frunció el ceño—. ¿No lo ves? —Señaló la pantalla con las manos hacia arriba.

—Lo sé, pero no quiero que nos tomen por locas. —Cogió una silla que tenía apartada del escritorio—. Necesito que me digas la verdad. —Eva asintió—. ¿Se lo vas a decir a la inspectora?, ¿quieres que lo investiguen?

—¿De verdad crees que me van a hacer caso? Claro que no.

—Ya. Entiendo lo que me quieres decir.

—Para ellos este caso está cerrado. No soy tan estúpida como para pensar que con este vídeo van a abrir una investigación. Necesito más pruebas para que me tomen en serio —reflexionó con gesto firme.

—No sé, es una locura.

—No quiero que te involucres en nada que no quieras. Las dos sabemos el trabajo que tenía y en los líos que se metía, pero la Policía, no. Para ellos es un accidente de moto en la que el motorista ha muerto porque se cortó el cuello con el quitamiedos. Punto.

Carolina se tocaba la frente con un gesto impulsivo y nervioso, apretándose la sien. Se levantó y anduvo siguiendo la esfera de un círculo invisible. Volvió su mirada a Eva, que la observaba en silencio, a la espera de una respuesta.

—Es una locura. —Se volvió a sentar y reprodujo de nuevo el video.

Las imágenes volvían a los ojos de las chicas. Carolina no soltó el ratón. Paró la reproducción en el momento exacto en que el coche impactaba de manera violenta para derribarlo.

—No se ve nada —dijo Eva entrecerrando los ojos con la intención de vislumbrar algún número.

—Nada —afirmó con el mismo gesto—. ¿Y ahora qué quieres hacer?

—No tengo ni idea. —Se echó hacia atrás en el asiento—. Solo tengo clara una cosa, que Enzo no era estúpido. Si se sintió en peligro, estoy segura de que nos dejó alguna pista para que lo supiéramos.

—No estoy tan segura de eso. —Tragó saliva antes de continuar—. Debemos tranquilizarnos. Puede que haya sido solo un accidente. No sé… —explicó nerviosa.

—Sabes que lo que estás diciendo no es verdad. No me tomes por loca, acabas de ver lo mismo que yo. ¡El coche le embiste en varias ocasiones hasta que consigue derribarlo y se corta

el cuello! —gritó inquieta, sin dejar de mover las piernas incesantemente.

—Está bien, está bien. Solo digo que debemos darle una vuelta. ¿El móvil?

—Voy.

Eva se levantó y fue a buscarlo al bolso que había dejado en la planta baja de la casa. Al llegar vio a Carolina pegada a la pantalla de su móvil y tecleando nerviosa las letras con un pulso inestable.

—¿Con quién hablas?

—Ah, con nadie. Del trabajo. —Bloqueó el teléfono y lo dejó en la mesa.

—No tiene batería, tendremos que cargarlo primero. ¿Tienes un cargador para este móvil?

—Sí, espera. —Salió de la habitación.

Una notificación de Adrián, el mejor amigo de Enzo, apareció en la pantalla.

«¿Qué está pasando aquí? ¿Por qué no me ha dicho que estaba hablando con Adrián?».

Se sentó rápido en la silla para que Carolina no supiera que había leído el mensaje.

«¿Sabrán algo que yo no sé? ¿Qué es lo que me está ocultando?».

Eva miró el reloj. Se acercaba la hora de la salida de sus hijas y debía marcharse. Sería el momento más complicado de su vida. Contarles que su padre había aparecido muerto. Desenchufó la cámara del ordenador y se la guardó. Debía seguir investigando para averiguar qué había ocurrido.

—He encontrado uno. —Alargó el brazo para dárselo.

—No te preocupes, me voy a casa. Me quiero dar una ducha rápida antes de ir a por las chicas. Lo pongo a cargar cuando llegue.

—¿Voy contigo?

—No, necesito estar sola un rato.

—Está bien, como quieras. —Se extrañó—. ¿Seguro que estás bien?

—Sí, sí. De verdad. —Anduvo unos metros hasta la puerta de la habitación. Carolina la siguió—. ¿Vienes luego al tanatorio?

—Sí. Me ducho y voy. ¿Quieres que os recoja en tu casa y vamos en mi coche?

—No, vete cuando quieras. Tengo que hablar con las chicas y no sé lo que tardaré en hacerlo. Ni siquiera estoy segura de que deban ir al tanatorio. —Agachó la cabeza con las manos en el marco de la puerta.

—No tengo hijos, así que no te podría aconsejar qué es lo mejor para ellas. Déjalas elegir. En el fondo, es su decisión.

Se posicionó a su lado para acompañarla hasta la salida. Eva comenzó a andar sin decir nada más. Estaba pensativa mientras bajaba las escaleras.

—Llámame si necesitas cualquier cosa, ¿vale?

—De acuerdo. Intenta ir lo más pronto posible, por favor. No quiero que mis padres estén solos. Ahora empezará a llegar gente y… ya sabes.

—Te entiendo. No hay problema.

—Gracias. —Se acercó y le dio un beso en la mejilla.

Se abrazaron.

—No estás sola. Estoy contigo. Si quieres ir a hablar con Jimena sobre el accidente, iremos después del entierro.

—Tengo que pensar muchas cosas. Con las imágenes que tenemos no abrirán una investigación, ya lo sabes —insistió—. Necesitamos más pruebas de que ha sido un asesinato premeditado —susurró.

—Lo sé. Las buscaremos.

Miró el reloj.

—Me voy.

Agitó la mano despidiéndose y comenzó a correr para llegar a su casa lo antes posible. La ducha le vendría bien para aclarar sus ideas.

«Tengo que registrar el despacho de Enzo. Si no se hubiera sentido seguro, me habría dejado una nota con una explicación de lo que ocurría».

Capítulo 6

Carolina se asomó por la ventana de la cocina para comprobar cómo la silueta de su amiga había desaparecido. Miró el reloj y comprobó que se acercaba la hora en que las chicas saldrían del instituto. «Estoy sola». Subió las escaleras rápidamente para verificar las notificaciones que tendría. Esperaba que una de ellas fuera de Adrián. Cogió el móvil y contestó.

«En media hora».

Debía darse prisa para no levantar sospechas. Tenía que ir al bar alejado de sus casas en el que solían quedar. Las imágenes parecían lo que eran. Le habían matado. Estaba claro. Sin embargo, Eva tenía razón. La Policía había finalizado con un informe forense que confirmaba que la muerte había sido un accidente.

Fue a la habitación arrastrando los pies. Abrió el armario que ocupaba gran parte de la pared y cogió la ropa limpia. No quería pensar mucho en lo que era adecuado o no para ir a un tanatorio, así que cogió unos vaqueros y un jersey de punto de color oscuro. Se dirigió al baño con cierto temor. Sintió miedo de estar sola en aquella casa tan grande. Quizá sería buena idea dormir en casa de Eva aquel día. No se tranquilizó hasta que abrió la ducha. Con las manos en la pared y los ojos cerrados intentó relajarse mientras el agua avanzaba por su cuerpo desnudo. Los baños le encantaban. El calor del agua y el olor de los productos le hacían sentirse bien. Se enjuagó el pelo y el cuerpo con cierta premura. La incertidumbre no dejaba de atormentarla de la misma manera que lo hacía el mutismo de la verdad hacia su amiga.

Con una toalla enrollada en el cuerpo y otra en la cabeza, quitó el vaho del espejo para poder desenredarse el pelo. Terminó de acicalarse en menos de media hora, lo cual era un logro para una persona tan coqueta y detallista como ella. Metió la ropa sucia en el cesto y dejó unos milímetros abierta la ventana del baño para que se fuera el vaho que lo inundaba.

Corrió escaleras abajo mientras miraba el reloj. Cogió otro de los bolsos que tenía en el perchero de la entrada y cambió los objetos del interior. Antes de salir revisó la casa. Sintió un escalofrío al hacerlo. Después de ver las imágenes había comenzado a sentirse en peligro.

«Vamos, Carol, no te vuelvas paranoica». Se repetía a sí misma una y otra vez desde que Eva salió por la puerta.

Montada en el coche, revisó la parte de atrás.

Antes de llegar al bar donde Adrián la estaba esperando, entró una llamada. Había encajado el teléfono en el accesorio de plástico que había colocado en la rejilla de la ventilación. Descolgó.

—Hola, Patricia. ¿Dónde estás?

—Hola, Carol, recibí tu mensaje. Estoy de camino al tanatorio.

—De acuerdo, en un rato voy hacía allí.

—¿Está Eva?

—No, se lo tiene que decir a las chicas. Supongo que tardará un poco más de la cuenta. No tengo ni idea de cómo reaccionarán.

—Vale.

—¿Ya has salido de trabajar?

—Sí, ahora mismo. Me acabo de sentar en el coche para ir al tanatorio, por eso te he llamado.

—¿Cómo ha ido?

—Un accidente de moto, ya te lo dije. —Puso los ojos en blanco.

—Ya. Qué pena, era un gran hombre y un padre excepcional.

—¿Qué quieres, Patricia? —preguntó con tono desesperante.

—No quiero nada, solo te he llamado para decirte que salía de trabajar —explicó nerviosa.

—Vale, está bien. En un rato nos vemos —concluyó para zanjar la conversación.

—No, espera —gritó.

—¿Qué? —preguntó.

—Tenemos que hablar, me están haciendo muchas preguntas.

—¡Cállate! —gritó Carolina—. Por teléfono, no. Hablamos luego.

—Vale —dijo, compungida por la llamada de atención.

—Es mejor que no vengas. Primero hay que arreglar la situación, ¿vale?

—Como quieras.

—Estate pendiente de mi llamada.

—Vale. ¿Estoy en un lío? —preguntó Patricia angustiada.

—De momento… no lo sé —respondió dubitativa.

Carolina dio un puñetazo al volante por la impotencia que sintió. La noticia que acababa de escuchar daba un giro al plan. Ni siquiera sabía si ella misma estaba en peligro.

—Te llamaré —logró decir tras unos segundos de silencio.

Colgó el teléfono. El bar donde había quedado con Adrián era uno de los locales habituales en los que se sentía segura. Sin embargo, en aquel momento no podía estarlo. Se bajó del vehículo. Las copas de los árboles eran zarandeadas por el aire huracanado que se había formado en los últimos días. El frío hizo que la piel se le erizara al no llevar el abrigo puesto. Cruzó los brazos sobre sí misma y avanzó hasta la puerta del copiloto para ponérselo. Observó la silueta de Adrián al lado de la ventana. La miraba fijamente. A medida que se fue acercando al lugar del encuentro pudo comprobar cómo la noticia había afectado a la luz de la energía que solía desprender Adrián con su sola presencia. Su mejor amigo había sido asesinado. Carolina tenía que ser prudente. No podía fiarse de nadie. Hacía muchos años que se conocían, pero eso no le convertía ni en amigo ni en persona de fiar.

Cruzó la puerta con la mirada de Adrián clavada en ella. Las hojas bailaban en la calle molestando a los viandantes cuando algunas de ellas se colaron por la apertura que dejó Carolina al entrar. Una pareja que se encontraba en la barra se giró para mirarla y acto seguido frotarse los brazos para continuar con su banal conversación.

—¿Estás seguro de que es buena idea? —preguntó con el abrigo aún puesto.

—No tenemos más opciones. Tienes que decidirte.

—¿Y me lo dices ahora? Estoy metida hasta el cuello. No puedo echarme atrás. —Se sentó con un nudo en la garganta—. Está muerto.

—Eso ya me lo has dicho. —Se colocó las gafas que le caían por la nariz sin mirarla.

Adrián miraba al frente. Observaba la vista desde el interior del ventanal de la cafetería. Suspiró en varias ocasiones, meneando la cabeza. «No puede estar ocurriendo. No es real», repetía en su interior.

—Me ha llamado Patricia —susurró.

—¿Crees que irá la científica?

—No creo.

—Estamos jodidos. Nuestras huellas están por todas partes.

—¿Qué hacemos con Eva?

—No entiendo qué quieres decir. ¿No querrás dejarlas también sin madre? —La miró con expresión desafiante.

—Claro que no.

—¿Entonces?

—Se va a enterar de todo.

—Escúchame, no vamos a adelantarnos a algo que aún no ha ocurrido. Esperemos a que se aburra y lo deje. La Policía no le va a hacer ni caso.

—Eso ya lo sé.

Se produjo un silencio por parte de ambos. Ninguno conocía las circunstancias en las que Enzo había dejado la investigación. Sin embargo, sabían que el martirio no había hecho más que empezar.

—Tendremos que ocultar las pruebas, borrar el rastro que hemos ido dejando como tontos —inquirió Carolina.

—No solo se trata de ti y de mí, hay varias personas que van a seguir con el plan.

—Puede que no sea así, Adrián. —Le cogió el brazo—. Después del asesinato, tendrán miedo.

—No lo creo. Han estado muchos años callados. Demasiados. Ahora nadie los va a parar.

—Entonces, ¿qué hacemos?

—No lo sé. —Giró la cabeza para mirarla directamente a los ojos.

El labio le temblaba de la impotencia y los nervios que estaba sufriendo. Se encontraba perdido ante una situación tremendamente complicada. Agarraba con las dos manos el café caliente que había pedido al llegar. Dio un sorbo, pensativo y, con movimientos lentos y pausados, depositó la taza en el plato y se frotó los ojos. No quería llorar en público, y menos delante de Carolina, tenía que verle fuerte para que ella no se derrumbara también. Se colocó la bufanda de cuadros verdes y azules que todavía llevaba puesta.

—¿Vamos al tanatorio? —Le acarició el brazo.

—Sí. ¿Crees que es buena idea ir juntos?

—No veo el problema. Tú eres el mejor amigo de Enzo y yo la mejor amiga de Eva. —Se encogió de hombros.

—De acuerdo, vamos.

Capítulo 7

Eva llegó a casa corriendo. Estaba ansiosa por registrar el despacho de Enzo. Trabajaba como periodista autónomo porque ganaba más dinero y podía moverse a su elección en busca de la noticia. Le encantaba su trabajo, y encontrar conspiraciones, traiciones o sucesos macabros donde poder descubrir la verdad, era su pasión. Pasaba mucho tiempo fuera de casa investigando a testigos y corroborando información que los protagonistas le daban. Era un hombre atlético, moreno, con ojos negros y una barba de varios días cuidada, pero lo que más le caracterizaba era su don de gentes. Era agradable y simpático sin ni siquiera proponérselo. A primera vista solía caer bien a cualquiera. Ello le confería un aura de empatía que provocaba un nivel de confesiones extraordinario. Era consciente de ello y le sacaba el máximo provecho posible. Hasta el día de su desaparición, a pesar de haberse metido en problemas de algún que otro calibre, nunca había ido más allá. Ahora se había convertido en el principal motivo, según Eva, para que hubieran acabado con él.

El corazón le latía deprisa cuando metió la llave en la cerradura de su casa. Subió las escaleras lo más rápido que pudo y encendió el ordenador. Se sentó y cogió aire hasta que en la pantalla apareció la imagen de iniciar sesión.

«¡Mierda! Nunca pensé que necesitaría la contraseña».

Nunca había sido una mujer celosa y no se entrometía en el trabajo de su marido. Al principio le asustaron algunas amenazas. Sin embargo, cuando vio a su marido en acción con un matón que mandaron para silenciarle, su miedo desapareció. «Sabe defenderse». Desde entonces, y al ver a aquel hombre corpulento en el suelo, sus miedos se evaporaron. Ahora recordaba ese momento. Enzo era una máquina de matar en el cuerpo a cuerpo. Quizá ese era el motivo por el que prefirieron derribarle en la carretera.

Eva suspiró ante la pantalla. Debería contratar a un informático para solventar el tema de la contraseña. No la sabía. Aun así, intentó averiguarla, por si acaso tenía suerte y daba con ella. Sus dedos aporreaban el teclado sin descanso. Cumpleaños, aniversarios, fechas de las niñas y de su relación fueron golpeadas por si tuviera un golpe de suerte. «Nada». Se echó hacia atrás en el respaldo de la silla y se quedó mirando el techo. La lámpara, las paredes azul marino y los cuadros que adornaban aquella habitación eran el objetivo de la mirada perdida de Eva. De repente recordó que su marido, antiguamente, antes de que se utilizaran los ordenadores para todo, tenía la costumbre de escribir las citas del día en una agenda. Cruzó los dedos de manera inconsciente, esperando que no hubiera perdido esa maravillosa manía. Abrió cada uno de los cajones del escritorio.

«No me lo puedo creer». El primer cajón estaba cerrado con llave. Primero comprobó el resto, por si encontraba una pista de lo que estaba investigando los días previos a su asesinato. Papeles de noticias, sucesos y lugares sin una conexión aparente inundaban el espacio, pero nada que a primera vista pareciera relevante. Necesitaba la llave para abrir el dichoso cajón. Estaría cerrado por alguna razón de peso. Debía saber por qué. La impaciencia de Eva aumentaba. No llegaba a comprender tanto misterio por parte de su marido. Pensaba que lo conocía, sin embargo, ahora parecía que tenía más secretos de los que ella pensaba. Se levantó y miró el reloj. Se había hecho tarde y tenía que ir a buscar a sus hijas.

Cuando fue a salir de la habitación, su mirada se paró en una caja de madera que su hija Dunia, la mayor, le había pintado en el colegio por el día del padre. Sabía que adoraba aquella caja. No porque fuera bonita, sino porque era el primer regalo que su hija le hizo por aquella festividad. Los ojos de la niña ese día brillaban más de lo habitual, de la misma manera que lo hicieron los de su padre cuando se la entregó con una amplia sonrisa y agarrando el regalo con sus pequeñas manos. Sintió la corazonada de que allí habría guardado algo especial para él. Quitó el cierre de la caja y la abrió. Una de sus manos fue directa a la boca y la otra volvió a poner la caja en la estantería. Había un *pendrive* y un cuaderno del tamaño de la caja. Lo abrió y leyó en la última hoja escrita: «Mia 10:00».

Volvió a mirar el reloj. Debía irse. Se guardó el *pendrive* en el bolsillo del pantalón para que estuviera con ella hasta que supiera qué era lo que Enzo escondía con tanto ahínco. Si lo había dejado en esa caja era porque sabía que ella miraría allí. Estaba convencida. Bajó las escaleras mientras se secaba las lágrimas y se hacía miles de preguntas que se arremolinaban en su mente.

«¿Qué diablos está pasando?».

Se acercaba el momento más difícil de su vida: Decir a sus hijas que habían encontrado a su padre sin vida.

Capítulo 8

Elena, la mujer de Adrián, había llegado antes de tiempo para recoger a Blanca. Iba a la misma clase que Dunia. Quería encontrarse con Eva para comprobar cómo estaba después de la noticia. Su marido le había llamado para decirle que habían encontrado a su mejor amigo tirado en una cuneta con el cuerpo por un lado y la cabeza por otro. Lloraba como un niño pequeño a través del teléfono. La amistad que los unía era honesta y duradera. Tantos años juntos les había conferido la categoría de hermanos. Por lo que Adrián se sentía en deuda con él y tenía la responsabilidad de conocer la verdad y que el mundo entero supiera qué había detrás de aquella muerte. Su mujer se encontraba dentro del coche, cuando vio aparecer a Eva por las inmediaciones del colegio. Quería hablar con ella para trasmitirle su pésame. Bajó del vehículo lo más rápido que pudo para llegar a ella antes de que sonara el timbre de salida de las niñas. Eva se percató de la presencia de Elena y, a pesar el aire frío, también salió. Había confianza y amistad entre ellas. No era una simple relación de las mujeres de dos amigos. Al verse se abrazaron. Sin poder remediarlo, las lágrimas brotaron.

—¿Qué tal estás? —preguntó Elena, apartando el pelo a Eva de la cara.

—Mal. Muy mal —repitió.

—¿Necesitas algo? Si quieres que me quede con las niñas solo tienes que decírmelo. —Agarraba a Eva por los hombros.

—No, pero gracias. Tengo que decirles lo que ha pasado.

—Entiendo. ¿Irán al tanatorio y al entierro?

—No lo sé. Lo que ellas decidan, creo que es mejor así. Ya no son unas niñas y tienen que decidir de qué manera quieren despedirse de su padre. —Se metió las manos en los bolsillos.

—Entiendo. Si no quieren ir, se pueden quedar en casa con Blanca, ya lo sabes. —Asentía con cada una de sus palabras.

—Lo sé. ¿Dónde está Adrián?

—Está en el trabajo, pero ha pedido el día para ir al tanatorio. Yo iré después, cuando vengan mis padres para quedarse con Blanca, no quiero dejarla sola. Ya sé que es mayor, pero no quiero estar pensando en que está sola. Quiero estar contigo el tiempo que sea necesario.

—Gracias, Elena, pero estoy bien, dentro de lo posible en esta situación.

—Ya salen. —Escucharon el timbre de fondo—. ¿Nos acercamos a la puerta?

—Claro.

Elena acarició el brazo de Eva mientras esperaban cerca de la salida. El desfile de alumnos del instituto comenzó. Multitud de adolescentes salían por la gran puerta roja de la entrada. La mayoría de los chicos eran del barrio y todos se conocían de vista. No era habitual que a esa edad las madres se acercaran a buscar a los hijos, por lo que muchos de los chicos las miraron al salir. Todos sabían que Enzo había desaparecido. Llevaba días siendo la comidilla del barrio. Eva había tenido que soportar multitud de bulos acerca de su marido, como que la había abandonado por una amante y ella no era capaz de aceptarlo. La rapidez con la que la gente se había enterado de la muerte la había sorprendido. Solo esperaba que las madres cotillas hubieran sido capaces de contener el rumor hasta que diera la noticia a las chicas. Le sudaban las manos hasta que vio salir a Dunia y Elsa. Sus rostros aún reflejaban ignorancia del estado de su padre. Suspiró de alivio.

Deseaba ser ella quien les diera la desagradable noticia. Sin embargo, el hecho de que Elena hubiera ido a buscar a Blanca y los ojos rojos de ambas les hizo sospechar. Las hermanas se miraron e imaginaron lo peor. Aceleraron el paso hasta la posición de su madre.

—¿Está muerto? —preguntó Dunia con los ojos húmedos.

Eva fue incapaz de contestar. Extendió los brazos y abarcó a sus dos hijas en un cálido abrazo. Blanca imitó el gesto con su madre. Ambas familias estaban unidas. El dolor de una repercutía a la otra.

Dunia y Elsa sabían lo que significaba el silencio de su madre. No era la primera vez que había barajado la opción de que encontraran a su padre muerto. Ahora se había hecho realidad. Las chicas estaban muy unidas a él. Les encantaba escuchar sus historias del orfanato y las travesuras que hacían para escapar. Pero, sobre todo, disfrutaban cuando les relataban los castigos que sufrían por parte de los trabajadores al cazarles haciendo de las suyas. Él contaba la historia de manera divertida y con toques graciosos, pero la realidad que padeció durante años no se asemejaba para nada a las vivencias y a lo que contaba de aquel lugar. Lo único bueno que había conseguido extraer del fatídico sitio eran sus ganas por sobrevivir a cualquier precio.

Se despidieron de la familia de Adrián y, ante la atenta mirada de los viandantes, entraron en el vehículo. El silencio se instaló en los corazones de la familia. El miembro que las unía y calmaba los ánimos para que las aguas bravas volvieran a su cauce, ya no estaría nunca más. Las chicas lloraron hasta que llegaron al chalé. Debían decidir si querían ir a ver a su padre al tanatorio y vivir con el recuerdo o preferían quedarse con la imagen de su padre vivo y con su característica sonrisa.

Capítulo 9

Pilar y Emilio esperaban en la puerta de la sala donde les informaron de que podrían velar el cuerpo de su yerno. La habían cerrado para ultimar los preparativos y que fuera lo más acogedora posible para recibir visitas.

Se encontraban apoyados en las barandillas que daban a la carretera. El aire era más intenso que en la ciudad. La falta de edificios colindantes al tanatorio provocaba que estuviera alejado de la civilización y las impetuosas paredes de hormigón frenaban los vientos helados que se acercaban. Las copas de los árboles bailaban entre sí como si de una coreografía ensayada se tratara. No fueron capaces de articular palabra durante la espera. La noticia les había impactado y perturbado. Una mujer alta, delgada y vestida con el uniforme del tanatorio se acercó hasta ellos.

—Buenos días. Soy Raquel, la directora de este lugar. —Les dio la mano—. El difunto ya está en la sala. ¿Quieren que la abramos? —preguntó, sacando una llave del bolsillo de la chaqueta negra.

—Buenos días. Sí, por favor. Muchas gracias, muy amable.

Comenzó a andar los pocos metros que la separaban de la entrada e introdujo la llave. Empujó la puerta y les invitó a entrar con la mano extendida. Emilio continuó observando las caras y los comportamientos de su alrededor. Siempre fue un hombre observador debido a su profesión. Sin ni siquiera proponérselo, analizaba en cuestión de segundos las apariencias, gestos, comportamientos, e intentaba leer los labios siempre que tenía ocasión. Eva y Pilar odiaban aquella faceta de Emilio, ya que no le importaba lo más mínimo quedarse mirando fijamente los labios de cualquier persona, por muy maleducado que resultase. Lo que más le caracterizaba era que no le importaba nada en absoluto lo que la gente pensara de él, y menos que le llamaran la atención. No solía rehusar ninguna pelea. Era maestro de varias artes marciales y, a pesar de que no le gustaba hacer alarde de ello, tampoco lo escondía. Hacía años que no era él mismo. Los años habían ido haciendo mella en su cuerpo y sus reflejos y habilidades no eran las mismas. Sin embargo, las técnicas de un buen maestro, como él mismo decía, nunca desaparecen. Durante años su yerno estuvo asistiendo a sus clases hasta perfeccionar sus movimientos. Cuando se conocieron nunca pensaron tener una pasión en común. Ambos eran forofos de las artes marciales. Al contrario de lo que gran parte de los individuos pensaban, su práctica ayudaba a liberar adrenalina y ansiedad.

Emilio estaba jubilado, pero sus habilidades físicas le habían llevado en tiempos pasados a ser guardaespaldas de grandes personalidades. Los contactos que tenía eran la envidia de cualquiera. Sin embargo, no le gustaba alardear de ello, y menos aún pedir favores. La contrapartida de su profesión y su afición como maestro habían sido las infidelidades continuas a Pilar. El último desliz que su mujer supo hizo que se acelerara la adopción de Eva. Pilar le dio un *ultimátum* para seguir con él. Emilio tuvo que mover algunos hilos para que la adopción se acelerara y una recién nacida llenara el vacío que Pilar sentía por no poder ser madre. De aquel modo tan poco alegre y ausente de valores, Eva llegó a sus vidas.

—Los acompaño en el sentimiento. —Entró tras ellos y se paró en una pequeña mesa que había en la entrada—. Aquí tienen un pequeño almuerzo para ustedes.

—Gracias.

—¿Necesitan algo más?

—No, muchas gracias.

—De acuerdo. Si necesitaran cualquier cosa no duden en avisarnos.

Asintieron y siguieron con la mirada a la mujer hasta que salió por la puerta. Acto seguido dieron los pocos pasos hasta el cristal que los separaba del cuerpo de su yerno. Se quedaron allí, mirando a Enzo metido en el ataúd. Emilio se dio la vuelta.

—¿Dónde vas?

—Voy a comprarle unas flores, quiero que se sienta querido el último día que esté aquí.

Cabizbajo y con las manos en los bolsillos, chocó con una mujer a la que no había visto.

—Disculpa —dijo cuando sus hombros se tocaron.

—Tranquila, iba sin mirar.

Una mujer con un abrigo negro hasta las rodillas, gafas de sol y pelo corto y rubio, le observó.

—Perdone, ¿es aquí donde está Enzo?

—Sí, soy su suegro. ¿Usted es…? —preguntó extrañado por la imagen misteriosa de aquella mujer a la que nunca había visto.

Enzo no tenía familia, por lo que las alarmas de Emilio saltaron al ver los ojos llorosos y las grandes ojeras marrones de la mujer al bajarse las gafas por unos segundos.

—Soy una amiga de la infancia. Pregunté en la recepción y me dijeron que estaba en esta sala. Gracias. —Inició la marcha al interior.

—¿Cómo me ha dicho que se llama?

—No se lo he dicho —contestó sin mirar atrás.

Emilio se quedó desconcertado por aquella respuesta. Le pareció fuera de lugar perseguir a una extraña para conocer su nombre, por lo que ignoró lo ocurrido y siguió su camino hacia la floristería del interior.

Se acercó al quiosco de cristal para hacer la compra de un gran centro de flores. Durante el corto trayecto había imaginado varios de ellos en su mente. Una mujer hablaba con la dependienta. Observó a la clienta y la chica que amablemente le explicaba el tiempo en el que la corona de flores tardaría en llegar. Emilio cogió el catálogo que había a un lado del mostrador y empezó a mirarlo sin dejar de escuchar la conversación y observar los movimientos de ambas de reojo. El corazón se le encogió en un puño cuando escuchó a la mujer mencionar la sala en la que estaba su yerno.

—Me tengo que ir. Espero que lo lleven lo antes posible —dijo la mujer con gafas de sol.

—No se preocupe, en media hora estará preparada. ¿Quiere que pongamos su nombre en la cinta de la corona? —preguntó con el bolígrafo en la mano, dispuesta apuntar la frase.

—No hace falta, solo quiero que las pongan.

La chica reaccionó con un gesto de sorpresa ante la petición inusual de la mujer.

—¿Está segura? ¿De parte de tu madre, hermana, amiga…?

—No, ya se lo he dicho —respondió incómoda—. Muchas gracias.

Los ojos de Emilio siguieron a la misteriosa mujer. Le llamó poderosamente la atención su forma de andar. Se percibía por su presencia que era una persona con clase. La manera de vestir le confería un aura de atracción. Emilio sintió curiosidad hacia la silueta que se alejaba con un movimiento de caderas, acompañado del ruido de los tacones. Cuando volvió en sí, la dependienta le miraba con una sonrisa.

—Una mujer con estilo, ¿eh? —resaltó, colocándose el pañuelo del cuello.

—No es eso, es algo más —dijo con el ceño fruncido.

—¿Quiere ver el catálogo? —preguntó, obviando el comentario.

—Verá, la sala que ha dicho es la de mi yerno. ¿No ha dicho quién es?

—Ya la ha oído, no. Pero, aunque lo supiera, tampoco se lo podría decir.

—Entiendo… —Comenzó a rascarse la barbilla, ensimismado, con la cabeza girada hacia la puerta.

—¿Señor?

—¿Sí? —Volvió a mirar a la dependienta.

—¿Ha elegido las flores?

—Da igual. La corona más cara que tenga. ¿Cuánto tarda en llevarla a sala?

—¿La más cara? ¡Qué casualidad! Es la misma respuesta que dio la mujer. —Sonrió.

Emilio se quedó en silencio, sorprendido por las palabras de la chica.

—Bueno, entonces, la siguiente más cara.

«Qué gente tan rara conocía Enzo».

El cerebro de Emilio quería pensar que las mujeres con las que se había cruzado podían ser compañeras de trabajo o que hubieran colaborado con él en alguna investigación. Sin embargo, el hecho de que no hubiera querido poner su nombre en la corona de flores le pareció de lo más extraño. Después de pagar la cantidad más grande que se había gastado en flores en toda su vida, se marchó inquieto. Las ideas iban y venían acerca de la identidad de las dos mujeres.

Capítulo 10

Dunia y Elsa afrontaron de la forma más adulta que supieron la muerte de su padre. Eva pensó si decirles la verdad o no. Llegó a la conclusión de que ya no eran unas niñas y si finalmente tenía razón y Enzo había sido asesinado, las tres estarían en peligro. Para conseguir que fueran cautas en sus actos, debían conocer los hechos. Debía ser valiente y relatarlos objetivamente. Incluso le serviría para escuchar otras interpretaciones y tomar una decisión. Quizá se estaba volviendo loca y paranoica, y lo que pensaba que había ocurrido no era real y solo era una suposición de una mente perturbada como lo era la suya tras recibir la noticia de la muerte del amor de su vida.

Les enseñó el video de la cámara de la moto. Lloraron y se abrazaron con los recuerdos de su padre, pero era necesario que lo vieran. Al menos eso era lo que no dejaba de repetirse.

—Le han echado aposta de la carretera, mamá. Querían matarlo, seguro —afirmó Dunia señalando la pantalla.

—Tenemos que saber quién lo ha hecho. La Policía ha dicho que es un accidente y no lo van a investigar.

—Lo haremos entre las tres. Averiguaremos qué ha pasado y descubriremos quién lo ha hecho —añadió Elsa, afectada y con los ojos húmedos y enrojecidos.

—Lo más importante es saber por qué —recalcó Eva—. Pero no quiero que hagáis nada, esto lo tengo que hacer sola. Os podéis poner en peligro. No sabemos la envergadura del motivo. —Agarró la mano de cada una de sus hijas.

—¡No lo vas a hacer sola! —protestó Dunia.

—No es discutible. No podré hacer nada si me tengo que preocupar por lo que hagáis vosotras. Necesito que me prometáis que me vais a hacer caso. —Su mirada rogaba comprensión —. ¿Lo prometéis?

Las chicas, cabizbajas y resignadas, con los ojos clavados en el suelo, asintieron, rehuyendo de la mirada inquisidora de su madre.

—No he oído nada.

—Vale —contestaron ambas.

—De acuerdo. Ahora vamos al tanatorio, así podréis despediros de papá. —Se secó rápido una de las lágrimas.

Se fundieron en un cálido y triste abrazo para darse ánimos y fuerzas ante las situaciones complicadas a las que se tendrían que enfrentar en los siguientes días.

—Voy a quitarme la ropa de gimnasia, ¿vale? —dijo Elsa.

—Claro. ¿Tú también quieres cambiarte, Dunia?

Elsa era la más pequeña. El vínculo con su padre tenía unas grandes bases de fortaleza y, sobre todo, de confianza. La complicidad que tenían ambos era diferente al del resto de personas. Su conexión era extrema. A veces incluso sabían lo que el otro pensaba sin siquiera mirarse. También tenía su parte negativa, Enzo siempre sabía cuándo mentía. Sonrió al pensarlo. Recordó una de las veces que le preguntó si tenía un radar de mentiras. Siempre conseguía saber la verdad. Elsa solía derrumbarse en cuanto la sonrisa de su padre aparecía en su perfecto rostro.

Fue hacia su habitación para cambiarse de ropa, como le había dicho a su madre. Abrió el armario y cogió unos vaqueros con un jersey y una bufanda de color negro con lunares blancos

que le regaló su padre. Dejó la ropa sobre la cama. Se tapó los ojos con las manos y comenzó a llorar en silencio. Sabía que su madre y hermana también estaban tristes y no quería que se preocuparan por ella. Estarían pendientes de su estado de ánimo por ser la pequeña de la familia. Debía ser fuerte. Abrazó uno de los peluches de la cama. Era un koala desgastado con el que dormía desde que era pequeña. Se lo consiguió su padre el día que fueron los dos solos a unos recreativos. Enzo se gastó en aquella maldita máquina con gancho más del doble del dinero que le hubiera costado el peluche en una juguetería. Pero ante la cara de ilusión de Elsa, tenía que conseguirlo. No quería ver la cara de decepción de su pequeña ante el fracaso de su padre.

Observó aquel peluche como si nunca lo hubiera visto. Se encontraba con sus recuerdos cuando escuchó varios golpes en la puerta. Dio un respingo en la cama, sobresaltada. Era Eva.

—Hija, date prisa, quiero llegar lo antes posible.

El móvil de su madre sonó. Era un número desconocido. Miró la pantalla entrecerrando los ojos. Esperaba no recibir un aluvión de llamadas de gente que ni siquiera conocía. Descolgó el teléfono mientras en el interior del cuarto Elsa comenzaba a cambiarse de ropa a la vez que se secaba las lágrimas.

—¿Sí?

—Hola, le llamamos del taller. Nos han traído la moto de Enzo Cuevas, necesitamos saber si van a querer arreglarla. —Carraspeó.

—Hola. —Se quedó en silencio durante unos segundos.

—¿Hola? ¿Me oye?

—Sí, sí, perdone. Supongo que ya sabrá que no es buen momento.

—Sí. Lo siento mucho —empatizó—. Pero necesitamos saber qué quiere hacer con ella para comenzar con el proceso. Trabajamos con plazos, y si no los cumplimos, nos multan —se excusó por las prisas.

—Arréglela —respondió, volviendo en sí.

—De acuerdo. Para empezar con el trámite necesitamos que venga a firmar los papeles.

—Está bien, iré en un par de horas.

—Perfecto. Muchas gracias. Le mandamos los datos de contacto al correo electrónico que tienen en el seguro.

—Gracias.

Se despidió de la chica y su cabeza empezó a trabajar. No iba a descansar hasta saber la verdad. Con la ausencia de Enzo tendría que hacer de padre y madre y sus propias deudas se multiplicarían al contar exclusivamente con sus ingresos. Comenzó a agobiarse ante la multitud de incógnitas y suposiciones que se le vendrían encima a lo largo de los siguientes días.

—¡Vamos, chicas!

Esperaba en la puerta del chalé a que sus hijas bajaran. Se puso el abrigo y se abrochó la cremallera mientras miraba hacia las escaleras. Recibió un mensaje de Carolina. «Estoy en el tanatorio con tus padres».

Capítulo 11

Carolina entró en el tanatorio antes que Adrián. Su incertidumbre cada vez era mayor. No sabía qué hacer y si las decisiones que estaba tomando eran las adecuadas. Anduvo por el largo pasillo hasta la sala donde se encontraban varias personas conocidas. Sintió un escalofrío y se le erizó la piel. El aire se le coló por el cuello del abrigo. Decidió sacar las manos de los bolsillos para subirse las solapas y entrar en calor. El cielo se iba nublando por momentos. Los rayos del sol eran más débiles y calentaban en menor medida. La temperatura había descendido varios grados. Se encontraba destemplada. Apenas había dormido y, cuando consiguió conciliar el sueño, Eva la llamó para que la acompañara a comisaría.

Atravesó el corrillo que había en la entrada y caminó hacia el interior. Su mirada se cruzó con Emilio y Pilar, cuyas manos se habían entrelazado. Carolina los conocía desde que iba al colegio con su hija. Se detuvo delante de ellos y dio un abrazo a Pilar y después a Emilio. Habían hecho de padres también para Enzo y era el lugar que sin querer ocupaban en aquella sala.

—Tómate un café —dijo Pilar señalando el termo que habían colocado en una mesa de la entrada.

—¿Queréis uno? Creo que el día va a ser largo.

—Sí, yo quiero uno. Te acompaño —dijo Emilio, agarrándose al brazo de Carolina.

Anduvieron pocos pasos y Emilio giró la cabeza para comprobar la posición de su mujer. No quería que escuchara la conversación que iba a tener con la amiga de su hija.

—¿Qué está pasando, Carol? —preguntó con los brazos cruzados.

Entrecerró los ojos, sorprendida al escuchar la pregunta.

—No te entiendo.

—Sí, ya lo creo que me entiendes. Hay un desfile de mujeres desconocidas por el tanatorio. Tenías buena relación con Enzo, supongo que sabrás algo de lo que ha pasado.

—Eva piensa que le han asesinado. Puede que tenga razón, ya sabes cómo era Enzo. —Sirvió un café con leche y se lo dio a su acompañante improvisado.

—¿Asesinado?, ¿por quién?

—No lo sabemos, pero Eva no lo va a dejar pasar, supongo que ya te lo habrás imaginado.

Emilio levantó una de sus pobladas cejas.

—Entiendo. ¿Adrián qué dice?

—No lo sé.

Una media sonrisa se dibujó en el rostro del padre.

—Cómo quieras.

Carolina se empezó a poner nerviosa y derramó una cantidad mínima de café en el platillo que lo sostenía.

—Puedes estar tranquila, no saldrá de mi boca.

Pilar apareció detrás de su marido.

—He cambiado de opinión. —Sonrió ligeramente.

Trascurrieron pocos minutos cuando Adrián cruzó la puerta. Apareció con dos personas desconocidas. Eran más o menos de su misma edad. Ambos representaban la tristeza y el

recuerdo del pasado de Enzo.

Carolina miró a Adrián directamente a los ojos al comprobar como aquella mujer iba agarrada de su brazo de manera cariñosa. Avanzaron hasta la altura donde se encontraban los tres tomando café.

—Hola —dijeron al unísono.

—Hola, soy Carolina. ¿Vosotros sois…? —preguntó con la clara intención de indagar en la complicidad entre ellos y Adrián.

—Somos Aitana y Nicolás. Fuimos juntos al orfanato con Enzo. Nos hemos enterado esta mañana de lo que ha pasado. —La mujer se llevó la mano a la cabeza mientras la movía hacia los lados, simbolizando incredulidad ante la situación—. No me puedo creer que estemos aquí.

—No hacía mucho tiempo nos había llamado para quedar toda la pandilla del orfanato. Fue él quien eligió el día. Parece ser que coincidió con el día del accidente. Por eso no llegó. Estuvimos esperándole. Le llamamos varias veces, pero nada, nunca contestó. —Sus ojos se humedecieron.

Carolina le acarició el brazo para demostrarle su apoyo.

—Todos le echaremos de menos —añadió.

—Por supuesto.

Adrián se veía visiblemente afectado. Sin decir nada, se dio la vuelta y caminó hacia la puerta. Emilio miró a Carolina y le señaló con la barbilla para que fuera con él.

—Ve, nosotros no nos vamos a mover de aquí.

Asintió y salió tras él.

Nicolás fue uno de los mejores amigos de Enzo durante años. Lo seguían siendo, pero su relación se había ido deteriorando por falta de tiempo. Sin embargo, sabía que si lo necesitaba estaría ahí. Como fue al recibir la llamada. Eran la noche y el día. Nicolás era la prudencia que le faltaba, la voz de la conciencia. Siempre había sido más precavido y temeroso de las consecuencias de sus actos que Enzo.

Recordó la última vez que hablaron, la voz de su amigo sonaba distinta, carecía de la seguridad que la caracterizaba. Se encontraba viendo una película con su mujer al lado cuando vio su nombre en la pantalla del móvil. Si hubiera sabido entonces lo que ocurriría, no le habría dicho que sí. Era tarde para arrepentirse, pero no podía evitar sentirse culpable por no haber insistido más.

—¿Puedes hablar?

—Sí, ¿qué pasa? —Se levantó del sofá para que su mujer no sospechara.

—Ha llegado el momento, tengo pruebas para demostrarlo.

—Enzo, por favor, no empieces. Fue hace mucho tiempo, no tiene sentido que sigas con eso.

—No, Nicolás, no podemos dejarlo pasar. Si lo hacemos, seremos igual de culpables.

—No estoy de acuerdo con esa afirmación.

—Ah, ¿no? ¿Y cómo calificarías tú a alguien que lo sabe y mira para otro lado porque no le ha tocado a él?

Nicolás cogió aire apoyado en la encimera de la cocina de su casa. Se rascaba la barbilla en un acto nervioso, mirando al vacío.

—Está bien, pero nos vas a meter en un lío, lo sabes, ¿no?

—Tranquilo. Eres un cenizo, no va a pasar nada. —Sonrió—. Eres igual de aguafiestas que siempre.

—Lo sé. Esa es la razón por la que siempre me llamas a mí. —Soltó una ligera carcajada.

—Llamaré a los demás. Tenemos que preparar una cena para ponernos todos de acuerdo.

—Está bien.

—¿Los puedes llamar tú? Estoy un poco liado con el tema, ya sabes.

—¿No te habrás metido en algún lío ya? No me mientas —preguntó preocupado.

—De momento no, pero no te aseguro nada —susurró.

—¡Enzo! —exclamó irritado por la carencia de importancia de las palabras de su amigo.

—Nicolás, no me sermonees. Lo intento, de verdad, pero a veces es imposible no meterse en la boca del lobo si quieres que la información merezca la pena.

—Ya no merece la pena.

—Siempre merece la pena.

Escuchó a su mujer gritándole para que volviera a ver la película.

—Te aviso del día y hora para vernos todos, ¿vale?

—De acuerdo.

—Por cierto, necesito que me hagas un favor.

—Claro, dime.

—No hagas lo que yo no haría.

—Lo intentaré. —Comenzó a reírse.

«La última conversación». Nicolás la repasó en su cabeza una y otra vez. No sabía qué había ocurrido, pero sí que no le había hecho caso. «Nunca lo hacía». No mantenían una relación asidua como antes, cuando vivían en el orfanato, pero sí hablaban con frecuencia. Nicolás realizó la educación gratuita hasta selectividad. Valoró la idea de hacer una carrera universitaria, pero su economía no se lo permitió. Estuvo trabajando en puestos con una remuneración escasa, lo que hacía imposible que pudiera pagar las matrículas de la universidad. Decidió prepararse las oposiciones de agente de Hacienda. Al cabo de dos años en la academia y de estudiar largas horas por la noche, lo consiguió. Enzo aprovechaba el contacto de su amigo para perseguir los trapos sucios de delincuentes y traficantes.

Nicolás se metió las manos en los bolsillos del pantalón de pana marrón oscuro y salió de la sala. No estaba preparado para ver a su amigo en un ataúd. Aitana salió tras él. Lo paró antes de llegar al lugar donde Carolina y Adrián susurraban.

—¿Qué haces?

—No puedo.

—Tenemos que hacerlo, era nuestro amigo.

—Ya has oído a Adrián. Le han asesinado —murmuró.

—Por esa misma razón tenemos que saberlo. Hay que ver el cadáver.

—No vas a ver nada.

—Pero lo tenemos que intentar. —Le agarró del brazo y le susurró al oído—. ¿Cuánto tiempo crees que tardarán en llegar a nosotros?

—¿De qué hablas? ¿Estás loca? No sabemos nada de lo que estaba investigando.

—Pues por eso. Tendremos que saberlo, hablar detenidamente con Adrián.

—No lo sabe.

—O eso dice. —Levantó una ceja.

—¿Sabes algo más?

—No.

—Esto es algo serio, no es un juego. Aitana, tienes que decírmelo, ¿estamos en peligro?

—No lo sé.

—¡No me jodas! —Tiró del brazo para quitarse a Aitana de encima—. Eres una mentirosa. Como siempre lo has sido, no es ninguna novedad.

Nicolás llegó hasta fuera. Pasó por al lado de Adrián y Carolina para continuar hasta la

barandilla que daba a la carretera. Necesitaba respirar. Los sentimientos de tristeza y el recuerdo de su amigo volvieron para explotar en unos ojos culpables y húmedos.

Aitana era una mujer introvertida. Tenía una belleza natural que ella se empeñaba en ocultar. Siempre había sido la más tímida y quien se dejaba llevar por la corriente de lo que elegían los demás. No le gustaba ser el centro de atención, y menos aún ser el punto en discordia. Sabía que Nicolás lo estaría pasando mal. Sin embargo, ocultar secretos de sus amigos era su gran virtud. Por esa razón, pensaba que ocultaba más. Había sido la confidente de muchas ideas kamikazes de Enzo. Nicolás se lo solía echar en cara. Callarse y asentir no era ser una buena amiga. Decir lo malo, lo que no se quiere escuchar, también entra dentro de las obligaciones de la amistad. Aitana se acercó cabizbaja hasta la posición donde Nicolás miraba al horizonte. Con una de las manos se secó las lágrimas para disimular sus sentimientos.

—Lo siento. No es el momento.

—Claro que no lo es. No sigas guardando secretos. Ya no está y nunca te lo agradeció, no al menos de la forma que tu querías.

Aitana apoyó los brazos en la barandilla imitando la postura de su amigo.

—Tienes razón.

Capítulo 12

El día fue duro e intenso. Dunia y Elsa lo habían pasado tan mal en el tanatorio que Eva decidió llevárselas a casa. Carolina se quedaría con ellas durante la noche. Sentía pánico de estar sola en su chalé y la invitación espontánea de su amiga le vino como anillo al dedo. Sabía que cuando las niñas se fueran a la cama comenzaría a hacerle preguntas para las que no tendría respuesta. Emilio y Pilar se fueron a su casa para descansar al menos aquella noche. Los días después del entierro serían duros. La familia debía hacer frente a una vida que distaba en exceso de lo que habían vivido hasta entonces.

Emilio cenó con su mujer en silencio. No sabían qué decirse. Tantos años de matrimonio les había dado para muchas conversaciones y confidencias. Sin embargo, a veces la vida te deja sin palabras buenas o bonitas que decir. No existían palabras que les quitara la desidia que se había implantado en sus corazones y que no dejaba de aumentar.

—Me voy a la cama, estoy cansada —dijo Pilar colocando el último plato que Emilio había lavado.

—Como quieras. —Le dio un beso en la frente—. Yo me voy a quedar un rato a ver la televisión. Luego subo.

—Vale. No tardes, que mañana hay que madrugar. El entierro es temprano. —Se detuvo de camino a la habitación—. ¿Crees que debería llamar a la niña?

A pesar de que Eva ya no era ninguna niña, sus padres seguían refiriéndose a ella de aquella manera.

—No, tiene que pasar el duelo sola. No podemos decirle nada que la consuele, ya sabe que estamos para lo que necesite.

—Está bien. Entonces me voy a dormir.

Pilar caminó hacia su marido y le dio un abrazo y un beso.

—Buenas noches.

Esperó a que su mujer desapareciera por el pasillo para hacer lo que tenía en mente desde que vio a aquella mujer en la tienda de flores.

Hacía varias semanas que había quedado con Enzo para poner en orden sus seguros. Era un desastre con los papeles y, para evitar una discusión con Eva, le pidió el favor de que le ayudara. Ahora que había muerto, sabía que aquello no había sido casualidad. Su hija tenía razón, Enzo se había hecho un seguro de vida semanas antes. Su vida corría peligro y era consciente de ello. Por eso tomó aquella decisión. Emilio no era de hacer conjeturas ni suposiciones. No quiso preocupar a su mujer, así que se acercó al mueble del salón donde guardó la póliza. Necesitaba saber la fecha para comenzar a investigar a partir del día en que Enzo sintió el peligro acariciándole la nuca.

Anduvo por el salón con pasos nerviosos y haciendo tiempo para asegurarse de que su mujer no volviera a levantarse fruto del insomnio. Se detuvo en la ventana. Por su mente pasaron diversos sentimientos. No sabía en qué lío andaba metido su yerno y ni siquiera si ellos estaban en peligro en ese momento. Andar con precaución y vigilar sus espaldas era lo más lógico. Por el momento le ocultaría cualquier información o hallazgo hasta que supiera la verdad de lo ocurrido.

Miró el reloj. Había pasado más de media hora y Pilar no daba señales de que estuviera dando vueltas en la cama. Emilio supo que se habría tomado las pastillas que le ayudaban a dormir. Decidió ponerse una copa de wiski con hielo para afrontar la lectura que le estaba esperando en el cajón. Se acercó al mueble bar y cogió uno de los vasos grabados de cristal. En su mano observó su inicial grabada en el precioso vaso. Se los habían regalado el día de su boda. Sonrió al recordar aquel día y los largos años que había pasado junto a Pilar. Aunque sintió culpabilidad por las infidelidades y disgustos que le había regalado con el paso del tiempo. «No se lo merecía». Fue a oscuras por el pasillo con el propósito de llegar a la cocina y echar un cubito de hielo en el vaso.

Se quedó paralizado.

Pegó el cuerpo a uno de los muebles y con el vaso en la mano se agachó. Sus reflejos no eran lo que fueron hacía décadas, pero aún hacían su servicio.

«¿He visto una sombra o me estaré volviendo loco?».

Agazapado, estiró el cuello para que su vista pudiera divisar el jardín de la entrada. Estaba demasiado oscuro. Las farolas de la calle se encontraban a una distancia prudencial por reclamo de los vecinos de que no alumbraran el interior de sus casas. Les molestaba para dormir.

Emilio los maldijo mientras seguía intentando ver con los ojos entrecerrados. Esperaba que su vista se afinara al acostumbrarse a la penumbra de la noche.

«Estoy loco». Aseguró para sí. Estaba desbordado, igual que el resto de su familia. Pero entendió que a él le había afectado de una manera distinta. «Gajes del oficio», supuso. Intentaba convencerse de que su mente le estaba jugando malas pasadas, pero no lo consiguió completamente. «Una última mirada». Se irguió lentamente para comprobarlo de nuevo. «Nada, Emilio. Vamos». Se animó. Finalmente se levantó con cautela. Continuó con las luces apagadas. Abrió el congelador a sabiendas de que no se encendería la luz, al contrario que si cogía algo de la nevera. Suspiró y volvió al salón. No había llegado a su destino cuando escuchó un golpe en la puerta.

Sus músculos se tensaron. Lo había oído, estaba seguro. Por unos segundos se quedó quieto en el sitio. Las piernas no respondían por la tensión del momento. Se había enfrentado a situaciones peores por su profesión, pero entonces era un hombre joven y entrenado para ellas. Ahora distaba mucho de aquel joven que añoraba con melancolía. Sonaron varios golpes, esta vez más fuertes y seguidos.

—¿Emilio?

Se le encogió el corazón. «Sabe quién soy». Llenó de aire sus pulmones y con un refuerzo de valentía caminó hacia la puerta. Aun sujetaba con una de sus manos temblorosas el vaso preparado para verter el líquido que se había propuesto que le diera algo de felicidad en aquella noche siniestra.

Acercó el ojo a la mirilla. La identidad de la persona que le esperaba tras la puerta era desconocida. Dudó si abrirle o no. Escogió la prudencia.

—¿Quién es?

—¿Eres Emilio?

—Sí —respondió sin dejar de mirar.

—Enzo me dijo que te diera esto si… —Se calló—. Bueno… —Carraspeó—, ya sabes, si moría.

Emilio se sorprendió de aquellas palabras. Ahora estaba seguro de que había sido un asesinato. Él mismo había preparado todo por si conseguían asesinarlo. Colocó la mano en el picaporte y, despacio, abrió la puerta sin quitar la cadena. Tenía que asegurarse de que no era una

trampa. No tenía ni la más remota idea de qué iba todo aquello, pero sí de que estaban en peligro. Meneó la cabeza con incredulidad. «Estamos en peligro por algo que ni siquiera sabemos».

—Soy Hugo. Era el fotógrafo de Enzo —susurró, mirando la cara de Emilio asomada por la rendija.

—¿Cómo puedo saber si es verdad lo que me dices?

—No puedes. Me dijo que te diera esto si conseguían matarlo. —Extendió la mano con un *pendrive*—. No sé si nos estarán vigilando, pero yo no quiero saber nada. Ya se lo dije a él. ¡Joder! —Su voz era temblorosa. Le costaba articular palabra.

Emilio observó el miedo en sus ojos. Estaba desbordado. Decidió abrir la puerta.

—Pasa, así no nos verán.

Hugo entró. Sus gestos eran inciertos y nerviosos. Emilio salió a la calle y miró a ambos lados. Cerró la puerta.

—Tranquilo, no parece que haya ningún movimiento inusual o que alguien te haya seguido.

—Toma. —Volvió a extender la mano para darle el *pendrive* que con tanta ansia quería soltar —. Solo he venido a cumplir con mi promesa.

Emilio lo miró sin parpadear.

—¿Se puede saber qué guarda esto que te provoca tanto pánico? —preguntó con el artilugio en alto.

—Fotos. Fotos que hice —repitió tartamudeando.

—No entiendo nada de lo que está pasando. ¿Me puedes decir de qué va todo esto? —preguntó raudo.

—No lo sé. Enzo dijo que te lo diría, pero supongo que mentiría, como era su costumbre más arraigada. —Detuvo su mirada en Emilio—. No nos conocemos de nada, ni tampoco quiero. Era su fotógrafo. Me contrató, hice las fotos y me dijo que las guardara por si ocurría esto. Ya está. No sé más.

—Entiendo. No hace falta ser muy listo para saber que es por estas fotos por las que le han asesinado, ¿es eso?

—Puede ser. Supongo que sí. Enzo quería que se las diera, tendría sus razones. Mírelas. Entiendo que significarán algo que yo desconozco.

Hugo se acercó para observar el exterior por la mirilla.

—Lo siento, me voy. —Colocó su mano en el picaporte—. Mi parte está hecha.

—Un momento. ¿Quiere tomar algo? No debería irse así.

—No, gracias. No quiero involucrarme en nada —repitió—. Enzo siempre estaba metido en movidas raras.

—¿Puedes dejarme tu teléfono?

—Si me necesita, puede encontrarme en Internet. —Abrió la puerta y miró con miedo a los ojos de Emilio—. Pero preferiría que no lo hicieran. Era mi amigo, pero la noticia a veces te lleva a una verdad que no debes descubrir. —Remarcó con especial énfasis la palabra «debes».

—¿A qué se refiere?

—Siga las fotos, no tardará en saber a quién tiene que preguntar. Lo siento, pero yo no sé nada. Lo único que sé es cuando no tienes que continuar. Como lo es ahora y en este embrollo.

Salió y se colocó la capucha negra de la sudadera por encima de la cabeza con el propósito de no ser reconocido. Emilio observó cómo mascullaba entre dientes mientras se alejaba sin dejar de mirar hacia los lados en su camino hasta el coche.

«¿Tanto misticismo por unas fotos?», pensó escéptico.

El hielo del vaso se había derretido. Volvió a la cocina, vació el agua que se había formado y

cogió otro cubito. Se guardó el *pendrive* en el bolsillo y caminó hacia el salón, cavilando lo que había ocurrido hacía escasos segundos en el recibidor de su casa.

Echó el wiski y se sentó en el sofá.

Nunca había sido una persona a la que le gustaran los ordenadores, pero menos aún le gustaba sentir que se quedaba atrás mientras la sociedad seguía avanzando. Se compró un ordenador hacía años y sus nietas le enseñaron a desenvolverse en los lares de la informática. Se había aficionado al *Solitario* y dedicaba algunas horas por la mañana a jugar. También se leía el periódico y repasaba las noticias de sucesos que tanto interés le provocaban a través de una navegación cada vez más experta por diversas páginas web. Sacó del bolsillo del pantalón aquel *pendrive* que había provocado tantos sinsabores a su portador hasta esa noche. Lo miró detenidamente mientras bebía un sorbo del vaso.

«La curiosidad mató al gato, pero tendremos que saber a qué nos enfrentamos y por qué las fotos que contiene son tan importantes». Su estado intranquilo no había desaparecido. Prefirió asegurarse de que el perímetro de su casa se encontraba en paz y armonía antes de enfrascarse en una pelea sin sentido con la manera de conectar aquel artilugio al ordenador. Apagó la luz y se acercó a uno de los grandes ventanales que pertenecían al salón. Comprobó que no había ningún movimiento sospechoso ni ninguna presencia extraña desde los laterales de la ventana. Sin saber a qué se enfrentaba por el desconocimiento completo de en qué líos estaba metido Enzo, pegó el cuerpo a la pared y miró. Recordó el miedo de Hugo. Si estaba tan seguro del peligro y de supuestas persecuciones en la oscuridad de la noche, debía tener un motivo. Por ello, a pesar de parecer paranoico, no quiso ser un blanco fácil y posicionarse con total visibilidad en la ventana.

Con la idea «todo en orden» fue hacia la habitación donde se ubicaba el ordenador de mesa.

Había visto en una película cómo se introducía el *pendrive* en el ordenador, así que intentaría seguir los pasos de aquel actor de Hollywood tan famoso. «No puede ser tan difícil. Donde encaje».

—¿En qué estarías metido? —murmuró para sí, agachado al lado de la torre del ordenador.

Probó en las distintas ranuras hasta que consiguió que encajara en una.

«¡Por fin!».

Capítulo 13

El cielo se había despertado gris, igual que la alegría de las almas de quienes se acercaron al entierro. Antes de subir el cuerpo al vehículo que lo trasladaría a su nicho provisional durante diez años, Dunia, Elsa y Eva depositaron una rosa roja encima del féretro. Las hijas eran demasiado jóvenes para experimentar una muerte tan cercana. Lloraron ante el cielo encapotado y las nubes como testigos de aquella dolorosa y desconsolada despedida. Se montaron en el coche negro que seguiría a su padre hasta el cementerio. En el interior, continuaron llorando abrazadas a su madre, que se había colocado entre las dos, para consolarlas en la medida que le fuera posible. No había consuelo, nada les podría devolver a su padre.

Las hojas de los árboles se agitaban con más fuerza al entrar por la puerta de la capilla de la iglesia. Enzo no era religioso, sin embargo, Eva decidió que era la manera más espiritual y cálida de despedirse de él. Ya no volvería a ver su rostro ni contemplar su agradable sonrisa por las mañanas. Eva se sentó en el primer banco de madera más cercano al altar. Cada vez le costaba más coger aire. Para ella era más denso de lo habitual. El ambiente cargado, la multitud y los gestos de apoyo le estaban haciendo perder el raciocinio. La capacidad de asimilarlo se había vuelto ausente y sus funciones vitales no respondían a sus necesidades. Se agarró a Elsa en un arrebato de perder la consciencia. Sintió que no era dueña de su cuerpo. Debía reaccionar por sus hijas, ser fuerte. Carolina la observaba y cuidaba a pocos pasos de ella, siempre en un segundo plano, pero alerta. Emilio temía que se desmayara durante el entierro. Asomó la cabeza hacia delante para poder observarla. Estaba al lado de Elsa, dándole la mano. Con el dedo índice de la mano libre tocó a su hija con la mirada compasiva puesta en la silueta de un fantasma.

—¿Quieres salir?, ¿necesitas tomar el aire?

—Mamá, estás un poco blanca —añadió Elsa, sonándose los mocos.

Eva no contestó, meneó la cabeza en un gesto de negación. Inhaló aire varias veces con los ojos cerrados. Debía tranquilizarse, no quería ser el centro de atención.

La misa trascurrió sin que la nueva viuda fuera consciente de las palabras que el cura recitó. Iniciaron un paseo hasta el nicho que fue designado para Enzo. El tiempo pasó rápido.

Introdujeron el féretro y lo sellaron.

Adrián había acudido con su familia. Su hija había ido para estar con Elsa y Dunia. Eran grandes amigas y quería estar presente y darles el apoyo que tanto necesitaban. Eva agradeció que sus padres no se lo prohibieran. Blanca era un apoyo para ellas y se podrían desahogar de una manera que no harían con su madre.

Carolina observaba curiosa, distante y con disimulo, a los asistentes. Habían ido amigos del orfanato, de la universidad y de los periódicos en los que había colaborado a lo largo de varios años.

La clínica veterinaria de Eva había cerrado aquella mañana para poder acompañarla a dar el último adiós a su marido. Daniela era su amiga desde la universidad. Las unía una gran amistad basada en la confianza. Por eso decidieron montar la clínica. Daniela decidió colocarse en un discreto segundo plano al lado de Carolina. Observó cómo no dejaba de mirar a una mujer que vestía de negro con gafas oscuras. Su silueta no se distinguía a tan larga distancia. «Demasiado lejos», pensó Carolina con los ojos entrecerrados para enfocar su cara.

—¿Qué pasa? —preguntó Daniela, mirando en la dirección donde los ojos de Carolina descansaban.

—¿Quién es esa?

—Ni idea —respondió tras volver a mirar—. No la había visto nunca. Puede que sea alguien que está visitando el cementerio.

—No. Estaba en el tanatorio, la he visto.

Emilio escuchó la conversación sin perder detalle. Él ya la había visto. Era la mujer de las flores.

Poco a poco los asistentes se fueron despidiendo y abandonando el cementerio. La familia de Adrián estaba muy unida a ellos. Esperaron pacientemente junto a Dunia y Elsa. Blanca intentaba cambiar de tema con la intención de animarlas. Elena se acercó a Eva cuando consiguió despedirse de amigos y conocidos. Prácticamente solo quedaba la familia y aquella mujer de negro en la distancia.

—¿Te parece que se queden las chicas conmigo? —Se ofreció Elena para ayudarla en un día tan desagradable.

—Lo que ellas quieran. —Miró a sus hijas, que asintieron acto seguido.

—Supongo que tendrás cosas que hacer. Tómate un respiro. —Adrián agarraba a su mujer por los hombros. Había estado llorando durante el entierro y sus ojos enrojecidos eran señal de ello—. Así también descansan tus padres.

—¿Seguro? No quiero que te molesten.

—Tranquila. —Elena se acercó y le dio un beso en la mejilla—. Cuidaré de ellas sin problema. Se pueden quedar a dormir. Lo que tú decidas. —Le acarició con fuerza el brazo en varias ocasiones antes de darse la vuelta e irse.

Adrián se quedó quieto, mirando a Eva.

—Todavía no me lo creo.

—¿Sabes quién es esa? —preguntó directa e intrigada por la presencia inhóspita de la mujer.

—Ni idea. No creo que haya venido al entierro, pero…

Dunia y Elsa corrieron para despedirse de su madre con un fuerte abrazo y un beso. Su espontaneidad dejó con la palabra en la boca a Adrián.

—Venga, chicas. —Las agarró por los hombros para irse del cementerio—. Si necesitas cualquier cosa, nos llamas. —Se despidió.

—Gracias.

Las chicas se despidieron de sus abuelos. Desde el interior del coche de Adrián, agitaban las manos para despedirse de ellos, Carolina y de su madre. El resto de las personas que habían asistido se habían ido marchando paulatinamente tras despedirse de Eva. Ahora se encontraban en absoluta confianza y tranquilidad. Daniela se había ido con la auxiliar, que también había asistido, a abrir la clínica. Debían seguir trabajando. Ahora Eva se tendría que enfrentar a la totalidad de los gastos en soledad. No lo había pensado hasta que Daniela le dijo que no se preocupara por el dinero. Tendría que hacer frente a una hipoteca que no sabía si sería capaz de afrontar. No quiso detenerse más en aquel pensamiento. No era el momento.

«Los problemas, por partes. Hoy no es el día».

—Hija, ¿nos vamos a casa o quieres que nos quedemos contigo? —preguntó Pilar al cogerla de la mano.

—No, descansad. Hoy necesito estar sola. A partir de ahora vais a tener que echarme una mano a diario, así que tomaos el día libre. —Sonrió levemente.

—Está bien —respondió Emilio.

El matrimonio abrazó a su hija y, agarrados, iniciaron el camino hasta el coche. El viejo guardaespaldas miró de soslayo a la mujer que aún mantenía su posición. «Está esperando a que nos vayamos todos».

Eva esperó nerviosa a que sus padres se alejaran.

—Enzo me dejó una nota en nuestro escondite secreto —dijo al fin.

—¿Qué? —Tragó saliva.

—Sí, con un mensaje.

—¿Qué ponía? —preguntó nerviosa.

—«Mia 10:00».

—¿Y eso qué significa? ¿Solo eso? —insistió.

—Creo que esa es Mia. —Señaló con la barbilla en dirección a la mujer.

—¿Estás loca? No estarás pensando ir hasta allí y preguntárselo, ¿verdad?

—Así sin más, no. Le preguntaré de qué le conocía. Me presento para que me diga su nombre.

—No va a funcionar. Si le diera igual hablar con nosotras, no se mantendría tan lejos. Piensa, Eva.

—Me da igual, ya no tengo nada que perder.

Inició el paso decidido con zancadas firmes y rápidas. La mujer observó cómo se acercaban en su dirección y tomó la decisión de meterse en el coche para irse del cementerio.

Eva apretó los puños llena de furia y cólera.

—Estoy loca, ¿no? —Suspiró—. Aquí pasan cosas raras, pero voy a llegar al fondo del asunto como sea.

—No eres detective ni policía. Despierta de una vez. No podemos hacer nada —explicó, alzando la voz.

—Soy más que eso. Soy una mujer decidida, que ha perdido a su marido y que va a descubrir la verdad. —Apretó los dientes con la misma fuerza que los puños, hasta que chirriaron. Sus ojos contemplaban a aquella mujer que había huido llevándose con ella la información de quién era y qué relación tenía con Enzo.

—¿Sería su amante? —preguntó compungida.

—Claro que no. Nunca te engañaría.

Cabizbaja, se dirigió al coche.

—Hablamos luego. Voy a firmar los papeles para que arreglen la moto. Ayer no pude ir. —Abrió la puerta del coche y se sentó.

—Está bien. Llámame cuando llegues a casa.

Capítulo 14

Sintió la necesidad de tener delante de sus ojos la moto con la que su marido había tenido el accidente. Creyó que podría darle alguna pista de lo que ocurrió. Sin embargo, la idea se desvaneció mientras el aire del día golpeaba su rostro. Bajó la ventanilla cuando había avanzado varios kilómetros por la carretera. El aire la espabilaría y el cansancio se marcharía. Observó su rostro en el espejo del parasol. Estaba visiblemente demacrada. Desde que Enzo desapareció, no había vuelto a descansar varias horas seguidas y su cuerpo ya se estaba empezando a resentir sin remedio. Tenía que descansar, pero antes quería dejar preparados los papeles de la moto. Había quedado el día anterior y no apareció. No le gustaba faltar a su palabra y ser una maleducada, así que debía firmar los papeles lo antes posible, para no retrasar más el trabajo del taller.

Se acercaba la hora del mediodía y el sol daba de frente en la carretera. Entrecerró los ojos para no tener ningún accidente por falta de visión sin dejar de ir a la velocidad que permitía la vía y llegar rápido. Dejó de tocar el volante con una de las manos para palpar por encima del pantalón el *pendrive* que encontró. La curiosidad por saber qué escondía volvió a su mente para meterle prisa en terminar la gestión. Cogió la salida que le indicó el móvil dentro de la aplicación del GPS y se detuvo en el semáforo que daba al interior de la ciudad. A pesar de que no hacía demasiado frío, subió la ventanilla. Se recolocó en el asiento para aumentar la atención al volante. Estaba en un estado de nervios y cansancio. Sintió un escalofrío en la punta de los dedos y en las piernas. No era la primera vez que tenía aquella sensación tan extraña. Era ansiedad. Dio un golpe en el volante después de asegurarse de que nadie la veía con un vistazo a ambos lados.

Repitió el golpe. Los hormigueos se sucedían por sus extremidades y cada vez estaba más nerviosa. Escuchó la frase que le avisaba de que ya había llegado.

«Ha llegado a su destino».

Apagó el móvil y el motor del coche para firmar los papeles que le estaban produciendo tanta ansiedad. Enzo amaba la moto por encima de cualquier otro objeto. Después de su familia, era su pasión. Era la razón por la cual había decidido arreglarla. La guardaría en el garaje como recuerdo. Estaba convencida de que era lo que hubiera querido. Habían tenido varias discusiones hasta que cedió a que se la comprara. Fueron juntos por varios concesionarios hasta que se decidió por ella. La sonrisa de satisfacción y felicidad cuando fue a recogerla el primer día embriagó los sentimientos de Eva. Las vivencias juntos se sucederían sin remedio. Le gustó la idea, ya que era la única manera que tenía de no olvidarle.

Entró en el taller y la vio por las cristaleras de la oficina. Estaba destrozada. No sabía mucho de motos, por no decir prácticamente nada, pero se atrevió a pensar que le faltaban piezas de uno de los laterales y los plásticos que lo cubrían estaban hechos añicos. Colocó una de las manos en el cristal mientras sus ojos se iban humedeciendo con el calor de los recuerdos.

—Hola, ¿en qué puedo ayudarla? —Escuchó a sus espaldas.

—Hola. Tenía que firmar los papeles de esa moto. —Señaló con la barbilla en la dirección.

—Ah, sí. La llamaron ayer. Espere un segundo, que busco los papeles. Mi compañera ha salido un momento —se disculpó sin dejar de mover los documentos que había sobre el escritorio.

—¿Cuánto tardarán? —preguntó con la mirada de nuevo en la moto.

—Bueno, pues verá, hay que echarle un ojo más detalladamente, pero viéndola por encima, supongo que después de dos accidentes, un poco más de la cuenta. A ver qué dice el perito —dijo el hombre con varios folios en la mano.

—¿Cómo que dos accidentes?

—Sí, los daños que tiene son de varios accidentes. Tiene dañado los dos lados de la moto. —Tragó saliva.

—Entiendo.

—¿Quiere verla de cerca? —preguntó extrañado y con la mano extendida en dirección a la moto.

—Claro. Gracias.

El mecánico comenzó a andar con pasos ligeros seguido de Eva, que se había quedado perpleja y no dejaba de dar vueltas a la afirmación que acababa de escuchar.

—Mire. —Se agachó mirando a Eva para que siguiera sus movimientos.

—¿Sí? —Se colocó al lado del hombre.

—Aquí tiene todo el lateral raspado. Tuvo que ser un buen derrape, ya que se han roto algunos de los plásticos que cubren las piezas. —Cogió con la punta de los dedos uno de los rotos y lo movió con suavidad para que Eva comprobara lo que sus palabras decían.

El hombre se levantó y giró alrededor de la moto para enseñarle el otro lateral.

—Mire aquí —Señaló el tubo de escape visiblemente aboyado—. Es imposible que fuera en el mismo accidente. Su marido tuvo dos accidentes.

—¿El mismo día?

El hombre sonrió.

—Señora, eso es imposible, que yo sepa. Lo que sí le puedo decir es que no es del mismo golpe. ¿De días distintos? No lo sé. —Se encogió de hombros.

Eva asintió ensimismada. La mente comenzó a hacer cavilaciones acerca de la sinceridad de su marido. Tenía más secretos de lo que ella pensaba. La pareja idealizada en la que no había secretos se había difuminado para convertirse en lo que era: una relación repleta de mentiras. El mecánico le tocó el brazo, para que volviera en sí. Necesitaba continuar con su trabajo y saber si tendría que arreglar la moto o desistía después de ver su estado.

—Señora, necesito saber si quiere continuar. Ya sabe que tiene que venir el perito y todo ese rollo de los seguros —dijo asqueado, poniendo los ojos en blanco.

—Sí, sí, dígame dónde tengo que firmar.

—Claro. Acompáñeme.

Fueron a la oficina en la que se habían encontrado en un primer momento. Eva firmó los papeles y sin mediar más conversación que una breve y corta despedida, se fue. Cuando estuviera arreglada la volverían a llamar para que la recogiera.

Arrastró los pies con desgana y una gran dosis de decepción. Comenzó a pensar en varias opciones por las que su marido le habría ocultado la verdad de lo que se traía entre manos. La primera, que no eran la pareja que ella pensaba y no había confianza. «Tenía una doble vida». La segunda, que querría proteger a la familia. Después de evaluar la situación en el corto trayecto decidió que daba igual el motivo, solo necesitaba saber la verdad. Volvió a tocar el *pendrive* y sus ganas de ver el contenido aumentaron de manera exponencial. Debía saber en qué andaba metido, pero, sobre todo, si sus hijas estaban en peligro.

Montó en el coche y puso rumbo a casa. Llamaría a Carolina, para ver el contenido juntas. No estaba segura de lo que podía encontrar ni si estaba preparada para verlo. La idea de que tuviera una amante y su matrimonio fuera una pantomima le dolería más que cualquier otro

embrollo en que estuviera involucrado. Iba a ser la primera noche después del entierro y se le haría amargamente larga, la compañía de Carolina le vendría bien. No le apetecía mucho tener que estar escuchándola en un intento de convencerla para que dejara de meter las narices en los asuntos de Enzo, pero prefería eso a estar sola.

De camino a casa, llamó a Elena para confirmar que sus hijas se quedaban con Blanca a dormir, y al día siguiente las llevarían al instituto. Intentaría descansar, aunque ya sabía de antemano que su mente no iba a desconectar ni siquiera de noche y a pesar de que su cuerpo estuviera agotado por la falta de sueño.

Capítulo 15

Pilar tenía cara de cansada cuando llegaron a casa. Sin embargo, su marido no dejaba de pensar en lo que había visto en el *pendrive* que le dejó aquel asustado fotógrafo. Enzo se lo había hecho llegar por una sola razón: que supiera la verdad. Su yerno no era ningún estúpido, le conocía bien para saber que, si había tomado esa decisión, él tendría la obligación moral de responder y descubrir el entramado en el que estaba metido. Es lo que iba a hacer. Debía dejar a Pilar en casa. Buscar una excusa para poder moverse libremente sin ponerla en peligro. Hicieron el trayecto en silencio. Emilio no apartó la mirada de la carretera, pero no prestaba atención. Sus movimientos se habían vuelto automáticos. Pilar, en silencio, observaba el horizonte y las empresas que se encontraban en los laterales de la autopista que los llevaba a su hogar y que tantas veces había visto. Colocó la mano debajo de su barbilla para apoyarse y continuar pensando en silencio. Emilio, en uno de los descansos sobre el plan que estaba tramando, le dedicó una mirada de nostalgia.

«Tengo que dejarla fuera de esto».

Pilar sintió la mirada penetrante de Emilio.

—¿Qué pasa?

—Nada, que te quiero mucho.

—Lo sé. Yo a ti también. —Le acarició el brazo.

—¿Estás bien?

—Sí, tranquila. Dentro de la situación, estoy lo mejor que se puede estar. Además, ahora tenemos que ser fuertes para ayudar a la niña.

—Lo sé. —Suspiró profundamente—. Hemos salido de situaciones peores. Saldremos de esta.

—Eso espero. Lo importante es que estemos unidos y que confiemos los unos en los otros —explicó sin pensar.

—¿Qué quieres decir? —preguntó extrañada.

—Nada, nada. Cosas mías de la familia unida.

—¿Seguro?

—Sí, claro.

—Está bien. ¿Quieres que vayamos a verla?

—No, quiere estar sola. Es normal. Iremos a verla cuando nos lo pida.

—Tienes razón. Es mejor darle espacio. Esperaremos a que esté preparada.

—¿Mañana irá a trabajar?

—Seguramente. Debe continuar con su vida. Cuanto antes recupere la normalidad, mejor.

El matrimonio sonrió en un gesto de comprensión. Estaban unidos a pesar de las vivencias pasadas. Habían aprendido a perdonarse y comenzar de cero con la adopción de Eva. Desde ese momento iniciaron un nuevo comienzo sin mirar atrás.

—Me voy a echar un rato a descansar —se disculpó Pilar al entrar por la puerta y colocando el abrigo en el perchero.

—Está bien. Creo que necesito que me dé el aire —dijo con las llaves en la mano.

—¿Ahora?

—Sí, el aire y andar un rato me vendrán bien. Además, como te vas a dormir, no te molesto pululando por aquí dando vueltas y cacharreando para no aburrirme. —Abrazó a su mujer.

—Como quieras —respondió mientras aún continuaban abrazados.

Emilio se dio la vuelta y abrió la puerta que había cerrado solo hacía unos minutos. Salió y Pilar agarró la puerta para despedirse como hacían cuando Eva aún vivía con ellos y él se iba a trabajar. Avanzó por el camino que le llevaba a la acera desde la puerta de su casa y se despidió levantando la mano. Su mujer cerró tras responderle con el mismo gesto. Emilio no tardó en volver a sentir en su rostro el aire frío del ambiente invernal. Se echó el pelo hacia atrás y puso rumbo a la casa de su hija. Debía contarle lo que estaba ocurriendo. Sintió una especie de punzada en la boca del estómago al mentir a su mujer, pero debía estar seguro de lo que estaba pasando antes de preocuparla por nada. «Se lo debo».

Vivían a unas calles de distancia dentro del mismo barrio madrileño. Cuando Eva se independizó, sabía que necesitaría a sus padres tarde o temprano y decidió no mudarse lejos. Los movimientos y andares del ex guardaespaldas eran lentos y pensativos. Repasaba en su cabeza diversas frases para explicarle la visita inesperada del fotógrafo y la contratación del seguro de vida. Agitaba la cabeza en intervalos hasta que llegó a la puerta del chalé de Eva. Las plantas y arbustos de la entrada se movían al ritmo del viento cuando se quedó petrificado mirando al frente. Observó una sombra a través de la ventana.

«Ya ha llegado».

Tragó saliva, nervioso. El camino no le había ayudado a encontrar las palabras definitivas para explicarle a su hija que quizá estuvieran en peligro. Meneó la cabeza, pensando que lo más gracioso de la situación es que tendrían que descubrir por qué estaban en peligro. Unos pasos llenos de incertidumbre le llevaron hasta la puerta. Tocó el timbre y movió los hombros hacia adelante y atrás esperando ver la imagen de su hija. Escuchó pasos en el interior y un «voy». Eva tenía la misma sensación de peligro que su padre y observó por la mirilla. Aquel gesto confirmó a Emilio que su hija se sentía insegura. Nunca sintió la necesidad de utilizar la mirilla. Abrió con un movimiento brusco y los ojos entrecerrados.

—Hola, papá. ¿Ha pasado algo? —preguntó con un tono preocupado.

—Hola, hija. No.

Entró con la mirada asustada de su hija posada en cada uno de sus movimientos.

«Le pasa algo».

—Puedes decirme lo que sea. No te andes con rodeos, papá. Sé que le han matado. —Se acercó hasta él y sacó el *pendrive*—. Me ha dejado esto escondido.

—¿Qué? —preguntó sorprendido—. Vamos al ordenador. Mira. —Sacó su propio *pendrive* —. Ayer vino a casa su fotógrafo.

—¿Hugo?

—Sí, ¿le conoces?

—Claro, han trabajado juntos durante muchos años. Me llamó la atención que no viniera al entierro.

—Está muy asustado. Me dijo que Enzo le pidió que lo guardara y que me lo hiciera llegar en el caso de que le mataran.

Eva se sentó en la silla del ordenador, devastada.

—Supongo que es la confirmación de que le han asesinado.

—Creo que sí. —Se sentó en una silla junto a su hija.

—Tengo que contarte algo —dijo con los ojos brillantes.

—Tranquila, no estás sola. Sea lo que sea que haya pasado, lo vamos a solucionar. —Agarró una de sus manos para serenarla.

Asintió y tragó saliva antes de comenzar a contarle lo ocurrido en el taller con la moto, las imágenes de la cámara del casco y el contenido del *pendrive*.

—¿Un listado?

—Sí, papá, es un listado de nombres. No sé qué quiere decir ni quiénes son.

—Entiendo —dijo cavilando—. Puede que la pista inicial esté en las fotos que me ha dejado a mí.

—¿Fotos?

—Sí. Creo que mandó a Hugo para que la espiara. Enciende el ordenador. Estuvo en el entierro.

Eva se giró para encender el ordenador y al escuchar las últimas palabras de su padre le miró con los ojos abiertos de par en par.

—¿La rubia?

—Sí, eso es, ¿la conoces?

—No la había visto nunca. —Suspiró—. ¿No hay nada más?

—La póliza del seguro que hicimos. Supongo que fue el momento en que comenzó a sentirse en peligro. —Estiró la mano y, compungido, le dio el *pendrive*—. Debes tenerlo y hablar con la empresa.

Asintió con lágrimas en los ojos.

Lo colocó en el ordenador y en unos segundos una ventana emergente apareció en la pantalla. Abrió rápido la carpeta, llena de curiosidad. Puede que la mujer de la foto fuera Mia.

Una fotografía de la mujer rubia se abrió, con un aspecto más alegre y lleno de vida que el día del entierro. Pero ¿quién era esa mujer? ¿De qué conocía a Enzo?

Eva apagó el ordenador.

—Tenemos que descubrir quién es esa mujer.

—Hugo es la única persona que puede saber el nombre.

—De acuerdo, iremos mañana. Ahora tengo que ir a casa con mamá.

—Sí, yo he quedado con Carol y no creo que tarde en llegar.

—¿Se lo vas a contar?

—No. Ella cree que es mejor que lo deje pasar. De momento, es mejor que se quede entre nosotros.

—Está bien.

Se acercó a su hija y se fundieron en un abrazo. Eva se sintió reconfortada con el apoyo incondicional de su padre y su protección sin tapujos. Se apartó lentamente y cogió entre las manos la cara de su hija.

—Ten cuidado hasta que hablemos con Hugo, ¿vale?

No contestó con palabras, pero asintió con unas lágrimas amargas resbalando por sus mejillas. Su padre las secó con ambas manos.

—Estoy aquí. Siempre he estado aquí.

—Lo sé. —Le volvió abrazar, esta vez más fuerte.

—Actúa con la máxima normalidad que puedas. Quien quiera que esté detrás de esto, debe pensar que no sabemos nada.

—¿Papá?

—¿Qué pasa?

—Si Enzo se tomó la molestia de dejar tantas pistas es porque, al menos, él pensaba que

vendrían a por nosotros.

—Lo sé. Esa es la razón por la que hay que pasar desapercibidos.

—Está bien —confirmó con un valor que había hecho acto de presencia cuando más lo necesitaba—. Ahora vete, mamá te estará esperando.

—A ella ni una palabra, no quiero preocuparla. —Sonrió cariñosamente.

—De acuerdo. —Le devolvió la sonrisa.

El timbre de la puerta sonó. Eva se acercó a la mirilla y confirmó.

—Es Carol.

—De acuerdo. Me marcho. Así no estarás sola.

Capítulo 16

Por la noche, había hablado con Elena para que sus hijas se quedaran a dormir en su casa. La mujer de Adrián estaba haciendo grandes esfuerzos por ayudarla en todo lo posible. Quería a la familia desde que comenzó el noviazgo con Adrián. Se conocieron en un periódico y al año decidieron casarse y formar una familia. Blanca aún tardaría en llegar al mundo, pero sus mentes soñaban con su llegada. Las mujeres se quedaron embarazadas a la vez, por lo que compartieron mucho más que una amistad. La desesperación de madres primerizas y las situaciones cotidianas fueron durante mucho tiempo diarias, así como lo fueron sus llamadas de consuelo. Las hijas se habían hecho mayores, pero el vínculo que formaron tras años de solidaridad y comprensión era tan fuerte que aún perduraba. Elena quería a Elsa y a Dunia como si fueran sus propias hijas. Las había visto crecer.

Eva se sentía triste y atormentada, por lo que necesitaba a su mejor amiga cerca para tener un respiro de tranquilidad. Decidió que para poder conciliar el sueño era mejor dormir con Carolina a su lado, quien aceptó sin mediar palabra. Estaba allí para lo que necesitara. No se le había ocurrido ni por un segundo dejarla sola. Haría lo que fuera necesario para que la situación fuera lo más llevadera posible. A la mañana siguiente el despertador de Carolina sonó el primero. Quería ir temprano al ambulatorio. «Tengo cosas que hacer». Fue la excusa que le dio para salir pronto.

Bajó a la cocina sigilosa, para no hacer ruido y despertar a Eva. En la cama había notado que daba vueltas sin cesar hasta que concilió el sueño. Al levantarse, cogió la mochila que se había llevado y se duchó en el baño de invitados. Con el calentador encendido, se cambió y maquilló. Tenía unas grandes ojeras alrededor de los ojos que se iban acrecentando por días. Una situación imprevista había aparecido en su vida. Se tomó el café en la mesa de la cocina sin dejar de mirar la pantalla del móvil. Esperaba un mensaje de alguien, pero no llegó. Suspiró profundamente en varias ocasiones antes de terminar el líquido de la taza. La mirada viajaba inconscientemente al móvil. Cogió el bolso que había dejado en la entrada y, antes de cerrar la puerta, recordó que Eva insistió en que se llevara una copia de las llaves. Le daba tranquilidad pensar que su amiga las llevaba consigo, por si surgía un imprevisto. Sobre todo, por las niñas.

Todavía era de noche y las farolas iluminaban las oscuras calles cuando la doctora salió. El amanecer sería testigo del cambio de rumbo. El itinerario fue distinto al que recorría a diario para ir a trabajar. Aparcó frente a una farmacia 24 horas para comprar una prueba de embarazo. No estaba segura de si estaba embarazada. Nunca quiso ser madre, pero la idea de serlo cada vez le gustaba más y le hacía tener una nueva ilusión. Solo había un problema agregado a la maternidad: no sabía quién era el padre. A lo largo de la noche anterior, se lo quiso contar a Eva, pero la idea de confesarle quiénes eran los candidatos le hacía sentirse incómoda. Conocía a su amiga y sabría que se enfadaría con ella por ocultarle durante tantos años su aventura con Adrián. Con la prueba en la mano, suspiró en varias ocasiones. Tenía sentimientos encontrados entre la alegría y la congoja.

En un primer lugar, iba a realizarse la prueba en el baño del ambulatorio, pero después de darle varias vueltas a la idea de estar embarazada, que cada vez le gustaba más, cambió de opinión. Siempre recordaría ese momento. Volvió al barrio para realizar la prueba y conocer la

noticia en la intimidad de su propio cuarto de baño. Le pareció un lugar más apacible y que le otorgaba la discreción y la tranquilidad que necesitaba.

Capítulo 17

Eva se levantó varias horas después de escuchar cómo se cerraba la puerta de casa. Aún olía a café cuando se desperezaba en la cama. Estiró la espalda con los brazos hacia arriba y las manos entrelazadas mientras olisqueaba el líquido marrón que Carolina le había dejado preparado e inundaba el ambiente hogareño. A pesar de los nuevos inventos, en cuanto a cafeteras se refiere, seguía prefiriendo la de toda la vida. Colocó los pies en la alfombra de color blanco y recordó las mañanas que se levantaba con ese olor. Enzo y sus ruidos matutinos en la cocina solían hacer las mañanas más felices. Abrió el armario y se sentó de nuevo en la cama sin apartar la mirada del vestuario. Su estado civil había cambiado drásticamente y no estaba convencida de que la ropa alegre y vistosa que tenía perfectamente colgada en el armario representara su estado de ánimo. Cogió unos pantalones vaqueros y una camiseta de manga larga negra. No quiso detenerse más segundos compadeciéndose de sí misma. Iría a trabajar a pesar de la insistencia de Daniela en que no lo hiciera. Estar en la clínica, con los animales, le hacía abstraerse de los problemas. Rodeada de mascotas se sentía feliz y contenta, ya que la gran mayoría la querían y adoraban. Con ese pensamiento se dibujó una sonrisa en su demacrado rostro.

Al terminar de ducharse, y ya vestida para salir a trabajar, caminó hasta la cocina. Cogió la taza que Enzo le regaló en uno de sus cumpleaños, la cual tenía serigrafiada una frase que siempre le sacaba un pequeño gesto de felicidad: «A la mujer que siempre tiene razón». Con ella en la mano se detuvo a leer la frase que hoy, más que nunca, necesitaba.

—Tener razón… —murmuró entre dientes en la soledad de la cocina.

Apretó con cariño la taza entre sus manos para, acto seguido, echar el café y bebérselo de un solo sorbo. Quería llegar pronto a trabajar. Había estado ausente durante varios días. Daniela había estado al frente del negocio sin poner ninguna queja, pero sabía que era mucho trabajo para una persona sola. Sin duda, Patricia la habría ayudado, pero no entraba dentro de sus funciones y tampoco era justo. Patricia era la auxiliar de la clínica y era una chica polivalente y buena trabajadora. Al principio, no estaban convencidas, por su forma de vestir y accesorios, ya que les parecía demasiado atrevidos y llamativos. Pero el carácter extrovertido y dicharachero las convenció al instante cuando la conocieron más en profundidad. Decidieron darle una oportunidad porque era amiga de una compañera de Carolina. Resultó ser un gran descubrimiento y un golpe de suerte encontrarla.

Los rayos de sol se reflejaban en el cristal delantero del coche cuando abrió la puerta y se montó. La suciedad del aire de días anteriores se hacía más visible en el cristal. Miró el reloj para decidir si ir a lavar el coche antes de llegar a la clínica.

«Es pronto».

Decidió que iría a la gasolinera con lavacoches más cercana y compraría un café para llevar. Había dormido durante horas, pero el sueño no había sido ni profundo ni reparador. Encendió la radio y se miró en el parasol como era costumbre.

«Estoy horrible». Suspiró agitando la cabeza y subió el espejo. Lo que había visto no le gustaba, y tampoco creía que le fuera a gustar en un largo periodo de tiempo. La idea de maquillarse para llegar al trabajo con un aspecto aceptable se hizo admisible cuando entró en el túnel de lavado. Sacó el neceser de brillantes negros que se había comprado durante una tarde de

chicas con Carolina y comenzó a pintarse. El móvil empezó a sonar. Era Daniela. Decidió dejar pasar la llamada ya que en pocos minutos estaría allí y no le apetecía que le empezaran a interrogar por cómo estaba. Simplemente, no quería hablar con nadie. Lo único que le podría sentar bien era mirar a los pequeños animales que desfilaban por los metros cuadrados de la clínica en busca de muestras de cariño y afecto.

Con el coche reluciente, bajó para comprar el café para llevar. No era de los mejores, pero cumplía la función de despejarla, que en ese momento era lo que necesitaba. Colocó los brazos en el mostrador mientras esperaba que el dependiente se lo preparara. Sus ojos se quedaron petrificados al comprobar por el espejo que daba a los pasillos de la tienda a la mujer de negro. En una de las esquinas del techo, había colocado de manera sutil un espejo a través del cual trabajadores podían comprobar si los clientes se adueñaban de productos ajenos. En un instante, su estado de ánimo pasó de tranquilo a inquieto. El bombeo de su corazón se aceleraba. Sentía la agitación que estaba experimentando su pecho con aquel rápido vistazo. Miró al mostrador en un acto de cobardía. «Parece asustada». Volvió a mirar por el espejo, pero ya no estaba.

—Aquí tiene.

—Gracias. —Le dio el dinero.

Con un giro brusco, rápido y nervioso, buscó con sus ojos negros la silueta de la misteriosa mujer. Comenzó a andar con el vaso de plástico en la mano, desesperada por conocer su identidad y, sobre todo, por obtener respuestas. La impotencia de haber perdido la oportunidad de hallar lo que buscaba hizo que sus ojos se humedecieran y varios improperios convertidos en murmullos le acompañaron hasta el vehículo.

—¡Joder! —Dio un gran golpe de ira en el salpicadero.

El móvil volvió a sonar. Tenía cinco llamadas perdidas. Con las manos temblorosas y sin saber qué podía a ver ocurrido para tanta insistencia, devolvió la llamada. El pulso le temblaba creando una inestabilidad superficial al colocarse el teléfono en la oreja.

—¿Qué pasa? —preguntó con voz confusa.

—¿Dónde estás?

—Estoy en la gasolinera.

—Tienes que venir, rápido.

—Me estás asustando, Daniela, ¿qué pasa?

Hizo un silencio antes de responder.

—Han entrado a robar en la clínica —susurró.

—¿Cómo que han entrado a robar?

—Sí, esta noche.

—¿Has mirado las cámaras? Se las podemos dar a la Policía, para que puedan atrapar a quien lo haya hecho, ¿no?

—Han roto las cámaras al entrar. No hay nada. —Hizo una pausa en el discurso.

El corazón de Eva iba cada vez más deprisa.

—¿Qué es lo que no me cuentas? —preguntó enfadada.

El ruido de los pasos de Daniela alejándose le dieron la pista para deducir que se estaba apartando para que nadie la escuchara.

—Tienes que venir rápido. Han revuelto la clínica entera. No se han llevado nada. Estaban buscando algo y pensaban que estaría aquí.

—¿Qué?

—No tardes. No sé qué pasa, pero no me gusta estar sola con la Policía pululando por aquí.

—Vale. Estate tranquila… —Se calló.

—¿Qué pasa? —Sonó enfadada.

—Me gustaría poder decírtelo, pero no sé qué es lo que ocurre.

Se produjo un silencio en la conversación y un suspiro lento y pesado de lo más profundo del alma de Eva. Quería llorar y gritar a la misma vez. Desahogarse de una vez y no volver a pensar en lo que estaba ocurriendo. Sin embargo, sabía que estaba atada de pies y manos. Era prisionera de los actos que había cometido su marido a escondidas y ni siquiera sabía qué era lo que podía ser tan importante como para que le hubieran matado. No sabía qué hacer. Intentaba recordar las últimas conversaciones con Enzo, por si le hubiera dejado un mensaje subliminal que en ese momento no entendiera y que ahora cobraría sentido. Nada.

—Voy para allá. No digas nada. Si te preguntan: No sabe, no contesta, ¿vale?

—Está bien, pero me estás asustando.

—Lo sé. Yo también estoy asustada.

—Tiene que ver con Enzo, ¿verdad? —dijo casi con un silbido de voz.

—No estoy segura, pero es lo que parece.

—Está bien. Ven lo más deprisa que puedas.

Capítulo 18

Condujo hacia la clínica inquieta, nerviosa y con temor por lo que se iba encontrar. Conocía a Daniela desde hacía años y no era una persona asustadiza, pero su voz sonaba áspera y afligida. Habían tenido más robos en la clínica en años anteriores. No solía ser el objetivo de ningún ladrón, pero la persona que lo hizo desvalijó la tienda en cuanto a juguetes y pienso. Por suerte, las medicaciones y productos químicos aparecieron en el mismo sitio de siempre. Esta vez era diferente. «No se han llevado nada», repetía una vez para sí con el gesto pensativo.

—¿Qué es lo que buscan? Piensa, Eva, piensa —murmuró para sí.

Con una mano en el volante y la otra apoyada en la puerta, llegó a la posición donde Daniela se encontraba de pie. Patricia estaba a su lado, nerviosa. La observó de lejos moviendo una de las piernas en un acto inconsciente. Ambas esperaban pacientemente en la puerta del local mientras los policías hacían el papeleo de la denuncia. No era el procedimiento habitual, pero ante la llamada desesperada de Daniela, un coche patrulla que se encontraba en las intermediaciones tomó la decisión de acercarse a comprobar lo sucedido. Eva aparcó, cogió el bolso con movimientos rápidos y anduvo intrigada hasta el local para observar con sus propios ojos lo que había ocurrido. Ni siquiera llegó a cruzar la puerta cuando empezó a sentir un cosquilleo en la punta de los dedos, fruto de la escena. Como le había dicho su socia, estaba revuelto. Muy revuelto. Los objetos, piensos e incluso los cajones de las mesas estaban por el suelo. Las chicas no comprendían quién podía hacer algo así, pero, sobre todo, qué era lo que buscaban.

—¡Madre mía! —exclamó Eva repasando el interior con la mirada. Observaba de izquierda a derecha sin detenerse.

Patricia la miró y se encogió de hombros, confusa.

—Buenos días —saludó uno de los policías—. Ya hemos terminado, solo falta que firme —dijo con la mirada puesta en Daniela.

—¿Has tramitado una denuncia?

—Sí —afirmó con tono de resignación.

Observaron cómo la Policía se marchaba del local y sintieron un gran alivio al quedarse solas. El rostro de Daniela reflejaba el estado de ánimo que sentía. Siempre iba perfectamente arreglada y tenía un saber estar que mucha gente envidiaba. Miró a Eva y, con un gesto extremadamente sutil señaló a Patricia con los ojos. Entendió el mensaje a la perfección. «No quiere que se entere de la conversación».

—Hoy no vamos a poder atender a mucha gente. ¿Puedes llamar a los que tenían cita por la mañana para darles otro día? —dijo a la auxiliar.

—Ahora mismo.

Caminó hacia la mesa de la entrada que hacía de recepción y comenzó a colocar los objetos tirados y la silla en la que se sentaba para hacer las llamadas. Encendió el ordenador sin dejar de mirar de reojo a las chicas. Daniela cogió a Eva del brazo para ir al interior del local. Un largo pasillo desembocaba en varias estancias donde atendían a los animales. Había dos despachos, uno para cada una de ellas, una habitación donde estaban los aparatos para hacer pruebas a los animales con dolencias y, al fondo, se encontraba la zona de peluquería que estaba equipada con una gran bañera alta y una mesa fría de aluminio para poder cortarles el pelo. A Eva siempre le

recordaba a las de los quirófanos. La peluquera canina iba dos días en semana, si tenía mascotas para bañar o cortar el pelo. Por suerte, no era uno de los días que tenía que ir y su trabajo no se vería afectado. Era la habitación más lejana a la entrada. Al acceder al pasillo, Daniela cerró la puerta para que no las escuchara y entró en la peluquería, la cual también cerró. Eva la miraba sorprendida. La reacción que estaba teniendo no era normal. Daniela se quitó la goma del pelo y metió sus dedos en él para ahuecárselo. Se apoyó en la mesa de aluminio con una mirada de desasosiego.

—Necesito que me digas qué es lo que pasa. No es que sea la más lista del lugar, pero sé que pasa algo grave y que tiene que ver con Enzo. —Se cruzó de brazos.

—No te lo he contado antes porque no estoy segura de lo que ocurre. —Colocó las manos en los bolsillos del abrigo, que aún no se había quitado.

—El motivo da igual. Lo importante es que me lo cuentes. Parece que me voy a ver afectada igualmente. Al menos, me gustaría saber de qué va todo esto. —Abrió los brazos para abarcar su alrededor y suspiró.

Eva se acercó y se apoyó en la mesa a su lado. La observó y bajó la mirada al suelo. Sintió vergüenza por lo que iba decir. Parecería una loca que veía conspiraciones donde no las había. «Quizá solo eran coincidencias». Resopló antes de hablar.

—Lo han asesinado —afirmó con un hilo de voz.

—Lo dices en serio, ¿verdad? —Se colocó frente a ella para cogerla por ambos brazos.

—Sí, pero no sé el motivo. Me vas a tomar por una paranoica, pero estoy segura de que es así. ¿Qué otra razón existe para esto? —dijo asustada, encogiéndose de hombros.

—Entiendo… —Daniela guardó silencio.

—Dime que a ti no te parece sospechoso que hayan venido a robar y no se hayan llevado nada.

—Lo sé. —Asintió con la cabeza—. Hay que reconocer que es muy raro.

—Es raro porque no han encontrado lo que buscaban. Pero lo peor no es eso, es que yo ni siquiera sé qué es lo que quieren.

—Hay que ir a la Policía. Habla con la inspectora de la desaparición. Tienes que decírselo.

—¿Y qué quieres que le diga? «Oye, perdona, creo que han matado a mi marido». —Soltó una risa irónica—. Ya me dijo bien claro que era un accidente de moto.

—¿Y qué? Pero no lo es. Tienes que ir. Escúchame. —La cogió de nuevo por los hombros para que la mirara a los ojos—. Al menos tienes que decírselo. Si no te hace caso, luego tomas tu decisión, pero lo primero que hay que hacer es decírselo a la Policía.

—Lo voy a pensar.

Un silencio atormentado y frío se instaló en la sala donde las confesiones habían emergido de la confianza de años atrás. Se sentaron juntas desde el primer día en que ambas empezaron la carrera universitaria de veterinaria. Eva fue quien escogió sentarse al lado de aquella chica solitaria, introvertida y cabizbaja que no quería llamar la atención. El aura que desprendía era de quien había sufrido a lo largo de los años de instituto, como luego corroboró el día que Daniela se sintió con la confianza suficiente para contarle los años de sufrimiento vividos. La insultaban y apartaban en clase, pero con Eva nunca volvió a sufrir ese tipo de situaciones. Conocía la sensación de no encajar y sentirse incomprendida. Los trabajos en grupo de las diferentes asignaturas las fueron uniendo cada día más hasta el punto de no poder estudiar la una sin la otra. Durante los cinco años de la carrera siempre hablaron de montar una clínica juntas, para no separarse y seguir teniendo una vida en común. Por suerte para ambas, el experimento empresarial les salió a la perfección. Tenían clientes fieles que acudían a sus instalaciones y el

boca a boca de la gente hizo el resto. Jamás pensaron que la aventura les saliera bien, pero lo intentaron y triunfaron. A Eva le encantaba decir: «el camino al éxito es dar el primer paso». Gracias al optimismo, al esfuerzo y al trabajo en equipo, el sueño de las dos se cumplió. Los lazos de amistad eran fuertes y robustos. En ocasiones se preguntaba si su mejor amiga era Carolina o Daniela. A la primera la conocía desde el colegio, pero la sensación de que aún hoy en día no la conocía estaba presente. Para ella tenía una parte oculta que nunca quería compartir. La quería mucho, pero a veces tenía la sensación de que no era del todo sincera con ella. Sin embargo, con Daniela era diferente. Cada paso que daba o cada decisión que tomaba, eran consultadas y contrastadas con Eva. Por esa razón, sabía que podía confesarle las ideas sin lógica que se le habían pasado por la cabeza.

Ambas se habían quedado ensimismadas en sus propios pensamientos, pero Eva volvió en sí rápidamente. Le había dado vueltas a la situación que había ocurrido con Patricia y no comprendía el motivo de Daniela para tanto secretismo. Era una mujer pudorosa, amable y con un gran saber estar. Le llamó la atención que la hubiera apartado de aquella manera tan brusca. Si Daniela había reaccionado así, sin duda era porque tenía un motivo de peso para hacerlo. Su mejor cualidad era su introversión. Para Eva, al contrario que para ella, se convertía en un arma poderosa, ya que era una gran observadora. Cada gesto, palabra o movimiento no se escapaba del ojo de la veterinaria. Por esa razón, sabía que su comportamiento estaría respaldado por un argumento de peso.

—¿Qué ha pasado con Patricia? —preguntó con voz baja al acercarse al oído de su amiga.

Tras responder con un gesto de confusión, comenzó argumentándolo con palabras.

—Lo cierto es que no sé explicártelo, pero no me ha gustado su actitud.

—No entiendo, ¿qué quieres decir? —siguió hablando en susurros.

—Parecía como si supiera quién lo había hecho.

—¿Qué dices? ¡Estás loca! —Frunció el ceño.

—Sé que parece que no tengo razón, pero la tengo. Puedes estar segura.

—Te escucho.

—Cuando llegamos y vimos la puerta abierta y todo revuelto le empezaron a temblar las manos y la voz… Bueno, la voz se le entrecortaba —continuó con la explicación—. Creo que sabe quién ha podido hacerlo y tiene miedo.

—Claro que tiene miedo, han entrado al local.

—Ya, sí, pero no ese tipo de miedo. El miedo real, el miedo de que mañana puede estar muerta. Ese miedo —dijo con énfasis y alzando las cejas.

—A ver, a ver —comenzó a andar—, me estás diciendo que ella ha tenido que ver con el asesinato de Enzo. —Se paró y la miró con los ojos húmedos.

—No, yo no he dicho eso, eso lo has dicho tú. Yo solo digo que creo que ella sabe quién ha podido entrar.

Parecía que le faltaba el aire al escuchar las palabras firmes y contundentes de Daniela. Empezó a atar cabos. «Si Patricia sabe quién ha sido, Carolina también lo sabe. ¡Son amigas, por el amor de Dios!». Dudó si decirlo en alto, parecía una locura.

—Sé lo que estás pensando —interrumpió sus cavilaciones.

—Ya —dijo con temor en los ojos—. ¿Y qué es lo que tú crees?

—Creo que puede ser. —Hizo una leve pausa.

No estaba segura de que fuera pertinente decir lo que pensaba. Si compartía su opinión, haría daño a Eva, y en esos momentos no estaba especialmente fuerte para hacer frente a unas duras palabras. Sin embargo, era su amiga. Habían adquirido de manera implícita una obligación moral

entre ellas. Pese a las paupérrimas circunstancias, debía decírselo. De manera posterior lo arreglarían, pero tenía que hablar. El silencio nunca ayuda a nadie.

—Puede que no conocieras a tu marido como te creías —soltó cabizbaja.

Eva la miró con los ojos entrecerrados.

—Ellas saben algo que tú no sabes. Solo hay una explicación plausible, y es que él se lo contó, y a ti no. Existía una parte de Enzo que desconocías y que sigues desconociendo.

Se acercó una de las manos para taparse la boca y apoyar el codo en el brazo que le rodeaba la cintura.

—Estoy de acuerdo en eso, pero con la salvedad de que creo que lo hizo para protegernos.

—Y sí fuera así, ¿por qué no te lo han dicho aún? —Meneó la cabeza, negativa—. No sé, Eva, pero tienes que averiguarlo.

—Tienes razón. Y es lo que voy a hacer —resolvió, colocándose el bolso en el hombro—. Voy a hablar con Adrián. Si alguien lo sabe, es él.

Daniela la miraba. Le había llamado la atención la decisión tan firme y rápida. Eva no era una persona intrépida, sino más bien lo contrario. Sus decisiones se basaban en un estudio en profundidad de pros y contras. En esa ocasión, ni siquiera lo había pensado. Iba a la deriva sin pensar en lo que podían provocar sus actos.

—Te estás precipitando.

—¿Y qué quieres que haga?, ¿me quedo aquí plantada sin más?

—No, vete a hablar con la Policía. Eres veterinaria, joder, no detective privado. Tu marido tenía experiencia en pasar desapercibido y ahora está muerto. ¿Quieres acabar igual?

—¡Claro que no!

—Entonces, piensa primero. Hay que urdir un plan que pase desapercibido. ¿En quién puedes confiar plenamente?

Eva sintió un escalofrió de congoja. No estaba segura de la respuesta a aquella pregunta. Excepto en Daniela y sus padres, no sabía en quién más podría confiar. Le empezaron a sudar las manos al darse cuenta de que estaba más sola de lo que pensaba. La mujer misteriosa le vino a la mente. «Debo encontrarla».

Capítulo 19

Emilio se levantó con sudores fríos que le recorrían la columna vertebral de arriba abajo. Dio la vuelta en la cama para comprobar que había sido una pesadilla y que su amada Pilar seguía plácidamente dormida a su lado. Le gustaba contemplarla durante algunos segundos antes de sacar los pies calientes de la cama y sentir el gélido ambiente fuera del nórdico. Pilar no se encontraba en su mejor momento con los primeros rayos de luz, pero el motivo por el que su marido la miraba no era para observar su belleza en la penumbra, sino para recordarse la suerte que tenía de que, a pesar de lo que había hecho, había sabido perdonarle y continuar amándole. No había sido nada fácil para una mujer tan leal y con unos valores sólidos y firmes como los que la caracterizaban, pero el amor que se profesaban aguantó viento y mareas contra las tempestades.

Se incorporó despacio en el borde del colchón, con movimientos cautelosos, para que la piel de su mujer no sintiera el cambio de temperatura. Cogió los calcetines que cada noche colocaba con suavidad al lado de la mesita y se los puso veloz, para no perder el calor. Acto seguido se puso las zapatillas y el batín de franela que tenía en la silla junto a la ventana con las cortinas opacas en tonos grises, y avanzó por el pasillo.

Poco a poco, sus pupilas se fueron adaptando al cambio de luz de la casa. Era un hombre de rutinas. A pesar de la pesadilla de que un hombre entraba en su hogar por la noche esa mañana, como cualquier otra, dedicaría unas horas a leer el periódico tranquilamente. Desde que ocurrió lo que él creyó un allanamiento con el fotógrafo, tenía un mal sabor de boca. La discreción y el miedo instalado en los ojos de aquel hombre le habían hecho pensar en situaciones peligrosas para su familia. Se preparó el café y se fue al sillón relax que tenía ubicado en el salón, al lado de la ventana. Una pequeña mesa era el mobiliario perfecto para Emilio y sus manías en el momento de la jubilación. Creó su rincón favorito para pasar las mañanas sentado con el café a su lado. La luz entraba por el gran ventanal permitiendo la intimidad justa con el visillo blanco que su mujer había colocado el mismo día que Emilio compró la minúscula mesa. Una gran estantería repleta de libros era el broche de oro para su pequeño rincón. Posó la taza y cogió la *tablet* que descansaba en la mesa. Eva le obligó a suscribirse a su periódico favorito para que no tuviera que salir a comprarlo cada mañana. Al principio, todo fueron quejas, por la costumbre de leerlo en papel, pero con el paso de los días acabó encantado con el pequeño aparato electrónico. Hacía años que su vista no era la misma y en la *tablet* podía agrandar la letra para leer sin dejarse los ojos en cada palabra, como le ocurría con la casi inapreciable grafía del papel, debido a la edad. Estiró el brazo para coger las gafas y se desplomó en el sillón con una sonrisa. «El mejor momento del día», se dijo para sí. Bebió un sorbo de café, se ajustó las gafas y se recolocó en el asiento.

Hubo demasiados sucesos en los últimos días y, por desgracia, ninguno bueno. Al comenzar a leer le vino a la mente la fotografía de la mujer rubia. Al igual que su hija, estaba convencido de que no era fruto de la casualidad que Enzo hubiera mandado a Hugo, el fotógrafo, a seguirla si no hubiera una buena razón para hacerlo. Se quitó las gafas y comenzó a morder la patilla cuando se dio cuenta de que había llegado al final del artículo y no se había enterado de nada. Posó la *tablet* en sus muslos y, con la mirada en el horizonte que se divisaba a través de la

ventana, comenzó a repasar las posibilidades que tenía de que alguien le diera la identidad de esa mujer. «Todavía tengo amigos que me pueden echar una manilla».

—¡Menos mal que todavía están vivos! —Se consoló en un susurro.

La vida le había ido quitando de manera sucesiva y sin descanso a algunos grandes amigos y compañeros que se había labrado a lo largo de sus años en activo. La gran mayoría se había jubilado y el resto ya no estaban en este mundo. Sin embargo, los contactos y los lazos que se formaron cuando trabajaba en lugares exclusivos hacían que pudiera pedir alguna información y le fuera revelada la identidad de la mujer.

Absorto en la idea de poder ayudar a resolver la estela enigmática que su yerno había dejado, escuchó a su mujer hacer ruido en la cocina. Bebió el poco café que le quedaba y apagó la *tablet* para continuar con la lectura más tarde. En esos momentos, estaba tan disperso que era incapaz de concentrarse en otra cosa que no fuera en la identidad de la rubia misteriosa. Llegó al umbral de la cocina con una sonrisa y en silencio. Se quedó mirándola sin hacer ruido. Pilar estaba tan concentrada en la preparación de la comida que no se había percatado de que unos ojos observaban cada uno de sus movimientos.

—¡Qué susto! —exclamó con la mano en el pecho—. ¿Qué haces ahí en silencio? —Cogió una cacerola de uno de los estantes.

—Nada especial, te he oído y he venido a darte los buenos días.

—Eso está bien. ¿Ha pasado algo?

—Nada. ¿Por qué?

—Vale. No, por nada. Últimamente parece que está todo enrarecido. No sabría explicarme.

—Te entiendo, pienso lo mismo que tú.

Pilar llenó la cacerola de agua y miró cómo las legumbres que estaban dentro empezaban a flotar. Cogió el trapo que tenía al lado y se secó las manos antes de ponerla en el fuego.

—Me voy a gimnasia. ¿Vas a estar en casa?

—Sí. —Anduvo hasta colocarse junto a ella.

—En una hora estoy aquí, pero la dejo puesta a fuego medio. ¿Te importa estar pendiente?

—Descuida.

Le dio un beso en la mejilla tras preparar la comida.

—¡Me voy a vestir para irme! —gritó desde la lejanía del pasillo.

—Vale. —No tenía ni idea de cocina, pero aun así abrió la olla y le dio una vuelta con la cuchara de madera que había al lado.

Se ajustó la bata y, con las manos en los bolsillos, se acercó a la ventana de la cocina para comprobar el tiempo que hacía en el exterior. Un viento agitaba las ramas de los árboles que hacía que unas se acariciaran con otras con cada nueva ráfaga de aire gélido. Miró a una mujer que paseaba con su perro y cómo el pelo le impedía ver completamente el campo visual de su trayecto. Parecía que amainaba cuando la brisa volvía una y otra vez con más fuerza. El pequeño perro parecía que iba a volar cuando levantó la pata junto a uno de los árboles que quiso dejar marcado con su olor. Emilio tenía la insólita sensación de que el mundo se había convertido en una amalgama de colores grises desde el asesinato de Enzo. Suspiró al soltar la cortina para volver a sus quehaceres diarios, que, por decisión propia, aquella mañana se reducían a uno: vigilar las lentejas que Pilar había dejado puestas. No le preocupaba en absoluto aquella vigía. No era la primera vez que le había encomendado la tarea y había terminado con un final nefasto. No entendía cómo podía seguir delegándole una tarea de esas características. Salió a la puerta de la cocina cuando escuchó los pasos de su mujer al acercarse.

—Me voy. Por favor, ten cuidado —le suplicó con una sonrisa—. No es tan difícil. Si ves

que se queda sin agua, echa más.

Sonrió y asintió a la vez.

—Puede que hoy lo haga bien y no terminemos pidiendo comida a domicilio. —Soltó una carcajada.

—Eso sería una novedad sin precedentes. —Se puso de puntillas y le dio un beso.

—Pásalo bien. —Le abrió la puerta de la calle con gentileza.

—¡Qué aire!

—Sí, abrígate.

Se abrochó la cremallera y, mientras andaba, se despidió meneando la mano varias veces. Emilio sintió el viento cortante en su cara y cerró la puerta. Recordó la tarea y se fue a la cocina para que no se le olvidara que tenía que estar atento. Volvió a abrirla para dejar la tapa en la pila. Le dio una vuelta más al verificarse a sí mismo el esfuerzo por hacerlo bien. Antes de que dejara la cuchara, sonó el móvil. Lo había dejado en la mesa de al lado del sillón. Aceleró los pasos para comprobar quién le llamaba. Era Eva. Al descolgar, la escuchó llorar.

—¿Hija? ¿Qué pasa?, ¿estás bien? —preguntó con voz temblorosa.

—Papá, han entrado en la clínica —explicó sollozando y con palabras entrecortadas por el llanto.

Eva decidió contarle la versión extendida y sus propias suposiciones de lo que estaba pasando.

—No quiero que te preocupes por nada. Llevo dándole vueltas toda la noche y creo que puedo conseguir la identidad de esa mujer —resolvió Emilio en susurros.

—¿Estás con mamá? —preguntó más calmada.

—No, ¿por qué?

—Entonces, ¿por qué susurras?

—No lo sé, la verdad. Creo que hasta que no sepamos qué pasa, no me voy a quedar tranquilo. —Suspiró y volvió a la cocina para vigilar la comida.

—A mí me pasa igual. ¿Quién te va a ayudar sin hacer preguntas?

—Tengo algunos amigos que fueron policías y creo que nos pueden ayudar.

—Daniela cree que deberíamos ir a la Policía. ¿Te parece buena idea?

—No lo sé. Podemos intentarlo. ¿A ti que te parece?

—Prefiero ir a hablar con el fotógrafo mañana, como habíamos planeado, y luego decidimos, ¿vale?

—Vale. No quiero que andes sola por ahí. Voy a hacer la llamada para saber quién es esa mujer y mañana vamos a ver a Hugo —concluyó convencido—. Yo iré a por las niñas, es mejor que estén en familia.

—Lo sé. Había pensado en hacer un plan juntos esta tarde, pero después de lo que ha pasado creo que es mejor estar en casa.

—Tu madre me ha dejado a cargo de la comida y no puedo salir, pero deberías ir a tu casa para revisar el ordenador y los archivos. Puede que tengas la respuesta más cerca de lo que piensas.

—Ya lo he intentado, pero no tengo ni la contraseña ni la llave del cajón donde guardaba los documentos importantes. —La desesperación estaba nublando el optimismo.

—Lo reventamos. En dos horas en tu casa.

—Vale.

—Eva —la voz se volvió áspera y firme—, no hables con nadie hasta que sepamos qué pasa. —Hizo una pausa—. Ni con Carolina.

—¿Estarás de broma? ¡Es Carol!

Dudó por unos segundos si decirle lo obvio sobre su amiga sería bueno o malo. «Es mejor una dura verdad que una dulce mentira».

—No eres muy observadora, y hay cosas de las que no te has dado cuenta y que llevan pasando desde hace años delante de tus narices. —Utilizó un tono paternal y repleto de cariño.

—¿Qué quieres decir? —preguntó sorprendida sin entender a qué se refería.

—Carolina y Adrián son amantes desde que se conocieron. Si te fijas, lo verás. Los gestos los delatan. Cometen los mismos fallos de complicidad entre amantes. —Le dio una vuelta a la comida y echó agua.

Un silencio incómodo y más largo de lo normal dejó patente la ignorancia de su hija al respecto.

—No sé qué decir.

—No tienes que decir nada. Vete a casa y cuando venga tu madre iré yo, ¿vale?

—De acuerdo.

Era el momento en que Emilio utilizaría sus contactos para conseguir la identidad de quien pensaban que era el centro de sus problemas.

Capítulo 20

La prueba de embarazo había dado positivo. Los sentimientos encontrados volvieron a aparecer en el cuarto de baño de Carolina. No sabía cuál era el siguiente paso, pero debía ir a trabajar. Por su cabeza pasaron diferentes escenarios que podrían ocurrir en su vida a partir de ese momento, teniendo como variable la paternidad. Metió en test positivo en el bolso y salió por la puerta. Hablaría con una buena compañera del trabajo, Ariadna. Ella sabría a dónde debía dirigirse para conocer la paternidad del niño antes de que naciera. Debía solucionar esa incógnita lo antes posible. El cosquilleo le caminaba por el cuerpo incluso cuando se sentó en la silla de su consulta. Tenía los primeros pacientes a primera hora de la mañana y tenía que atenderlos antes de hacer el primer descanso del desayuno y contarle a su amiga lo que le ocurría. Nadie debía saberlo antes de que ella misma se lo contara al padre del futuro bebé, ni siquiera Eva. «Menos aún Eva». Llevaba años mintiéndole, y si se enteraba de aquella parte de su vida perderían la amistad para siempre. Lo sabía. Para Eva la lealtad era imprescindible, pero a pesar de que en multitud de ocasiones sintió la necesidad de decírselo, no podía hacerlo. Adrián no quería y tenía que respetarle si quería seguir con él. Se arrepintió de haber seguido con esa tortuosa relación. Era la otra, la amante. Sentía vergüenza al reconocerlo, pero estaba tan enamorada de él que habría hecho cualquier cosa por seguir estando en sus brazos unas horas todas las semanas.

Adrián le dejó claro que jamás dejaría a su mujer, y ella aceptó sin dudarlo. Había intentado dejarlo y estar con otros hombres, pero siempre terminaba con él bajo las sábanas. Nadie la entendía mejor que Adrián. La mente volaba a los recuerdos de las primeras veces que se vieron a escondidas. Fue en una de ellas cuando Enzo les pilló. Después de una conversación profunda y sincera, aceptó guardar silencio si dejaban la relación. No cumplieron su palabra y, Enzo, ante el inminente daño que iban a hacer, prefirió hacer oídos sordos para que, cuando explotara la bomba, la onda expansiva no le arrastrara con ellos. Sin embargo, no era tonto, y sabía que seguían estando juntos. Sentía pena por Elena. Era la mujer perfecta, comprensiva y cariñosa. Aunque no fue suficiente para que Adrián dejara a su amante.

Con el primer paciente, la actitud de Carolina continuaba siendo ausente. El otro hombre con el que mantenía una relación era un médico de familia que trabajaba en las mismas instalaciones. Nadie sabía que estaban juntos y la relación se había vuelto clandestina. Alfredo también estaba casado. La llegada del embarazo le complicaría más la vida, pero no le importaba. Estaba ilusionada. No dejaba de mirar el reloj durante las consultas. Necesitaba hablar con Ariadna y hacer las pruebas. La intriga por saber quién era el padre le oprimía el corazón. En cualquiera de los casos, el padre era un hombre casado. Sintió pena de sí misma por tener ese tipo de relaciones. Se encontraba desamparada. La mentira de cara a sus amigos y familiares se había perpetuado tanto en el tiempo que ahora ya ni siquiera sabía cuál era la verdad de su vida.

Apagó la pantalla del ordenador con el último paciente. Miró la puerta para asegurarse de que había cerrado al salir y se colocó el pelo platino ante el reflejo de la pantalla. Respiró profundamente al levantarse de la silla cuando un golpe de llamada sonó en la puerta.

«Ojalá sea Ariadna».

—¿Sí? —logró decir con una voz ahogada.

La puerta blanca se abrió un palmo y la cara alegre y pecosa de Ariadna se asomó.

—¿Estás lista? —preguntó extrañada. Entró y cerró la puerta tras de sí—. ¿Qué pasa?, ¿es por tu amigo? —Se sentó en la silla de los pacientes.

—No. Tienes que ayudarme. —Estiró el brazo por encima de la mesa y Ariadna imitó el gesto.

—Por supuesto. ¿Qué pasa?

Carolina le contó lo que había ocurrido. Estaba al tanto de su situación sentimental, por lo que en eso no le hacía falta demasiada explicación. En cada una de sus palabras iba implícita la discreción y confidencialidad que necesitaba de su amiga. Ella conocía la verdad de Carolina, al contrario que Eva.

—No te preocupes. Llamamos a Patricia para que hable con la clínica. En un par de días, sabrás quién es el padre. —La animó sin dejar de asentir con un gesto comprensivo.

—De acuerdo.

—Vamos, te invito a un café por la buena noticia. ¡Vas a ser mamá!

—Estoy muy contenta. Nunca pensé que llegaría este día. Mi instinto maternal estaba ausente, y ahora ya ves, cuando menos te lo esperas, la vida te sorprende.

Ariadna mandó un mensaje a Patricia y se fueron al bar de enfrente a desayunar. Probablemente, Alfredo estaría sentado en una mesa, esperándolas para tomar el café.

Anduvieron rápido para no perder más tiempo del descanso. Cruzaron la carretera que les separaba de la esquina del bar y entraron mientras se quitaban el abrigo. Ariadna no dejaba de observar cada uno de los movimientos de su amiga. Su situación se habría complicado, pero se sentía feliz de que al final fuera madre. Ahora comprendería mejor hasta donde se estaba dispuesta a llegar por un hijo. Alfredo estaba pendiente de la puerta cuando las vio llegar. Levantó la mano para que vieran dónde estaba y se dirigieron hacia él. Los cafés estaban en la mesa y salía humo de cada uno de los vasos. Ariadna sintió pena al contemplar a Alfredo y saber que ignoraba muchas cosas sobre su amante. El hombre rozó el muslo a Carolina cuando se sentó a su lado. Ariadna se percató y se removió incómoda en el asiento. A veces pensaba que solo estaba cerca de ella porque le tenían miedo. Era capaz de cualquier cosa por conseguir lo que quería.

El móvil de Ariadna recibió una notificación de Patricia.

—¡No me lo puedo creer!

—¿Qué pasa? —preguntó Alfredo.

—Han entrado a robar en la clínica de Eva. —Tragó saliva, asustada—. Me lo acaba de decir Patricia.

—No tenemos de qué preocuparnos, no saben nada de nosotros.

—Mañana iré a hablar con ellos. Lo solucionaré —susurró mientras tocaba la pierna a Carolina.

—Ahora no te lamentes. Ya está hecho y no hay vuelta atrás —dijo Carolina con una mirada desafiante a Ariadna.

—Nunca pensé que iba a traer consecuencias —se quejó con las manos en la cara en un gesto de impotencia y remordimiento.

Carolina cogió la taza y dio un pequeño sorbo, guiñando el ojo a Alfredo.

Capítulo 21

Eva se encontraba irremediablemente nerviosa por los últimos acontecimientos que estaban teniendo lugar. Sin embargo, le parecía que quien fuera la persona que estaba atormentando su vida, no iba a parar. Si había llegado al extremo de matar a su marido, no dudarían en hacer lo mismo con ella y su familia. Sintió un miedo atroz mientras esperaba a las niñas en la puerta del instituto. De manera involuntaria, comenzó a morderse las uñas, con la mirada perdida en el horizonte. Las copas de los árboles se mecían de un lado a otra al compás que marcaban los vientos que iban y venían. A pesar de su ensimismamiento tenía frío y subió unos grados la calefacción del coche sin dejar de mirar la puerta. Sus ojos miraban, pero su cerebro había desconectado hacía varios minutos. Sonó el timbre que anunciaba el final de las clases. Los sentidos de Eva se volvieron a poner en marcha. Se recolocó en el asiento y se irguió para que sus hijas la vieran en un mejor estado. Tenía que ser fuerte para ellas, intentaría que la investigación que había comenzado para averiguar qué había pasado no interfiriera en su vida. «Menos mal que tengo a papá para ayudarme». Las palabras que había dicho sobre Carolina comenzaron a hacer eco en su cabeza mientras observaba cómo las niñas salían.

No quería hablar con nadie, razón por la cual no salió del coche para saludar a Blanca, no quería encontrarse con Elena y tener una conversación incómoda llena de silencios. Ella tampoco sabía qué decir ni qué hacer cuando la gente le miraba con lástima. La chica dirigió su mirada a Eva y levantó la mano con una sonrisa forzada para cumplir con el protocolo.

Elsa y Dunia arrastraron los pies con desgana y cabizbajas hasta el vehículo donde su madre las esperaba. Se montaron sin ánimo. Cada una de las palabras que dirían sería por simple inercia. La nueva situación las había sobrepasado, igual que al resto de la familia.

—Hola —saludaron al unísono.

—Hola, chicas —contestó, mirándolas por el retrovisor.

Inhaló una gran bocanada de aire para coger fuerzas. Ambas tenían los ojos rojos. «Han estado llorando». No existía ninguna palabra que las fuera a reconfortar. Además, si comenzaba a hablar e intentaba animarlas también acabaría llorando, y no era lo que necesitaba en ese momento. Obvió el hecho del robo, no era el momento. Condujo en modo automático hasta casa. Ninguna dijo nada durante el trayecto. Sin embargo, compartían el mismo pensamiento.

Elsa subió a su habitación lo más rápido que pudo. Necesitaba llorar hasta que no le quedaran lágrimas. Aún no se había hecho a la idea de que no volvería a ver a su padre nunca más. Ya no estaba con ellas, y jamás se volverían a reír juntos. Agarró el peluche del Koala y lo apretó contra el pecho con fuerza. Notó que el interior del peluche tenía algo dentro. Volvió a palpar el interior con más cuidado y con movimientos lentos para intentar averiguar de qué se trataba. Se secó las lágrimas y de repente dejó de llorar. Escuchó un leve ruido en el interior del peluche. Sonaba a papel doblado. Lo acercó a su oído para disipar las dudas de que se estaba volviendo loca con todo aquello. Volvió a escucharlo. Colocó el peluche en la cama y se puso de rodillas en el borde del colchón. Suspiró profundamente con los ojos cerrados. Apretó con el dedo índice y de manera ordenada, para que no se le escapara ningún recoveco del peluche que con tanto cariño le hacía recordar a su padre. Notó algo largo y metálico y se echó de manera inconsciente hacia atrás.

—¡No puede ser! —susurró alterada y al borde de un ataque de nervios.

Repitió el mismo movimiento para corroborar que su mente no le estaba traicionando. Volvió a sentir aquel dichoso objeto en el interior del peluche. Dudó si abrirlo por una locura temporal y destrozar el recuerdo, o bien dejar pasar aquel trance de insensatez.

—Está bien, Elsa, tranquila.

Con un movimiento rápido se levantó del suelo y buscó con las manos temblorosas las tijeras por la totalidad de los cajones de su habitación. Había tomado la prudente decisión de que le haría una escisión al peluche por las costuras. En el caso, de que hubiera sido una alucinación, lo podría volver a coser. Asentía sin dejar de buscar.

—¡Bingo! Sabía que estabais por aquí —dijo a las tijeras que sujetaba en la mano.

Eran las que solía utilizar para trabajos en el instituto o para hacer recortes. Era la primera vez que sonreía desde que se enteró de la triste noticia.

Colocó el peluche en el suelo y lo rodeó con las piernas para proceder a cortar las costuras con sumo cuidado. Llenó los pulmones de aire y los vació lentamente antes de comenzar con el corte de precisión, para que el koala no sufriera ningún desperfecto que no se pudiera arreglar posteriormente. Rezó por unos segundos para que guardara algo dentro y no sentirse como una idiota o una loca con delirios. Con la punta de los dedos accedió al interior y sacó un poco del relleno blanco que le daba la apariencia de un koala mullido.

—Pero ¿qué es esto, papá? —susurró con los hallazgos en la mano.

Abrió el minúsculo papel arrugado y frunció el entrecejo, pensativa. Recapacitó sobre lo que le había contado su madre el día anterior. Dio un brinco del suelo cuando descifró qué era lo que su padre había escondido con tanta sutileza. Enzo sabía que, cuando Elsa se encontraba mal, abrazaba aquel peluche, y acertó de lleno. El palo metálico era una pequeña llave, y el papel una contraseña.

Bajó las escaleras tan deprisa que dio un traspié con el último escalón. Dunia salió corriendo del salón en donde se encontraba mirando la televisión sin aparente vida en sus ojos. Agarró a su hermana en el momento exacto antes de que se estampara en el suelo. Armó gran revuelo con los gritos de euforia que dio: «¡Mamá! ¡Mamá! ¡Mira! ¡Papá lo sabía!».

—¿Qué pasa? —preguntó sin soltarla del brazo—. Parece que te has vuelto loca.

—¡Mira! Nos lo ha dejado papá escondido. Estaba dentro del peluche del koala.

—¿Qué? ¿Por qué habrá hecho eso? —dijo sorprendida e incrédula.

Eva salió de la cocina secándose las manos con un trapo. Estaba absorta, haciendo la comida. Abandonó sus pensamientos cuando escuchó a Elsa gritar la palabra «papá».

—¡No me lo puedo creer! —Agarró los objetos que tenía su hija en las manos. Los ojos de Eva se volvieron vidriosos. En ese momento tenía la confirmación de que Enzo sabía que estaba en peligro.

—Es la llave de su escritorio —confirmó Elsa, entusiasmada por el hallazgo.

—Sí, y esa es la contraseña del ordenador, ¿no? —intervino Dunia sin estar segura.

—Lo vamos a averiguar ahora mismo. —Eva comenzó a subir las escaleras.

—¡Mamá, la comida!

—Ah, sí. Apágala.

Dunia siguió la orden y las alcanzó en la mitad del recorrido a la habitación.

Eva no dejaba de observar la pequeña llave. La reconoció al momento. Esperaba que las chicas tuvieran razón y el papel fuera la contraseña. Comprobó la llave en primer lugar, mientras el ordenador se encendía. Elsa y Dunia estaban detrás de su madre, sin dejar de mirarla. Estaban contentas por el descubrimiento, sin embargo, pronto volvieron a la situación actual y a lo que

significaba que su padre les hubiera dejado aquellas pistas. Se pusieron tristes y los sentimientos contradictorios fueron albergados en el corazón de ambas.

Abrió el cajón, ansiosa por ver lo que contenía. Se le aceleró el pulso y sintió el corazón en vilo. Los ojos de las tres se abrieron de par en par al comprobar lo que había. Era la foto de una chica rubia. Eva, decepcionada, le dio la vuelta.

«Busca a Mia. Ella te ayudará y entonces lo entenderás. Ten cuidado. Os quiero mucho a las tres».

—¿Quién es, mamá?

—No lo sé, pero debe de ser alguien importante. El día que le asesinaron había quedado con ella. —Apoyó ambas manos en el escritorio, dejando la foto en el medio.

Dunia y Elsa se encontraban a ambos lados de Eva. Miraban la foto concentradas, intentando encontrar cuál era el papel de aquella misteriosa mujer en el asesinato.

—El ordenador lo veré luego, con más calma. Ahora tenemos que comer. —Guardó la foto en el cajón donde había estado, a buen recaudo.

—Pero, mamá, tenemos que mirar qué hay —se quejó Dunia.

—¡No! —Se giró para ver a ambas—. Escuchadme con atención. No sé qué está pasando, pero estamos en peligro, así que no quiero que hagáis ninguna tontería.

Asintieron.

—No quiero perderos a vosotras también. Prometédmelo —inquirió con gesto duro en sus facciones.

Elsa avanzó la primera y abrazó a Eva. Notó cómo su pecho se hinchaba y vaciaba con cada llanto. Dunia siguió sus pasos con los ojos llorosos y se fundieron en un abrazo lleno de incógnitas y peligros que no sabían si podían descifrar. Eva cerró los ojos y deseó que su padre la pudiera ayudar a averiguar quién era Mia y cómo encontrarla.

Antes de bajar a comer, Eva pensó que quizá aquella foto la podría ayudar a lo largo de la investigación que iba llevar a cabo sin importar el precio. Volvió a abrir el cajón y le hizo una foto. Acto seguido, se la envió a su padre por ambas caras. Necesitaba que alguien les ayudara. Deseó que el fotógrafo fuera esa persona. Era de la confianza de Enzo, y el miedo que proyectó el día que fue a casa de su padre era una prueba patente de que sabía más de lo que había dicho. Era una persona curiosa y Eva estaba segura de que no solo fue a hacer las fotos sin tener más información sobre la víctima del objetivo de su cámara.

Capítulo 22

Emilio había dejado el móvil en la mesa mientras comía con su mujer y veían atentos las noticias en la televisión. La notificación de un mensaje interrumpió la atención que prestaba a la pantalla. Era Eva. «Una foto». La curiosidad hizo que se diera prisa en desbloquear la pantalla para ver lo que le había enviado. Pinchó en la fotografía, y esta se amplió. La mano libre fue directa a la boca ante el asombro de ver a la mujer.

«No me lo puedo creer. Es la mujer de las flores que vi en el tanatorio».

Pilar lo miró, preocupada por su reacción ante el mensaje.

—¿Qué pasa? —preguntó con la cuchara a medio camino entre el plato y la boca.

—Eva me ha mandado un mensaje. No es importante. —No quería preocupar a Pilar, pero tampoco quería mentirle.

—¿En serio? —dijo sarcástica—. No soy tonta, sé que está pasando algo y no me lo queréis decir. —Posó la cuchara con un movimiento delicado y pensativo—. Si está ocurriendo algo malo, tengo el mismo derecho a saberlo que vosotros. Yo también podría estar en peligro.

Emilio asintió y le tendió el móvil.

—¿Quién es?, ¿lo sabes?

—No sé quién es, pero estaba en el tanatorio. Esa foto estaba en el escritorio de Enzo —hizo una pausa para continuar con un ligero murmullo—, bajo llave.

Los ojos de Pilar se abrieron de par en par. Notó cómo su corazón comenzaba a latir más rápido. Tenía una sensación que no dejaba de atormentarla.

—¿Qué habéis pensado hacer? —consiguió decir con voz compungida.

—No lo sé. Debemos tener cuidado hasta que sepamos qué es lo que pasa. —Se levantó de la mesa—. Me voy a casa de Eva. Por favor, Pilar, no salgas a la calle, no es seguro. —Cogió la servilleta y se limpió la boca—. ¿Me harás caso?

No habló, asintió con la cabeza y le devolvió el móvil que aún sujetaba con los dedos delgados y titubeantes.

—Luego nos vemos. —Se acercó a su mujer y la besó—. Estate tranquila, sea lo que sea, lo arreglaremos.

—Sé que lo harás.

Pilar le miró con los ojos brillantes, al borde del llanto, pero lo consiguió reprimir. No quería que Emilio se fuera con una mala sensación y estuviera preocupado por ella. Se levantó para acompañarlo a la puerta y ver cómo se alejaba hasta el coche.

—Te quiero. —La volvió a besar y comenzó a andar. Antes de desaparecer de la vista de su mujer, se dio la vuelta y alzó la mano para despedirse.

Pilar cerró la puerta y apoyó su espalda contra ella. Levantó las manos y comprobó que no dejaba de temblar. En un intento de pararlas, se las llevó a la cara. Comenzó a llorar sin encontrar consuelo. Múltiples pensamientos pasaron como una sucesión de varias diapositivas de momentos vividos. El gesto de mujer asustada se transformó en una espeluznante mirada de odio. Subió las escaleras, embargada por el rencor que desde hacía años llevaba guardando en el interior de su corazón. Empujó la puerta con tanta fuerza que rebotó contra la pared. Abrió uno de los cajones de su mesilla y sacó una de las carpetas que tenía escondida al fondo de un sinfín

de papeles. Era un sitio seguro, ya que ella se encargaba siempre del papeleo y era un cajón que Emilio tenía prohibido mirar con la excusa de que le descolocaría todo. Por eso sabía que jamás encontraría aquella carpeta.

Pasó varios papeles. Observó con detenimiento cada uno de los documentos que pasaban por delante de sus ojos hasta que localizó el que quería.

—Lo siento, pero ahora ya es tarde para contar la verdad.

Sentía culpa por lo que durante tantos años le había escondido a su familia, pero más sentía lo que tendría que seguir haciendo por continuar con su vida como la conocía hasta ahora. La imagen de Enzo sonriente y nervioso, la primera vez que lo vio, se instaló en su mente con la clara intención de atormentarla. Apretó los labios para sacarla de su cabeza y seguir adelante con el plan. «Cuando escogemos el principio, decidimos el final. Ahora no puedo hacer nada. Solo puedo continuar».

Se sentó en la cama y colocó las manos en la cara en un intento fallido de tranquilizarse. Resopló y, como si hubiera cambiado de personalidad tras la inhalación de aire espeso, sacó el móvil del bolsillo de la sudadera para llamar. Se secó el sudor de la mano libre y esperó impaciente escuchar la voz al otro lado del teléfono.

—¿Qué quieres?

—Necesito que me hagas un favor —dijo con un tono de súplica implícito en su voz.

—¿Qué?

—Ya me has oído. Por favor, tienes que ayudarme.

—Pilar, te dije que le contaras la verdad. Siempre sale a la luz tarde o temprano. Tú decidiste mentir a todo el mundo —le recriminó.

—¡Lo sé! —Alzó la voz—. Ya sé lo que hice, no hace falta que me lo repitas. —El tono comenzó a transformarse en ira—. Te estoy pidiendo ayuda, no que me recrimines nada.

—Lo siento, pero no.

El interlocutor dejó de hablar, pero las respiraciones aceleradas se escuchaban a través del móvil.

—¡Por favor, dejad a mi familia en paz!

—Después de tantos años, no hay vuelta atrás.

—¡Pero es mi familia!

El interlocutor soltó una gran carcajada.

—No, Pilar, tu hijo es el que está muerto. No quiero que vuelvas a llamarme.

—Pero…

Le colgó y los pitidos comenzaron a retumbar en su cabeza. Sabía que en el fondo tenía razón. Ella tomó la decisión de guardar silencio.

Ahora Enzo había muerto y no sabía si había descubierto la verdad. Comenzó a morderse la uña del dedo índice, pensativa. Tenía que trazar un plan para que no llegaran a descubrir la verdad.

Capítulo 23

Eva esperaba ansiosa por saber cuál era el secreto que con tanto ahínco guardaba Enzo y que no había querido compartir con ella. Después de ver la fotografía de aquella tal Mia, multitud de ideas rocambolescas se arremolinaban en su mente en un intento de dar con la tecla de lo que había estado ocurriendo a su alrededor sin que se percatara.

A través de una rendija de la cortina, vio llegar el coche de su padre. Corrió hacia la entrada y cogió el abrigo. Necesitaba que el fotógrafo le diera una explicación sobre a qué se debía todo aquel entramado y por qué su marido había terminado muerto en un supuesto accidente.

—¡Niñas, me voy con el abuelo! —gritó con el abrigo en la mano.

—¡Vale! —gritaron desde la planta de arriba.

—¡No salgáis!, ¡recordad que me lo habéis prometido!

—¡Sí!

Conforme con la promesa y con el recordatorio de que sus hijas estarían a salvo, salió de casa cerrando la puerta con llave. Se sentía más segura pensando que así nadie haría más daño a su familia. Emilio la observaba con un gesto de incomprensión y miedo a partes iguales. No sabía qué era lo que había pasado, pero estaba convencido de que no les iba a gustar lo que encontraran. Un secreto que había llevado a la muerte a Enzo, con toda probabilidad los llevaría a ellos al mismo lugar. Intentaba ser optimista, pero su instinto de protección no dejaba de advertirle que a veces hay que dejar los secretos en su sitio. Con aquella idea en la cabeza, Eva entró en el coche. Le miró con una sonrisa, que fue incapaz de devolverle. Necesitaba decirle la verdad, lo peligroso que podía ser aquello. Tenía la mala sensación de que al final solo encontrarían la muerte de algún integrante de la familia.

—¿Qué pasa, papá?, ¿por qué tienes esa cara? ¿Ya te han dicho quién es la mujer de las fotos de Hugo?

—No es eso, Eva. Es que creo que nos estamos equivocando. Tengo miedo de que te pase algo malo a ti o a las niñas —dijo mientras le agarraba la mano.

—¡No digas tonterías! Vamos a tener cuidado.

—Ya, pero aun así podemos encontrarnos con una situación peligrosa, que quieran acabar con nosotros. ¡Por Dios, Eva! Enzo murió por lo que nosotros estamos intentando descubrir ahora mismo.

Eva le miró fijamente, con los ojos clavados en los suyos, y bajó la mirada al suelo del coche.

—Lo sé, y te entiendo, pero necesito saberlo.

—Eso lo sé, pero recapacita por un momento. —El tono paternal se transformó en una súplica para abortar la misión suicida.

—Lo siento. No podría perdonarme dejar pasar el asesinato de Enzo sin haber hecho nada. —Le acarició la mano.

—Está bien. —Pulsó el botón para arrancar el coche—. Esperemos no morir hoy. Al menos me gustaría saber el motivo por el que nos van a matar —dijo estirando la comisura de los labios.

—Papá, no hace falta que vengas, de verdad. Quédate con las niñas, iré yo sola.

—No, no, de eso nada, vamos juntos.

Emilio asintió y dirigió la mirada al frente para comenzar el camino al estudio del fotógrafo.

Carraspeó un par de veces antes de pisar el acelerador y mirar a ambos lados para salir sin incidentes de la zona donde había aparcado. Pensó que quizá en ese preciso momento podían estar siendo observados por quienes no querían que averiguaran la verdad. Eva comenzó a poner la dirección en el GPS del móvil, para llegar sin tener que dar demasiadas vueltas. No conocían la zona y con las indicaciones les sería más fácil.

Echó un último vistazo a las ventanas de las habitaciones de sus hijas. «Más les vale hacerme caso».

El camino hacia el estudio de Hugo era corto. La aplicación les indicó que estarían allí en quince minutos. Ambos esperaban que no hubiera ningún incidente por las autopistas que los retrasara. Tenían unas expectativas altas de los conocimientos que Hugo pudiera tener. Emilio le daba vueltas a que la cara de aquella mujer a la que Hugo había fotografiado, le sonaba. El día del tanatorio también lo pensó. Sin embargo, la memoria y la vista ya no eran las mismas de cuando era joven, y muchas caras conocidas habían pasado al olvido. Las grandes gafas que llevaba hicieron que no consiguiera ubicar a la misteriosa mujer cuando chocó con ella. No era la misma que apareció en la foto del cajón, Mia; la mujer de las flores. Eva cambiaba de sintonía en la radio y canturreaba en voz baja. Él la miraba desconcertado por tomar la decisión de seguir tirando de los hilos tan peliagudos que se estaban cruzando. El robo de la clínica le había despistado. No quiso decirle nada a su hija, pero que hubieran llegado hasta el negocio quería decir que estaba implicada de alguna manera o, al menos, los asesinos así lo pensaban. Se estrujaba el cerebro para intentar encajar el rompecabezas de los hechos que conocían.

«No encaja, nada tiene sentido».

«Aparentemente. Incluso el desorden tiene un orden. Eso es lo que tenemos que buscar. El patrón de los acontecimientos».

«Quizá no tengo toda la información. Quizá Eva me esté ocultando algo».

Las dudas no dejaban de asomarse a la mente incansable del ex guardaespaldas.

A escasos metros del estudio, multitud de policías habían cortado el acceso a la propia calle y a las adyacentes. Los ojos de Emilio se abrieron demostrando su sorpresa ante la presencia de los agentes. Un cosquilleo le recorrió la columna vertebral de arriba abajo.

—Eva, esto no es buena señal. Tenemos que dar la vuelta. Creo que es una clara advertencia de que nos estamos metiendo en terreno pantanoso.

—¿Qué? —dijo negando con la cabeza sin dejar de observar las calles para descifrar el motivo de que hubieran cortado el acceso—. No. ¿No lo ves? Lo que quiere decir es que vamos por buen camino para descubrir la verdad. —Suspiró profundamente—. Estamos cerca. Sé que da miedo, pero no lo pienso dejar. Ahora, no.

—Está bien. ¿Qué quieres que hagamos ahora? Tú dirás —respondió resignado ante la cabezonería de su hija.

Observó el revuelo que había montado en la calle. Comprobó en el móvil el número en el que se encontraba el estudio. Al verificar que coincidía con el número que habían acordonado, se llevó las manos a la boca. Señaló la pantalla a Emilio, que la miraba con el ceño fruncido, sin comprender su reacción.

—Es el local de Hugo.

—¡Han estado aquí! No entiendo qué puede ser tan importante para matar a la gente.

El vehículo se acercaba a la posición donde uno de los policías movía las manos de manera automática para que los coches no se pararan a cotillear y agilizaran la marcha. Emilio pensó que era buena idea preguntar. No estaba seguro de que el policía estuviera informado de los detalles, pero tampoco perdía nada. Bajó la ventanilla.

—Perdone, agente. Veníamos a ver a un amigo nuestro que es fotógrafo y tiene ahí el estudio, ¿cómo podemos acceder?

—¿Dónde?

—En el número que tienen las cintas y está custodiado por varios compañeros policías.

—Perdone, pero ha habido un suicidio en ese local. Lo siento —informó cabizbajo.

Los coches prácticamente iban parados y algunos de los conductores comenzaron a tocar el claxon ante la larga fila de vehículos sin un resquicio de la empatía con la que nace el ser humano.

—Pero… —interrumpió Eva—. Necesitamos saber qué ha pasado. ¿Un suicidio? Eso es imposible. —Sus manos comenzaron a temblar.

—Si quieren, apártense de la carretera y aparquen ahí. Ahora llamo a alguien para que les atienda y les diga qué ha pasado. —El policía indicó con los brazos a Emilio dónde debía dejar el coche para que no interfirieran en la circulación—. Esperen ahí. —Se acercó la radio que tenía en el pecho y dijo algo que no escucharon desde su posición.

Emilio apagó el motor y dirigió una mirada de tranquilidad a Eva para que esperara a escuchar qué era lo que había ocurrido antes de precipitarse a sacar una conclusión errónea.

—No ha sido un suicidio —afirmó.

—Espérate a que nos digan que ha pasado.

—No hace falta, nosotros sabemos que le han matado —afirmó mirando hacia ambos lados a través de los retrovisores.

—Eso no lo sabes. Estaba muy asustado cuando vino a darme el *pendrive*. Puede que tomara la decisión de suicidarse al no aguantar la presión- —Se encogió de hombros.

—¿En serio? Papá, no tengo cinco años. Le han matado porque sabía lo mismo que Enzo. Pero ¿qué puede ser tan importante para llegar a tener que asesinar? No lo entiendo. —Meneó la cabeza.

—Obviamente es dinero. Siempre es dinero.

—¿Qué quieres decir?

—Debe de haber descubierto algún negocio ilegal que mueve grandes sumas de dinero y los implicados no quieren que salga a la luz.

—¿En qué te basas para decir eso?, ¿sabes algo más?

—No, pero siempre que matan a gente es por dinero.

—No sé, papá, pero estoy empezando a sentir verdadero miedo por nuestras vidas.

—Esto nos queda grande. Debemos hablar con la Policía —concluyó Emilio.

Eva miró por el retrovisor interior del vehículo y observó una cara conocida acercándose a ellos.

—¡No me lo puedo creer!

—¿Qué pasa?

—Viene la policía que me dio la noticia de Enzo. Ella tiene que estar involucrada. No digas nada. Hablaré yo —susurró.

—Pero ¿qué dices?

—Insistió en que la muerte de Enzo había sido un accidente. No quería escuchar. Ella sabe lo que pasa, estoy segura. —Sus ojos no dejaban de seguir los pasos de Jimena, que ya se encontraba a pocos metros del coche.

Los gritos y claxon de la caravana de coches arremolinados en pocos metros no dejaban de escucharse. El sol iba descendiendo y el calor del mediodía estaba perdiendo fuerza. El viento agitaba el pelo de Jimena cuando sus pasos firmes y acelerados llegaron a la ventanilla de

Emilio. El rostro de la policía se sobrecogió al comprobar la identidad del copiloto.

—¿Eva?

—Hola, inspectora —dijo con expresión contenida en el rostro.

—¿Sois vosotros quienes veníais a ver a Hugo?

—Sí —afirmó Emilio sin parpadear y perturbado por las palabras anteriores a la llegada de la agente.

—¡Madre mía! —soltó sin ocultar la sorpresa al ver a Eva—. Tenemos que hablar fuera de los oídos de aquí.

—¿Qué pasa? —preguntó Eva, esperanzada por la reacción de la agente.

Jimena miró de soslayo alrededor con máximo disimulo. No había ningún agente cercano a ellos. Pensó que quizá estaba exagerando o que veía fantasmas donde no los había. Sin embargo, al ver a Eva, sus dudas se disiparon como un día soleado. Estaba muriendo gente en extrañas circunstancias. Como agente de la ley, no podía pasar por alto los sucesos que, aunque no estaban relacionados, parecía que los lúgubres «accidentes» tenían un motivo común.

En un segundo decidió que debía salir de dudas y montó en la parte de atrás del coche. Emilio y Eva observaron cada uno de los gestos rápidos y decididos de Jimena. Cerró la puerta y se colocó en el asiento del medio para echar su cuerpo hacia delante y que ambos escucharan cada una de sus palabras. No debían posponer un encuentro con máxima discreción. Jimena tenía un sexto sentido y aquello le olía a rancio.

—No tengo tiempo. Parece un suicidio, pero creo que no lo es, igual que el accidente de tu marido. Quedamos en cinco minutos en el bar de la esquina. —Señaló tímidamente con el dedo índice.

—De acuerdo.

—Daros prisa en aparcar. Si veis que tardo, esperadme. Tengo que salir de aquí sin que nadie sospeche. Desde arriba hay mucho interés en que este caso se archive como suicidio.

—¿Qué quieres decir?

—Ahora os lo cuento.

Colocó la mano en el picaporte para salir.

—Tened cuidado. No sé qué pasa, pero sé que es algo malo. —Abrió la puerta—. Ahora nos vemos.

Jimena salió del coche y comenzó a avanzar con pasos rápidos y decididos hacia el estudio del fotógrafo. Los agentes, hartos de las prisas de los conductores, no prestaron atención a la inspectora. Continuaron inmersos en las tareas de acelerar el tráfico. Eva y Emilio aguardaban en silencio hasta que perdieron de vista la silueta de Jimena dentro del local.

A pesar del frío, Eva sintió que comenzaba a sudar. Se tocó la nuca y la mano se empapó de gotas de un sudor frío producido por la situación de nervios y tensión. Cogió la goma negra que siempre llevaba en la muñeca y se recogió el pelo. Bajó la ventanilla y una oleada de aire fresco la obligó a tranquilizarse. Se recostó en el asiento y cerró los ojos. La cabeza le daba vueltas. La presión sanguínea del cerebro era fuerte y su mente estaba dejando de funcionar. La imagen de su marido en la mesa de aquel tanatorio la atormentaba.

—¿Estás bien?

—Sí, papá. Vámonos de aquí. Tenemos que hablar con ella, que nos diga qué es lo que sabe.

—¿Te fías de ella?

—No, pero no tenemos otra opción.

Capítulo 24

Dunia tenía intención de hacer caso a su madre. La mirada de su hermana sugería lo contrario, pero intentaría sacarla del error. Era prudente, y la situación en la que se encontraba le daba verdadero miedo. Sintió terror en el momento en que Elsa bajó con la contraseña y la llave. Su piel se erizó al ver los objetos zarandeados sin descanso por su hermana pequeña. Necesitaba contarle a alguien lo mal que lo estaba pasando y lo que había ocurrido esa mañana en su casa. Dejó de mirar el techo de la habitación y decidió coger el móvil para llamar a Blanca. Intentó desahogarse, pero sin contarle la verdad al completo. Al menos esa era la idea inicial cuando tenía el móvil pegado a la oreja.

—Blanca, ¿te vienes a mi casa? Mi madre se ha ido y no quiero estar sola.

—¿Y Elsa? —preguntó extrañada.

—Está en su habitación, pero ya sabes que le gusta estar a su rollo…

—Vale. Espera un segundo, se lo pregunto a mi madre.

A lo lejos, se escucharon varios ruidos y susurros hasta que Blanca volvió a hablar.

—Ahora voy. Me ha dicho que sí.

—Genial. Podemos ver una película de miedo, así me distraigo, ¿te apetece?

—Claro.

—Voy a hacer palomitas.

—Vale. No tardo mucho, porque mi madre me va a llevar para quedarse tranquila de que no me pasa nada por el camino.

—Creo que ahora están un poco paranoicas —susurró para que Elsa no la escuchara.

—Desde luego —soltó asqueada por el excesivo pero justificado control de sus padres.

—Te dejo, que mi madre está en la puerta meneando las llaves. Cinco minutos. —Colgó la llamada.

Dunia se levantó rápido de la cama para hacer un gran bol de palomitas. Le encantaba ver películas mientras comía sin cesar hasta el final. Terminaba harta de comida hasta el día siguiente, pero aun sabiendo que le dolería el estómago, lo volvía hacer siempre que volvía a ver una película, como si fuera una tradición imposible de romper.

Bajó las escaleras y miró el reloj para comprobar que tenía tiempo de hacer los preparativos antes de que llegara Blanca. Llegó a la cocina y abrió el armario de las chuches y lo cerró bruscamente sin darse cuenta. Debido al ruido único de esa puerta, Elsa asomó la cabeza por la puerta de su cuarto.

—Dunia, ¿qué haces? —preguntó con el móvil en la mano.

—Viene Blanca, vamos a ver una película, ¿te animas?

Elsa miró la pantalla del móvil, se encogió de hombros y decidió que estaba aburrida de ver vídeos sola. Prefería estar con compañía que en la soledad de su cuarto. Necesitaba interacción con alguien de confianza, como eran su hermana y Blanca.

—Sí, ahora mismo bajo.

Iba descalza y sintió el frío del suelo en las plantas de los pies. Pasó por la puerta de la cocina y pasó de largo para subir la temperatura de la calefacción. Sabía que se arroparía con una manta para ver la película, pero, aun así, le gustaba que la casa estuviera caliente al llegar la noche.

Subió un par de grados y oyó cómo las palomitas explotaban en el microondas.

Sonó el ruido de la puerta.

—Abre, *porfa*. Será Blanca.

No tenía la costumbre de comprobar la identidad de quien había llamado por la mirilla electrónica que Enzo había puesto. Pero el instinto de precaución le alertó de que era mejor comenzar con esa costumbre que por confiada había perdido. Lo hizo.

—¡Es Blanca! —gritó a su hermana.

Abrió la puerta, Elena estaba a su lado. Apoyaba las manos sobre los hombros de su hija.

—Hola, Elsa. ¿No está tu madre? —preguntó, preocupada por dejarlas solas.

—Hola, Elena. No, pero no tardará, se ha ido con mi abuelo. —Sonrió.

—De acuerdo. —Le devolvió la sonrisa—. ¿Necesitáis algo antes de que me vaya?

—Ummm… —Pensó Elsa rápidamente—. No se me ocurre nada, así que supongo que no. —Se encogió de hombros.

—Vale, entonces me voy. Cuando quieras venir a casa, avísame y vengo a buscarte. —Cogió con suavidad la cara a su hija—. No vengas sola, por favor —suplicó.

—Tranquila, mamá, no lo haré. Te lo prometo. —Le dedicó una sonrisa tranquilizadora de que no rompería su promesa.

—Tened cuidado. Te quiero, hija.

Blanca entró en la casa y se colocó junto a Elsa, que estaba expectante mientras escuchaba la conversación. Elena agarró la puerta por el canto y la cerró tras de sí.

Dunia se asomó por la puerta de la cocina con el bol de palomitas y una amplia sonrisa.

—¿Qué tal estáis, chicas? —preguntó Blanca, cogiendo la mano de Dunia.

—Bueno…, mal, pero intentamos no pensarlo todo el rato.

—Es complicado. Hoy hemos encontrado unas pistas que nos dejó papá.

—Sí, pero no digas nada —susurró Dunia, dando un toque de misterio al secreto que debían guardar.

Blanca hizo el gesto de cerrar su boca con una cremallera.

—De acuerdo. Vamos al salón y te lo contamos. —Dunia tiró de su mano con prisa. Necesitaba contarle lo que había pasado tan solo hacía unas horas.

Las tres se sentaron en el sofá y las hermanas le contaron con pena e intriga lo que habían encontrado.

—¡Qué fuerte! ¿No tenéis miedo?

—No, nosotras ni siquiera sabemos nada de lo que ha pasado. Además, puede que mi madre esté sacando las cosas de quicio y la Policía tenga razón, que solo haya sido un accidente —argumentó Dunia intentando convencerse.

—¿Te lo estás creyendo? —preguntó sarcástica Elsa.

—Tu hermana tiene razón. Es más que obvio que pasa algo.

—¡No lo creo! Mamá está exagerando. Si fuera así, no le hubiera dejado las cosas a Elsa, se las hubiera dejado escondidas a mamá —protestó Dunia.

—Un momento —interrumpió Blanca con la mano en la barbilla—. Creo que si os lo ha dejado a vosotras es porque quería que siguierais el rastro.

—¿Qué quieres decir? —Elsa se acomodó nerviosa en el sofá.

—Sí, eso, ¿qué quieres decir? —Comía palomitas del bol que tenía en la mano como si estuviera viendo la película y no viviendo su vida.

—Bueno… —Miró a las hermanas, para asegurarse el interés en lo que iba a decir—, pienso que quiere que miréis en el ordenador y busquéis la información que os lleve al motivo de su

asesinato. ¿No lo veis como yo? ¿Qué otro motivo iba a tener para dejárselo a Elsa?

—Ya… —resolvió dándole vueltas a la conclusión de Blanca y sus posibles consecuencias.

—¿Has registrado tu cuarto? —preguntó a Dunia—. Puede que tú tengas otra pista que diga exactamente dónde tenéis que mirar.

—No lo he mirado, la verdad.

—¿En serio?, ¿y a qué esperamos? —Le quitó las palomitas y las dejó en la mesa.

Cogió a las hermanas y tiró de ellas para subir las escaleras en dirección al dormitorio de Dunia.

Subieron los escalones de dos en dos, emocionadas e intrigadas por lo que estaba ocurriendo y la multitud de sensaciones que les estaba aportando la expectante situación. Sin embargo, no habían valorado lo que podían provocar o encontrar si continuaban con la investigación. Dunia era prudente y temerosa ante acontecimientos desconocidos, pero la actitud arrolladora de Blanca la estaba llevando a actuar de una manera que para su personalidad sería tildada de temeraria. Aun así, se dejó llevar. En su interior existía una vocecilla que le hacía sentir celos de su hermana y de que su padre le hubiera dejado un mensaje a Elsa y no a ella. La envidia entre hermanos y la lucha por el amor de uno de sus padres le hacía sentirse menos. Aquella era la principal razón por la que se dejó arrastrar por la mano de Blanca. Deseaba, incluso necesitaba, que su padre le hubiera dejado también a ella un mensaje para no sentirse menospreciada.

Llegaron a la habitación de Dunia y era lo opuesto a la de Elsa, absolutamente todo estaba donde debía estar. No había ropa por el suelo, la silla o encima de la cama. Los libros y cuadernos estaban perfectamente ordenados. Los débiles rayos de luz del atardecer entraban por la ventana dejando un resquicio de polvo al trasluz. Dunia suspiró y deseó encontrar un mensaje o cualquier pista que su padre le hubiera dejado para hacerla partícipe de la investigación. Elsa la miró fijamente al contemplar a su hermana paralizada en la puerta.

—¿Qué te pasa?, ¿tienes miedo? —preguntó empática.

—No es eso.

—¿Entonces? —intercedió Blanca por el poco espíritu colaborativo de Dunia.

—Bueno, es que... —titubeó—. No sé dónde me podría haber dejado un mensaje a mí. Tú lo encontraste en el peluche que te regaló, pero a mí…

—¡Un momento! —chasqueó los dedos Elsa—. No vamos a encontrar nada. Tu mensaje lo encontró mamá en la caja que le regalaste, ¿te acuerdas?

—¡Es verdad! —Sonrió.

—¡Genial! Entonces damos por sentado que tenemos las pistas que necesitamos, ¿no?

—Sí, eso parece. —Dunia se sintió feliz en ese momento. Su padre sí le había hecho partícipe, y eso le dio fuerzas para continuar.

Elsa se sentó en la cama de su hermana y miró serena a las dos. Se abrazó a sí misma antes de hablar.

—¿Estáis seguras de esto? Podría ser peligroso, y no sé si estaremos capacitadas para lidiar con las consecuencias. —Guardó un ligero silencio para coger fuerzas y soltar lo que en realidad estaba pensando—. No quiero que luego alguien se chive porque tiene miedo y eche la culpa a las demás —Levantó una de las cejas y clavó sus ojos negros en su hermana mayor.

—¡Ya estás!

—¡No es eso! Quiero oírte decir que no vas a ser una chivata y se lo vas a contar a mamá diciendo que te hemos obligado a hacerlo o algo parecido.

—Por supuesto que no lo voy a hacer.

—Venga, chicas, haya paz. ¿Hacemos un pacto de silencio? No se puede romper, y esto es

serio.

Las hermanas asintieron.

Juntaron los tres meñiques como habían visto en algunas películas antiguas de los ochenta y, con voz firme y convencidas, juraron no revelar a nadie lo que iban a hacer.

—Está bien. Ahora, con la contraseña que tenemos —meneó el móvil—, empecemos.

Elsa había hecho una foto a las pistas antes de decírselo a su madre. Estaba segura de que no podría dejar pasar la oportunidad de mirar el ordenador de su padre. Lo que no sabía es que fuera a tener tanta colaboración por parte de su hermana y Blanca.

Fueron a la habitación donde estaba el ordenador y esperaron a que se encendiera. Elsa se había sentado y las demás se habían colocado a ambos lados de ella sin despegar la vista de la pantalla. Antes de introducir la contraseña, Elsa suspiró y Dunia le apretó el hombro como señal de que no estaba sola. Estaban juntas en esto y en lo que sucediera después.

—Empezamos —dijo al introducir la contraseña.

—¿Sabemos dónde hay que mirar? —preguntó Blanca, intrigada.

—No, pero supongo que nos lo habrá puesto fácil, ¿no?

—Define fácil, Elsa.

—Yo que sé, una carpeta con nuestro nombre o algo así como «no mirar». —Se encogió de hombros.

—Puf… No sé, veo lagunas en tu deducción —argumentó Dunia sin muchas esperanzas.

—Bueno, vamos a intentarlo antes de darnos por vencidas, ¿no te parece? —Blanca arqueó las cejas y miró a Dunia, tratando de mitigar su pesimismo.

—Sí, claro, hay que intentarlo. Metete en el buscador y escribe nuestros nombres.

—Vale.

Elsa hizo lo que acababa de decir su hermana y observó que sus dedos estaban repletos de nerviosismo. El corazón empezó a bombearle más deprisa. Si en ese instante volvía su madre, no tendrían ninguna excusa para estar hurgando en el ordenador. Cruzó los brazos sin dejar de mirar la pantalla, esperando los resultados, hasta que apareció el contenido.

—Solo una carpeta. Espero que no sean fotos nuestras de cuando éramos pequeñas.

—¡Claro que no! Esas están en un disco duro externo, ya lo sabes —recriminó Dunia.

Elsa estiró los dedos para coger fuerzas y pinchó en la carpeta. No eran fotos. Dentro había un archivo. Sin esperar instrucciones y notando las miradas de intriga, Elsa pinchó en ella, respirando el aire más denso que nunca había pasado por sus pulmones.

—¡Ahí está! Dale a imprimir antes de que venga mamá —ordenó Dunia con voz tajante.

Blanca andaba por la habitación, inquieta. Sintió malas vibraciones sin saber el motivo. Por el título del archivo, parecía bastante claro de qué iba el entramado que llevó a Enzo a la muerte: «Malos tratos en el orfanato». Cogió los folios que iban apareciendo y leyó en diagonal para descubrir que era tan vulnerable de la opinión pública que debía mantenerse en secreto. Repasó las hojas.

—¡Madre mía! Nos teníamos que haber estado quietas, viendo la película. —Le dio los papeles a Dunia.

—¡Joder! —El temor por lo que leía se iba reflejando en sus ojos.

—¿Qué pasa? Decid algo. —Elsa se levantó de la silla y le quitó los papeles a su hermana, a la que le había cambiado el color de piel.

Dunia y Blanca se miraron con gesto de terror mientras Elsa seguía leyendo y terminaba de coger las hojas que faltaban por imprimir.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó colocando el montón de folios sobre la mesa del

ordenador que previamente había apagado.

—No lo podemos dejar así. Debemos continuar —recalcó Blanca.

—Papá estaba investigando los malos tratos del orfanato en el que estuvo. Creo que continúan, por eso se deshicieron de él.

—Hay que tener cuidado, o nos pasará lo mismo.

Asintieron.

—¿Por dónde empezamos? —preguntó Elsa.

—Tenemos que leernos el archivo. He visto que hay transcripciones de los que estuvieron allí.

—No solo eso, hay desapariciones de algunos de los niños. Lo he visto. —Le cogió los papeles a Elsa y comenzó a buscar la hoja—. Mirad, aquí está. —Señaló con el dedo índice el título de uno de los apartados: «*desapariciones*».

Elsa cogió los papeles de nuevo y leyó para confirmar lo que había dicho su hermana y lo que le había parecido ver.

—¡No me lo puedo creer! Las transcripciones que aparecen son de los amigos de papá. Algunos de los que estuvieron con él en el orfanato: Ariadna y Nicolás.

Dunia colocó una de las manos en su frente, sujetándola con dos dedos, y se giró para andar en círculos. Blanca la miró, asustada.

—Nos viene grande. ¿Qué vamos a hacer nosotras? Somos unas crías —intentó hablar con calma.

—Eso da igual. No podemos quedarnos quietas sin hacer nada.

—Vale, ¿y me dices qué es lo que quieres que hagamos? —protestó Blanca, cruzándose de brazos.

—No lo sé, pero tenemos que hacer algo. Puede que esto siga ocurriendo, ¿sabes? Y esos niños no tienen a nadie. —Alzó la voz Elsa—. Yo no los pienso abandonar. Vosotras haced lo que queráis. —Se levantó para dirigirse a la puerta.

—¿Dónde vas? —La agarró su hermana.

—¿Dónde crees? A la biblioteca. Tenemos que encontrar si hay algo publicado en los periódicos antiguos.

—Está bien. ¡Vamos!

—¡Chicas, chicas! —Blanca golpeaba el suelo con uno de sus pies—, os recuerdo que vuestra madre os ha dicho que nos salierais de casa.

—Buah. —Movió la mano para quitarle importancia—. No se enterará. Vendremos antes de tiempo —gritó Elsa, que ya bajaba las escaleras.

—¡Genial! Nos vamos a meter en un gran lío —refunfuñó sarcástica Blanca, bajando tras ellas.

Capítulo 25

El ambiente que se respiraba dentro del coche era tenso y gélido. Emilio y su hija se miraron con temor ante lo desconocido en los ojos. Eva sabía que pasaba algo, pero no se imaginaba el alcance de la investigación de su marido, ni siquiera sabía de qué iba todo aquello. Sentía incertidumbre y tristeza por la muerte de Hugo. La aparición inhóspita de Jimena le había dado un cambio drástico a su vida. Sabían que corrían peligro. Debían decidir si continuar o dejarlo en manos de la inspectora.

—Tengo miedo, papá —se sinceró Eva dentro del coche.

—Yo también, pero ahora no podemos flaquear. Tenemos que continuar. —Hizo una pausa para reflexionar, mirando a través de la ventana del coche—. Creo que es mejor que te vayas a casa con las chicas. Yo me encargaré de todo.

—No, no puedo hacer eso. Tengo que ayudarla a encontrar a quien mató a mi marido —resolvió decidida.

—¿Estás segura? Nadie te va a juzgar si no lo haces. —La mirada de Emilio rogaba a gritos que abandonara aquel barco que iba a la deriva.

—Seguro. —Colocó la mano en el picaporte y abrió la puerta—. Vamos.

Emilio sacó la llave de plástico del vehículo e imitó el gesto de su hija. Observó con la máxima naturalidad posible a las personas que le rodeaban en ese momento. El instinto de guardaespaldas le decía que podían estar siendo observados por quienes hubieran cometido el asesinato. «No van a dejarlo estar hasta que acaben con nosotros».

—Libera tensión, hija, intenta no parecer entumecida. No hay que levantar sospechas.

—¿Qué quieres decir?

—Nada —mintió—. La actitud de la policía me ha descolocado, parecía sorprendida. Creo que sabe qué es lo que está pasando.

—De eso no tengo ninguna duda. Incluso me atrevería a vaticinar que lo sabía desde el principio, pero no quiso darle más importancia.

Emilio asintió y miró ambos lados de la carretera para cruzar y llegar al bar en el que habían quedado. Introdujo las manos en los bolsillos para calentar los dedos fríos por el aire que había ido aumentando a medida que desaparecía el sol.

La zona en la que se encontraban era céntrica, por lo que había demasiados viandantes por las calles para encontrar uno que llamara especialmente la atención. La gente iba concentrada en sus quehaceres. La mayoría mirando el móvil y sus diversas aplicaciones, otros hablando con acompañantes, e incluso algún turista que observaba la arquitectura de la zona. Emilio estaba oxidado en las aptitudes de observación que tanto éxito profesional le habían brindado. Sin embargo, no dejaba de pensar que era cuestión de concentración. Las necesitaba más que nunca. Le daba mala espina lo que estaba pasando. Hasta que volvió a ver a Jimena sentada en una mesa al final del bar, el temor no dejó de aparecerse en su recuerdo. Padre e hija se sentaron sin dudas al encontrarse con su mirada al cruzar la puerta del local. Después del reconocimiento, Jimena agachó la cabeza. Eva sabía que era la culpa lo que la reconcomía por dentro. No quiso creer que Enzo había sido asesinado, pero la prueba había sido expuesta en la escena de «suicidio» de Hugo.

—¿Nos podemos tutear? —preguntó Emilio sin acritud al sentarse.

—Por supuesto.

—Bien, pues tú dirás por qué nos has citado aquí.

—He visto la escena del crimen. —Miró insegura a su alrededor—. Quieren encubrir lo que ha pasado. Me han llamado mis jefes para que no investigue el caso, que «no pierda el tiempo» con un suicidio. Pero sé que no lo ha sido. Le han cortado las venas por el lado opuesto al que lo hubiera hecho él mismo.

—¿Estaba forzada la entrada?

—No, conocía a quien le ha hecho esto. El local estaba cerrado, me lo han confirmado los negocios colindantes. Están teniendo un cuidado extremo con los detalles. Creo que me están observando para que no meta las narices donde me han dicho que no lo haga.

—¿Se puede saber por qué nos has citado?

—No estaba segura de la relación de Hugo con Enzo. Hasta que vi una foto de los dos juntos en la pared. Eran amigos, ¿no?

—Sí, trabajaban juntos desde hacía muchos años. Supongo que, como suele pasar, al final se hicieron grandes amigos.

—Entiendo. —Tamborileaba los dedos sobre la taza de café—. No puedo hacer mucho. —Resopló—. Ni siquiera puedo investigar la escena del crimen para encontrar pistas. Esperaré a que se lleven el cuerpo e intentaré entrar esta noche. Creo que debería encontrar algo que Hugo guardaba de Enzo, es el motivo por el que le han matado. Tendría pruebas.

Emilio sonrió.

—No hace falta que se arriesgue, ya lo tenemos. Hugo me lo trajo —susurró.

—¿Qué? —preguntó sorprendida.

—Enzo sabía que le querían matar, así que le dejó el encargo a Hugo para que nos hiciera llegar un *pendrive* con las pistas. —Su voz era un hilo débil y suave.

—Necesito verlo.

—¿Cómo sabemos que eres de fiar? —preguntó Eva, cuya escena le chirriaba.

—No lo podéis saber. Solo tenéis la opción de fiaros de mí con los ojos cerrados, o no.

—Entiendo. —Eva miró a su padre.

—Eso son pocas garantías. —Se encogió de hombros.

—Lo sé, pero no os puedo dar más. Me estoy jugando mucho.

Eva se levantó de la silla con un movimiento brusco.

—Eres una mentirosa —susurró desafiante, con las manos en la mesa e inclinando el cuerpo hacia la inspectora—. Sabes bastante más de lo que nos estás contando. Debes de pensar que somos idiotas. ¡Vámonos!

Emilio giró el cuerpo para levantarse y seguir las instrucciones de Eva. Jimena le agarró del brazo con fuerza.

—Está bien. —Se llevó los dedos a la sien—. Pero no os va a gustar. Llevo detrás de este caso mucho tiempo. Enzo y yo trabajábamos juntos. Contacté con él hace unos meses.

—¿Cómo?

—Su marido era uno de los pocos niños del orfanato que salió vivo en aquellos años. Parecía que la desaparición de niños había terminado, pero no ha sido así. Estaban falsificando los archivos.

Eva consiguió sentarse en la silla con la mandíbula desencajada y los ojos al borde del llanto. Jimena le rodeó la mano con la suya propia.

—Sabía que era peligroso, por eso no te lo quiso contar.

—¿Quién es Mia?

—Es otra niña que sobrevivió, como él. Nos estaba ayudando.

—¿Dónde está?

—Ese es el problema. Tenía miedo, y con razón, no se fiaba de la Policía, por eso solo hablaba con Enzo. Ahora que le han asesinado, no sé dónde podemos encontrarla.

—Lo que estás diciendo es una locura. Mi marido tenía amigos del orfanato. Si lo que dices es cierto, ellos también lo sabrían —murmuró enfadada con el puño apretado.

—Claro, y lo saben. —Jimena carraspeó y miró alrededor para asegurarse de que no estaban llamando la atención de quienes estaban en el bar—. Escuchad —Estiró el cuerpo hacia delante —: es un tema delicado y necesito encontrar a Mia.

—No te podemos ayudar. No sabemos dónde está. Creo que tú sabes más que nosotros.

—Tiene razón —intervino Emilio, que se encontraba pálido por la información escabrosa que estaba soltando la policía.

—¿Enzo os ha dejado un archivo? Lo necesito. Son los niños que desaparecieron.

—No —mintió rápido Emilio.

Jimena se desplomó en la silla.

—¡Joder! —Meneaba la cabeza a ambos lados sin poder pensar con claridad.

Se levantó bruscamente de la silla y cogió el bolso que había colocado al lado.

—No sé qué es lo que voy a hacer, pero tened cuidado. La gente que está detrás de esto piensa que Enzo os dejó la información. No os puedo proteger porque oficialmente este caso no existe. —Movía inquieta la pierna sobre la que había dejado caer el peso del cuerpo—. Os llamaré en cuanto sepa algo más.

—De acuerdo.

—Una cosa más. Por favor, no hagáis nada. Estoy convencida de que os están vigilando, igual que a mí.

La inspectora comenzó a andar. Sus pasos eran de agotamiento y decepción. La noche se veía por las cristaleras del bar y en unos segundos la silueta de Jimena desapareció entre las personas que circulaban despreocupadas por la calle.

Emilio colocó el codo en la mesa, devastado. Eva le observaba petrificada, sin saber qué hacer o qué decir.

A unas pocas manzanas y con la suficiente distancia de la compañía que había disfrutado en el bar, Jimena sacó el móvil. Esperó a que descolgaran para dar la mala noticia. No hablaron al otro lado del teléfono, así que la dio sin rodeos:

—No tienen el listado. —Resopló, con la desidia como compañera.

Capítulo 26

La improvisada reunión con Jimena les había descolocado aún más. Eva necesitaba respirar aire fresco, sentirse libre para poder pensar en el siguiente paso. Decidió que era buen momento para recoger la moto del taller. Parecería una completa estupidez, pero pensaba que montando en ella sentiría a Enzo a su lado. Quizás, incluso le insuflaría fuerza para poder continuar. Esperaba que una ciencia divina le ayudara a tomar la decisión, el camino adecuado por el que debía continuar. Durante el trayecto y ante el inexpresivo gesto de su padre, bajó la ventanilla para sentir el aire frío de la noche en el rostro. La luz de las farolas la deslumbraban y le dejaban en la vista una especie de hilo brillante que enlazaba con la siguiente luz. El juego la entretuvo durante los minutos en los cuales Emilio conducía concentrado en la tarea y pensaba en una solución de manera intermitente.

Llegaron a la puerta del taller que estaba gastando la última hora antes de cerrar para que los trabajadores salieran más rápido de lo que habían entrado.

—¿Quieres que te espere? Puedo ir detrás de ti con el coche —dijo Emilio por la ventanilla antes de que desapareciera por la puerta del taller.

—No, papá. La verdad es que necesito estar sola y pensar para encajar lo que está pasando.

—¿Estarás bien?

—Claro. Vete con mamá, seguro que está preocupada. —Sonrió.

—Tienes razón. Llámanos antes de irte a dormir.

—De acuerdo. —Meneó la mano para despedirse.

Emilio subió la ventanilla para que no entrara frío al ponerse en marcha. Dudó unos instantes sin dejar de avanzar por la carretera del polígono que lo llevaría de nuevo a la autopista. Finalmente, tomó la decisión de que siempre era mejor saber a no saber y llamó a uno de sus contactos para averiguar quién era la misteriosa mujer de las fotos de Hugo. Esperó inquieto hasta que escuchó la voz amiga.

Eva arrastraba los pies por el resto de la carretera que la llevaba hasta la entrada del taller. El hombre que la vio la primera vez la reconoció al momento.

—No te esperaba tan pronto. Está lista por los pelos —dijo orgulloso.

—¡Genial! Pensé que me ibas a decir que no. Sé que me he precipitado en venir, pero tengo la necesidad de llevármela. —Se disculpó cabizbaja y con los ojos brillantes.

—Tranquila, no hay problema. Te entiendo.

—Vamos a firmar los papeles de la recogida y te la puedes llevar. —Una sonrisa paternal y llena de compasión se dibujó en el rostro del mecánico.

En menos de diez minutos tenía la llave de la moto en sus manos. Subió una de las piernas y se colocó el casco que el mecánico le prestó con la promesa de que se lo devolvería. El ruido al girar el puño le recordó a Enzo y cómo la miraba cuando aceleraba varias veces seguidas sin dejar de observar su reacción. Sonrió con aquel precioso recuerdo que atesoraría con dolor en el corazón. Aceleró y salió del taller. Hacía años que no montaba, por lo que los primeros minutos fueron de toma de contacto, hasta que se sintió segura con la conducción. Volvió a sonreír. Intentó disfrutar de cada uno de los kilómetros que la separaban de casa. Las calles estaban oscuras y las luces de los hogares se veían encendidas. El número de conductores descendía

desde la mañana hasta las últimas horas de la tarde. No dejó de pensar en lo que debía hacer para proteger a su familia. Si le ocurría algo a sus hijas, nunca se lo perdonaría.

La puerta exterior del chalé estaba cerrada y quería meter la moto en el garaje. Bajó y sacó las llaves que tenía en el bolso. La piel de su nuca se estremeció inexplicablemente. Eva presintió que una sombra en la acera de enfrente esperaba su llegada.

«Tranquila, Eva, seguro que no es nada».

Empujó la puerta de hierro negro, y vio que las luces estaban apagadas. Un escalofrío le recorrió el cuerpo de principio a fin. Los nervios se apoderaron del raciocinio de la veterinaria.

«¿Dónde están las niñas?».

Cogió la moto por el manillar con ambas manos y la introdujo hasta el patio delantero para cerrar la puerta acto seguido. Tenía una sensación de falsa seguridad dentro de su propia casa. Las chicas tenían orden estricta de no salir. Las luces apagadas eran un mal presagio. Solo había dos opciones: se habían ido por su propio pie o las habían secuestrado. Avanzó despacio y, sin dar señales de nerviosismo, con la intención de no levantar sospechas, introdujo la llave en la puerta y con la otra mano sujetó el móvil con el número de su padre. Solo debía mover el dedo para que la llamada se produjera. Empujó la puerta y escuchó ruidos en el sótano. «Por eso no estaban encendidas las luces». Se detuvo para escuchar antes de precipitarse y bajar las escaleras. Gritos y palabras aturulladas llegaron a los oídos intranquilos de Eva.

Bajó las escaleras lo más rápido que pudo. El instinto maternal carece de paciencia. Sintió que sus hijas estaban en un peligro inminente y debía solucionarlo. La puerta del sótano estaba abierta. Blanca, Elsa y Dunia se encontraban llorando y gritando sin saber qué hacer. Al contemplar la escena, Eva se llevó las manos a la boca para ahogar un grito.

Reconoció a la chica.

—Es Mia —balbuceó paralizada.

La mujer estaba tendida en el suelo y alrededor de ella un charco de sangre se extendía sin control.

—¡Mamá, haz algo! Le han disparado —gritó Elsa con los ojos horrorizados de pánico.

—¡Mamá!, ¡rápido!, se está desangrando —gritó Dunia, que le agarraba la cabeza.

Blanca se levantó del suelo, cogió a Eva por los brazos y comenzó a zarandearla para sacarla del estado en el que se encontraba. Eva volvió en sí y miró a Blanca sin parpadear.

—El botiquín —afirmó—. Tienes que sacarle la bala y coserla antes de que se desangre. —La voz era tan grave y contundente que hizo que Eva comenzara a moverse.

Era veterinaria, por lo que en ese momento crítico era la persona adecuada para poder salvar la vida a Mia. Corrió a la planta de arriba, cogió el botiquín de las urgencias veterinarias que siempre tenía en la entrada de casa y descendió rauda las escaleras, sin dejar de sudar. Sentía las gotas escurriéndose sobre su frente. Las chicas habían puesto en el sótano las mantas que tenían. La sangre invadía gran parte del suelo y Mia había perdido la consciencia.

—¡Más toallas, chicas! Tengo que salvarla, no puede morir aquí. ¡Tenemos que ayudarla!

Elsa salió corriendo para ejecutar la orden de su madre y, de paso, coger un recipiente con agua. Pensó que lo necesitaría. Dunia sujetaba la cabeza de la mujer sin dejar de llorar.

—Blanca, vigila la entrada. Si ves algún movimiento extraño, llama a la Policía.

—¿Qué? —preguntó con los ojos abiertos de par en par.

—Ya me has oído. La Policía no puede saber que está aquí. Todavía no.

Blanca inhaló una gran bocanada de aire que soltó despacio mientras subía las escaleras. No podía encender las luces, por precaución. Bajó el brillo de la pantalla del móvil y lo preparó para hacer la llamada. Asomó la cabeza sutilmente por una rendija de la cortina. Intentaría ser lo más

prudente posible. Estaba muerta de miedo. Encontrar a Mia desangrándose le había hecho actuar con rapidez y sin pensar. Ahora, los niveles de adrenalina habían bajado y el temor había aparecido en su cabeza.

«Mi padre tiene que saberlo. Él sabrá cómo ayudar a Eva y arreglará lo que está pasando».

Revisó una vez los alrededores y llamó a su padre para que fuera. Le necesitaba para tranquilizarse. Respiró profundamente antes de contarle lo que había pasado sin atropellarse con sus propias palabras. Blanca siempre recurría a su padre cuando se sentía en una situación de pánico o inseguridad. Se llevó el teléfono a la oreja y esperó inquieta escuchar su voz. Comenzó a serenarse con solo oírla.

Capítulo 27

Daniela fue la primera que llegó cuando entraron en la clínica. No comprendía el motivo de que alguien quisiera entrar y no se llevara nada. Debía haber una razón, aunque no supiera cuál era. Pero iba a descubrirlo. Les había dicho a todos que las cámaras no habían captado ninguna imagen, pero no era cierto. Prefería verlas ella primero para después dárselas a la Policía. Sabía cómo funcionaba el protocolo en los robos y, después de todo, ni siquiera lo había sido, porque no se habían llevado nada. Darían parte y lo archivarían lo más rápido posible. No iban a investigar nada porque no había nada que investigar, pero ella disentía. Sospechó de Patricia desde el primer momento y nunca le gustó Carolina. Eva siempre la defendía, ya que eran amigas desde la infancia. Sin embargo, había algo en ella que no era capaz de describir, pero no le gustaba. Era la sensación de que, con su sola presencia, la ponía en alerta. Cuando recomendó a Patricia, no fue capaz de decirle a Eva que no le gustaba la idea, ya que no tenía motivos para no darle una oportunidad a una chica que no conocía. Decidió callarse.

La actitud de Patricia no le gustaba desde el principio. Parecía que intentaba controlar a Eva y, con el robo, las sospechas se incrementaron. No parecía sorprendida, pero sí decepcionada. «No encontraron lo que buscaban».

Daniela volvió a la clínica por la noche. Quería asegurarse de que no eran paranoias suyas. Abrió la puerta y quitó la alarma de seguridad introduciendo el código. Aparte de ella, solo se sabían el código Eva y Patricia. El día del robo lo habían introducido. «¿Casualidad? No lo creo». Estaba en su propiedad, pero aun así se sentía como si fuera una intrusa en su propia casa. Cerró la puerta tras de sí y se quedó observando cuidadosamente. Debía haber algo que se le hubiera escapado para tener una prueba convincente que mostrar a Eva y que entendiera que el robo era por orden de Carolina.

Nada. Los ojos de Daniela no encontraron más que una duda razonable con el dichoso código de seguridad. Resopló antes de sentarse en la recepción donde Patricia trabajaba. Encendió el ordenador para ver qué era lo que guardaba. Cruzó los dedos mientras arrancaba y se encendía la pantalla. Abrió el buscador y accedió a la sección de las imágenes de la cámara para ver quiénes habían entrado. Después comprobaría el historial de búsqueda, con la esperanza de encontrar un hilo del que poder tirar.

Su entrecejo se fue arrugando más y más al observar las imágenes de quienes habían entrado. No se les veía la cara, pero no eran Carolina ni tampoco Patricia. Se desplomó en la silla sin reprimir el gesto de decepción. «No puede ser». Estaba tan convencida de que tenían algo que ver, que no lo iba a dejar pasar. Pensaba que el hecho de que supieran el código de seguridad era una razón más que suficiente, a lo que se sumaba la actitud fingida al entrar en la clínica y ver todo revuelto. Insistió. En el historial de búsqueda no encontró nada, ya que se había preocupado de borrarlo. «¿Por qué iba a borrarlo si no tiene nada que esconder?».

—No me lo creo —susurró para sí.

Repasó las imágenes varias veces. Eran un hombre mayor y una mujer rubia, pero no los conocía ni tampoco le sonaban de nada. Colocó los brazos sobre la mesa y apoyó la cabeza dejando un hueco para respirar con la mirada perdida hasta que sus ojos se detuvieron en una tarjeta que estaba tirada en el suelo. Le llamó la atención porque era de la gerente de un

tanatorio. Casualidades de la vida, era el mismo en el que habían llevado a Enzo. El resto de las tarjetas no le habían llamado la atención porque eran de proveedores de la clínica. Al igual que la tarjeta del tanatorio, el resto de los objetos que Patricia tenía en los cajones estaban esparcidos por el suelo. El día que entraron en la clínica, avisaron a las citas programadas de lo ocurrido para evitar que se desplazaran y se marcharon. Por esa razón, el local estaba igual que lo encontraron.

«Raquel Rey Ramírez», leyó el nombre de la tarjeta.

Colocó el nombre en el buscador y esperó los resultados para poder ver quién era esa misteriosa mujer. Pulsó en las imágenes y apareció el rostro.

—¿Qué? —Alzó la voz.

Llamó a Eva rápido para decírselo. Las fotos que aparecieron eran de sus redes sociales, y en una de ellas estaba con Patricia, Carolina y Ariadna.

Hizo una foto a la pantalla del ordenador para mandársela a Eva. Debía tener una relación con el robo fingido, pero ¿cuál? Y sobre todo, ¿por qué?

Una mala sensación le recorrió el cuerpo de arriba abajo.

—¿Qué relación existe entre Carolina y la gerente de un tanatorio? —se preguntó a sí misma.

Apoyó el codo en el escritorio y comenzó a investigar a Raquel. Esperaba encontrar la respuesta tras tener más información de ella.

Capítulo 28

Adrián llegó lo más rápido que pudo sin saltarse las señales de tráfico. Agradeció no vivir demasiado lejos para ver a su hija lo antes posible. La llamada alertó a la pareja y tuvo que tranquilizar a Elena durante unos minutos antes de salir. La convenció para que se quedara en casa hasta que la situación se resolviera. Él también se encontraba nervioso y no podía estar pendiente de su mujer, de Blanca y de lo que había pasado a la misma vez. Demasiados frentes abiertos y solo una cabeza pensando. Imposible. Le costó horrores que Elena entendiera que era mejor que no fuera, pero finalmente lo consiguió.

Sabía perfectamente lo que estaba ocurriendo. Enzo le contaba los detalles de las investigaciones que se traía entre manos. Solía recordarle que no había nadie que le entendiera mejor que otro periodista y, además, era uno de sus mejores amigos. La llamada de Blanca le entristeció al recordar a Enzo. Le intentó convencer de que dejara aquel trauma del orfanato y que continuara su vida. La historia del pequeño Javi y la desaparición era inquietante, pero era obvio que detrás se escondían los trapos sucios de gente con poder. Su respiración era entrecortada cuando aparcó el coche frente a la casa. Para no crear más tensión de la que ya supuso que habría dentro, le mandó un mensaje a su hija para que fuera a abrirle. Se encontraba quieto, delante de la puerta con las manos en los bolsillos. Miró detrás de sí y luego a ambos lados para asegurarse de que no había nadie más.

Enzo removió la historia que yacía dormida desde hacía años. Él había sido asesinado y no pasarían muchas horas hasta que fueran apareciendo más muertos. Volverían a por Mia.

Blanca abrió la puerta con un movimiento brusco y desesperado. Abrazó a su padre nada más verle.

—Papá, menos mal que ya estás aquí.

—¿Qué ha pasado? —preguntó, acariciándole la cabeza para tranquilizarla.

—Hemos ido a la biblioteca, y a los minutos de volver han llamado a la puerta. Elsa ha abierto y era esa mujer.

—No pasa nada, todo saldrá bien —dijo con voz cariñosa y dulce.

—Le dije a Elsa que no abriera, que le habían disparado y era peligroso, pero no me hizo caso. —Comenzó a llorar.

—¿Qué más? Tienes que contarme todo. —Le cogió la cara con las manos.

—¡Se estaba desangrando, papá! —Alzó el tono de voz.

—Schhh. —Le mandó callar colocando el dedo índice sobre sus labios.

La abrazó por los hombros y accedieron hacia el interior de la casa. Adrián cerró la puerta y a través de la mirilla comprobó que no había movimiento en el exterior.

—¿Qué es lo que pasa, papá? Me estás asustando.

El pecho de Adrián se contraía a medida que soltaba el aire. Su respiración era jadeante. Deseaba que no hubieran seguido a Mia. «Esa mujer es una estúpida. Nos ha puesto a todos en peligro». Se masajeó la sien con la punta de los dedos. Le estaba empezando a doler la cabeza por la presión que sentía en ese momento. No quería terminar como Enzo, y menos aún, sin ni siquiera tener nada que ver en la historia del pobre Javi.

—Vamos a ver a la mujer. Es una larga historia y es para los mayores. —Empezó a andar y a

mitad de camino entre el salón y el sótano, se paró—. No tenéis que preocuparos por nada, Eva y yo lo solucionaremos. —La agarró de la mano y tiró de ella para bajar al sótano, donde los demás esperaban.

Blanca tiró de él para frenarle.

—¡No lo entiendes! —exclamó nerviosa—. Le han pegado un tiro, la querían matar, y a Enzo lo asesinaron. No sé qué pintamos nosotros en todo esto. —Tenía la voz temblorosa y le costaba hablar. Aguantaba las lágrimas porque sabía que si empezaba a llorar no pararía—. ¡Me quiero ir a casa! ¡Es problema de ellos, no nuestro!

—Hija, son nuestros amigos, no podemos dejarles en la estacada cuando más nos necesitan —recriminó Adrián, perplejo por la reacción de su hija.

—¿Sabes una cosa, papá? Puedo hacer más amigas, pero no me puedo comprar una vida en la tienda. —Dio la vuelta y empezó a andar hacia la puerta de la calle—. Te espero en el coche, no pienso bajar ahí otra vez. Cuando vengan a matarlas, por vete tú a saber por qué, no pienso estar aquí. —Giró el picaporte y salió de la casa con un gran portazo.

La reacción de Blanca les sorprendió. Se quedó paralizado durante unos segundos en el primer escalón que conducía al sótano. Estaba aterrada por lo que había ocurrido. La situación la había sobrepasado y era comprensible para una chica de su edad. Se rascaba la barbilla, pensando rápido en una solución que fuera la más propicia para su familia.

—¡Le dije que no se metiera! ¡Tenía que haberlo dejado pasar! ¡Joder! ¡Joder! —Dio una patada a la pared y meneó la cabeza con tristeza—. Lo siento, amigo, no te puedo ayudar.

Decidido a salir de allí lo antes posible, bajó para terminar con su intervención en aquella historia en la que había decidido no participar. Si Eva o Mia necesitaban ayuda, deberían acudir al lugar donde empezó: el orfanato.

«Espero que haya muerto. Así no tendremos que preocuparnos más».

Deseaba que Blanca no hubiera ido esa tarde y que no le hubiera llamado. Aunque ya no tenía solución, ahora estaba tan involucrado como los demás. Valoraría la situación con Eva lo antes posible y se marcharía tan rápido como pudiera. No quería estar más tiempo del imprescindible para tener la información necesaria.

Asomó la cabeza y vio a Mia en el sofá con varias sondas. Frente a ella, estaban las chicas. Estaba intranquilo por si volvían para matar a Mia. No tardarían en saber que estaba allí. Se quitó el abrigo y le tocó el hombro a Eva.

—Ya me ha contado Blanca lo que ha pasado. Hay que llevarla al hospital. —Se apoyó en el reposabrazos.

—Tienes razón, ha perdido mucha sangre. Allí estará mejor, pero ¿cómo puedo explicar que ha aparecido en mi casa una mujer con un disparo? —Meneó la cabeza.

—No lo sé, pero si os quedáis aquí estaréis en peligro —dijo alzando el tono para que las niñas también lo escucharan y que cundiera el temor. Solo quería deshacerse de Mia.

—Sabes quién es, ¿verdad?

—Sí, es Mia. Fue la periodista que hace años publicó lo que pasó en el orfanato.

Eva le miró fijamente. Pensaba que Adrián no sabía nada de lo que Enzo estaba investigando cuando murió. Le agarró del brazo fuerte y con un gesto duro y se alejó para que sus hijas no escucharan.

—Pensé que no sabías nada —le recriminó con los brazos cruzados y visiblemente enfadada.

—Eva, no tenía ni idea de que tenía que ver con la maldita historia del orfanato, te lo juro.

—¿Por qué debería creerte?

—Porque es la verdad. Sabía que le había estado dando vueltas, le dije que no siguiera, que la

primera vez no terminó bien para ella —Señaló a Mia, que seguía inconsciente—, y ahora no lo haría para él.

—¿La viste en el funeral?

—Claro que la vi, pero eran amigos, ¿porque me iba a resultar extraño?

—¿Y por qué yo no sabía nada de su existencia?

—¡Oye!, ¡para el carro! No tengo que darte ninguna explicación. Quien te las tenía que dar era tu marido —gritó con su rostro tiñéndose de rojo—. Me tratas como si yo fuera el culpable de lo que ha pasado. Fue Enzo quien no te contaba las cosas y te ocultaba secretos, no yo. Entérate de una vez de que tu marido no es quien tú creías. —Empezó a andar hacia las escaleras —. Me marcho de aquí. Vosotras haced lo que os dé la gana, pero no me metas en las *mierdas* de tu marido.

—Perdona, Adrián —se disculpó, sintiéndose culpable por la forma en que le había tratado.

—Tarde.

—¡Adrián, por favor! Necesito tu ayuda.

—Te voy a dar un consejo: No sigas indagando en la vida de tu marido si no te quieres encontrar con información que no deberías saber.

—¿Qué quieres decir con eso?

Adrián desapareció del sótano.

—¡Adrián! —gritó por última vez, reprimiendo el llanto de dolor que le oprimía el pecho.

Elsa y Dunia la miraban congeladas por lo que habían presenciado. No entendían qué quería decir con los secretos de su padre, pero ambas pensaron que era demasiado tarde, ya estaban tan dentro de la historia que no podrían desaparecer sin más. Quien fuera que había disparado a Mia, con toda probabilidad, también intentaría acabar con ellas.

—Tranquila, Elsa. Se va a solucionar, ya lo verás.

—Ah, ¿sí?, ¿cómo? —dijo con tono sarcástico y altivo—. Mira a mamá, por favor, si parece una niña pequeña perdida en el centro comercial. —Estiró el brazo y cogió el móvil que había dejado sobre la mesa.

—¿Qué haces? ¿A quién vas a llamar?

—¿Tú qué crees?

Capítulo 29

Un nuevo amanecer siempre era la oportunidad de comenzar de cero. Nicolás trabajaba por la mañana como cualquier funcionario. Todavía era de noche cuando pisó la calle rumbo al metro. Miró el reloj para comprobar que iba bien de tiempo y que, con un poco de suerte, si no se estropeaba ningún vagón ni había retrasos, llegaría pronto para comprar un café para llevar a la delegación de Hacienda en la que trabajaba. A medida que iba avanzando, recordó a su amigo asesinado. El trabajo que habían hecho al recuperar la información vivida en su tortuosa estancia en el orfanato le había hecho recordar episodios que tenía enterrados en la memoria. Aún se levantaba algunas noches con pesadillas de aquel horrible lugar. Enzo le convenció para contar lo que ocurrió, igual que lo hizo Aitana. El viento le daba en la cara, y también los remordimientos por no haber sacado a Enzo de su error. Sabía que tenía razón, que debían hacerlo, que era lo correcto. Pero los que se estaban lucrando con ello evidentemente no iban a dejarlo estar. Sintió escalofríos al pensar que podían estar esperándole en cualquier esquina y que en unos segundos podía estar muerto en un rincón lúgubre donde nadie lo encontraría. Movió la cabeza ante la incredulidad de la situación. Les había costado salir de aquel lugar, y revivirlo lo único que conseguía era encadenarle más a los recuerdos y le daba la sensación de ahogarse en ellos. Se le tensó la mandíbula cuando la imagen de Enzo dentro del ataúd apareció en su memoria. Apretó los puños sin siquiera darse cuenta.

Antes de bajar las escaleras para acceder a la estación, sintió una mano en la espalda. Dio un respingo y el miedo le paralizó por unos segundos hasta que escuchó la voz de Aitana.

—Soy yo —susurró.

Al girarse, vio la cara pálida de su amiga.

—¿Qué haces? ¿Estás loca? Casi me da un infarto —Se llevó la mano al corazón.

Aitana se colocó el gorro negro que tenía para taparse las orejas. Con un gesto de la mano le indicó que la siguiera para desaparecer de las posibles miradas indiscretas.

—¿Qué pasa? Me estás asustando.

—Deberías estarlo. —Continuó caminando hasta un parque cercano.

La densidad de los árboles les hacía ser menos visibles. Aitana se paró a la luz de una de las farolas. La idea de estar completamente a oscuras le provocaba verdadero pánico.

—Lo saben, Nicolás —susurró con la voz quebrada.

—¿Quién lo sabe? —respondió sorprendido—. Solo lo sabíamos nosotros y la inspectora.

—No. Enzo se lo confió erróneamente a Adrián.

—Eso es una locura. Era su mejor amigo. No pasa nada.

—¡Sí pasa! —gritó fuera de sí—. Han entrado en mi casa, y ayer se suicidó Hugo. ¿No te parece sorprendente?

—¿Hugo! ¡No puede ser! ¿Qué hacemos?

—No lo sé, pero tengo miedo. —Se frotó los ojos tratando de contener las lágrimas—. Nos van a ir dando caza. ¡Mierda! ¡No teníamos que haberle hecho caso! —gritó nerviosa—. Vamos a terminar todos igual que él.

—Eso ahora da igual. Ya es tarde. Lo hicimos por Javi. Debimos hacerlo entonces y nos callamos por salvarnos nosotros. Se lo debíamos, y lo sabes. —La agarró de la mano para tirar de

ella y abrazarla.

Estuvieron varios segundos abrazados hasta que Nicolás sintió que las respiraciones de Ariadna se iban estabilizando paulatinamente.

—¿Llevas toda la noche fuera de casa? —preguntó Nicolás con el ceño fruncido.

—Sí. ¿Qué iba a hacer? Han entrado en mi casa.

—¿Por qué no has llamado a Jimena?

—¿Para qué? Ya la escuchaste, la investigación no es oficial. Concretamente dijo: «de momento estáis solos», ¿o es que no te acuerdas?

Nicolás respiraba dejando un rastro de vaho en el aire por el frío de la mañana.

—¿Crees que Adrián ha fallado a Enzo? No me lo creo.

—Ah, ¿no? ¿Entonces quién ha sido? ¡Por Dios, Nicolás! Es la única fuga de información.

—Puede que no haya sido él directamente, que se lo haya contado a alguien… —Se rascó la barbilla, pensativo.

—¿Y Mia?

—Habrá desaparecido, como hace siempre.

—Genial, estamos solos.

—Tenemos que ir a trabajar. Venga, vamos a andar, así a lo mejor nos tranquilizamos.

Aitana le metió el codo para que le soltara el brazo.

—No quiero caminar, quiero una solución. ¿No te das cuenta de que la siguiente soy yo? Me están buscando ahora mismo.

—Vale, vamos a tranquilizarlos.

—Tenemos que hablar con Eva, decírselo.

—Eso no es ninguna solución, ¿qué esperas que haga Eva? Supongo que también estarán detrás de ella.

—¿Y las niñas?

—No lo sé… —dudó—, pero tienes razón, tenemos que avisarla.

Aitana abrió los ojos en el momento en que caviló una buena idea.

—Podemos hablar con Adrián, debería publicarlo en el periódico en el que trabaja. Si la información se hace pública, no podrán matarnos.

—¿No recuerdas lo que pasó con la periodista que nos quiso ayudar hace años? Le arruinaron la vida.

—Tienes razón. Por eso no tiene nada que perder. Ahora sí tenemos la información, y a Jimena.

—Primero tenemos que pasar por mi trabajo. Tengo la lista que Enzo me pidió de los movimientos del dinero que han ganado.

—Está bien, vamos.

Ambos estaban pensativos. Anduvieron en silencio hasta el metro. Avanzaron hasta la estación y esperaron en el andén sin dejar de prestar atención a su alrededor. Cualquiera podía estar ayudando a quienes los querían matar. Querían seguir con vida, jamás debieron dejar solo a Javi, pero solo eran unos niños. Siempre se habían considerado una familia en la que se protegían unos a otros, pero le fallaron. Lo único que hicieron fue mirar paralizados cómo se lo llevaban. Aquel día fue diferente, una mujer mayor, rubia y alta, vino a verle, y un hombre, que según contó el propio Javi, era médico, le hizo muchas pruebas para conocer el estado de salud en que se encontraba. Tenía ocho años cuando se lo llevaron. Ya había pasado más veces. El médico le hacía pruebas al escogido y, si era considerado apto, desaparecía. Nunca más le volvían a ver.

Habían pasado muchos años desde entonces. Enzo era el más mayor, aquel en el que

pusieron la confianza de que los salvara. No lo hizo y se sintió culpable por no haber impedido que se llevaran a Javi. Intentó redimir el error de quedarse quieto por el miedo, pero cuando tenía las pruebas necesarias, le asesinaron. Años de esfuerzo y sacrificio le hicieron encontrar aliados, pero también enemigos. Recurrió a Nicolás cuando pensó que se encontraban a salvo, que tenían las pruebas irrefutables de la venta de niños que nadie reclamaba y que no estaban registrados en el orfanato. El día en que los amigos del orfanato habían quedado para cenar, fue para anunciar la noticia de que al fin harían justicia a Javi. Sin embargo, la idea se esfumó cuando Enzo no apareció.

Las miradas perdidas en el vagón, la gente leyendo, escuchando música u observando el móvil era el panorama en el que se encontraba cualquiera que utilizara el metro. Aitana y Nicolás no hablaron durante el trayecto. Aitana sentía el miedo en el ambiente y Nicolás pensaba en buscar soluciones para salir con vida de la situación. No sabían cómo acabarían, pero el miedo sería una constante en su vida si no conseguían cerrar la puerta que Enzo jamás debería haber abierto.

Se bajaron en la parada que conducía al edificio donde Nicolás trabajaba. Aitana seguía inquieta los pasos de su amigo. Las ojeras habían adquirido un ligero color marrón y reflejaban la falta de descanso de la noche anterior. Nicolás deseaba contarle la verdad a Eva, quizá pudiera ayudar de alguna manera. Aitana siempre estuvo enamorada de su marido y lo conocía incluso mejor que ella. Estaba totalmente convencida de que se habría cubierto las espaldas durante la investigación. Era constante y trabajador. Nunca habría permitido que el tedioso trabajo de desenmascarar la red de tráfico de menores, de la que él mismo era testigo, saliera impune tras su muerte. Él no lo permitiría. Andaba sin pensar, cabizbaja y siguiendo los pasos de Nicolás sin cuestionar dónde iba y la lógica que seguía. Estaba agotada, tanto mental como físicamente. Deseaba que todo acabara de una vez por todas. Los zapatos de Nicolás se detuvieron y levantó la mirada.

—Espérame aquí. Cojo el archivo y bajo, ¿vale?

—Vale, pero no tardes, por favor.

—Tranquila, no lo haré. Quédate aquí, al lado de la puerta. No te muevas.

Aitana asintió, abrazándose destemplada por el frío y la falta de descanso. El sol aún calentaba de manera escasa.

Nicolás se colocó las gafas antes de desaparecer por la puerta. Al cruzar el acceso, se sintió esperanzador de encontrar la solución al problema que se les venía encima. Solo tenían dos opciones: vivir o morir. Y él quería vivir.

Capítulo 30

Elsa no sabía qué hacer cuando vio a su madre desmoronarse y llorar desconsoladamente ante las duras palabras de Adrián. Tenían a una mujer que no conocían de nada en el sofá y que, según habían escuchado, necesitaba ir al hospital porque había perdido mucha sangre. Carolina era la opción más adecuada, ya que era médico y la mejor amiga de su madre. «Ella sabrá qué hacer», es lo que pensaba mientras esperaba a que descolgara.

Tardó unos minutos en llegar y, sin dejar de abrazar a Eva, llamó a urgencias para que una ambulancia trasladara a Mia a un hospital. Fueron en la parte de atrás del coche de Carolina en un completo y profundo silencio. Elsa sabía que su madre estaría esperando a quedarse a solas con Carolina para contarle lo que había ocurrido, así que las hermanas no se hicieron las remolonas y no tardaron en darle ese placer. Necesitaba desahogarse y tomar una decisión con alguien de confianza.

Habían pasado la larga noche en las butacas de la sala de espera del hospital.

Elsa despertó con la claridad de los focos dándole en la cara. Normalmente no podía dormir con luz, pero el cansancio que tenía en el cuerpo ganó la batalla y al final se quedó dormida. Abrió los ojos y habían pasado dos horas desde que lo miró la última vez. Al menos había descansado un par de horas. Dunia estaba en la butaca de al lado con la boca medio abierta y roncando. Buscó a su madre con la mirada. La encontró con Carolina al lado de la máquina de café que se veía a través de la cristalera de la sala. Parecían preocupadas. Desde la posición en la que se encontraba no se escuchaba absolutamente nada, así que se resignó a esperar a que volvieran y se desplomó en el asiento.

Habían decidido tomarse un café cargado mientras esperaban a que el médico les diera el diagnóstico de Mia. Eva le había contado lo que había ocurrido con la mujer, según sus hijas, y lo que Adrián le había dicho. Carolina estaba sorprendida por el relato, ya que Adrián no se caracterizaba por las salidas de tono. Era tranquilo y prudente.

—Es mejor que dejes las cosas como están —le aconsejó Carolina sin dejar de dar vueltas al café.

—No puedo. Tengo que solucionarlo. Si no consigo llegar al final de esto, siempre estarán persiguiéndome.

—Pero, Eva, no digas tonterías. No van a ir a por ti, porque no sabes nada.

—¿Y quién te dice a ti que ellos piensan eso?

—No creo que sean tan tontos.

—Ella ha ido a mi casa. —Señaló la habitación donde estaba Mia aún inconsciente—. No tardarán en averiguarlo, y pensarán que yo sé algo. —Hizo un silencio y resopló—. ¿Qué otro motivo hay para que fuera a mi casa?

—Que Enzo era su amigo.

—En ese caso, podría haber ido a la de Nicolás o Aitana. Ellos también la conocerán, ¿no? —Movió la cabeza de un lado a otro—. No sé, Carol, estoy confundida y aturdida. Creo que cuando hable con ella descubriré la verdad.

—¿Estás pensando que era su amante? —preguntó con las cejas levantadas y entre risas—. Venga, estarás de broma.

Eva suspiró, sin decir nada. Un leve tono sonrojado se instaló en su rostro.

—Enzo nunca te engañaría. Además, si fuera así, su amante no sería tan tonta como para ir a buscarte, ¿no te parece? —susurró.

—Ya, puede ser. —Bebió lo que le quedaba del café y tiró el vaso de plástico en la papelera que había junto a la máquina.

—Vamos —dijo mirando la sala de espera—. Elsa ya se ha despertado. —Terminó el café de un sorbo.

Llegaron a la sala ante la mirada gélida de Elsa.

—¡Menos mal! Habéis tardado mucho en hablar. ¿Sabemos algo de Mia?

—No, hija. —Le acarició el pelo—. Todavía no ha venido el médico.

—Estará bien. No era una urgencia, por eso tardan más. No os preocupéis. —Cogió el abrigo y el bolso que había dejado en una de las sillas de la sala de espera—. Luego hablamos, ahora tengo que irme.

—¿No puedes quedarte? —preguntó Eva.

—Lo siento, pero no puedo. Me comprometí con Ariadna en acompañarla a recoger unos resultados médicos que le dan hoy y no puedo dejarla sola. —Le cogió la mano—. Luego voy a casa y cenamos todas juntas, ¿vale?

—De acuerdo. ¿Te importa llamar a Adrián? Pregúntale, a ver si consigues que te diga algo de esos secretos que guardaba Enzo.

—Eva, lo dijo por decir. Por favor, no le des más vueltas a una tontería de ese calibre. Estaba fuera de sí, como vosotras, y soltó palabras sin pensar.

Elsa se acomodó en el respaldo de la butaca, cruzó los brazos y bufó varias palabras con un hilo de voz indescifrable.

—¿Qué pasa? —preguntó su madre.

—No, nada.

—¿Sabes algo que debamos saber? —intervino Carolina con la cabeza ligeramente inclinada como reacción al tono de Elsa.

—Es un cobarde, como su hija. Ayer nos dejaron tiradas en cuanto vieron lo que estaba pasando. Muy buenos amigos, sí señor. —Arrugó los labios y asintió con la cabeza.

—Ya. Bueno, supongo que no todos afrontamos el miedo de la misma manera. Además, Blanca es una niña, no se lo podéis tener en cuenta.

Dunia abrió los ojos. Había escuchado la conversación desde hacía varios minutos mientras se hacía la dormida para no interrumpir y que continuaran hablando. Había escrito varios mensajes a Blanca y no le había contestado a ninguno. Estaba claro que no quería correr ningún riesgo y había decidido desaparecer.

—Ni siquiera tuvo la decencia de despedirse. En cuanto tuvo ocasión llamó a su padre y se marchó sin más. Si te he visto, no me acuerdo. —Se encogió de hombros, dolida.

—Venga, chicas, dadle unos días, que esté más tranquila y haya tenido tiempo de pensar. Pasó mucho miedo, es normal.

Eva se sentó junto a sus hijas y les dio la mano con la intención de tranquilizarlas. Quizá había sido un malentendido y solo había que hablar las cosas. Siempre pensó que Blanca se parecía a su madre, pero después de la noche pasada tenía serias dudas de que fuera tan leal como Elena.

—¡Esto no tiene arreglo! —Dunia se incorporó y comenzó a llorar—. Papá solo nos ha dejado desgracias y muertos. ¿Acaso no lo ves?

Eva la abrazó y le colocó la cabeza sobre su hombro para que llorara y se tranquilizara. A veces llorar es el mejor remedio. Para ella era como vaciarse y volver a empezar. Por ello pensó que quizá a Dunia le sentara bien deshacerse de lo que había estado guardando para comenzar a ser más fuerte. Carolina se acercó y le acarició el hombro.

—Tengo que irme. Luego os veo y me contáis. —Le dio un beso a cada una en la cabeza y salió de la sala.

Elsa observaba la gélida e inexpresiva sala en la que se encontraba. En los hospitales, todas eran iguales. Paredes blancas con colores celestes y cristaleras por todas partes. «Visto un hospital, vistos todos», pensó para sí, intentando distraerse de la realidad. Estaban solas en aquella sala, pero en la contigua había varias personas. Decidieron entrar en ella, sin deshacerse de la idea de que las seguían. Después de tantas horas, se les había pasado un poco la sensación, pero estaba latente en su interior. En el momento en que volviera a ocurrir una situación extraña volvería a florecer el pánico.

Un médico de urgencias entró por la puerta con las manos en los bolsillos de la bata blanca. No era el mismo que les había atendido por la noche.

—Hola, ¿son ustedes las acompañantes de Mia…? —No sé sabía el apellido.

—Hola. Sí, sí, somos nosotras. —Eva se levantó rápido del asiento.

—¿Está bien?

—Sí, está perfectamente gracias a usted. Me han contado lo que hizo. Supongo que cuando estudió veterinaria nunca pensó tener que sacar una bala a una persona —soltó una carcajada.

—La verdad es que no. —Le devolvió la sonrisa, impaciente por saber cómo se encontraba Mia.

—Bueno, podéis pasar a verla.

—¡Genial! Muchas gracias. —Le dio la mano con gratitud.

Salían por la puerta cuando el médico volvió a hablar.

—Ah, se me olvidaba, la Policía está en la habitación, por lo del disparo. —Apretó los labios y subió las cejas—. Cuando salgan, podrán entrar. Pueden esperar en la puerta. —Agitó una de las manos que sacó del bolsillo, animándolas para que se pusieran en marcha.

—Gracias de nuevo.

La mandíbula de Eva se tensó. Esperaba que no hubiera ningún malentendido y no resultaran perjudicadas por ayudarla.

Buscaron el número de habitación y, según iban llegando, la puerta se abrió.

—¡No me lo puedo creer! —Al tirar, una amplia sonrisa inconsciente apareció en la comisura de los labios.

Jimena alzó la vista al escuchar su voz. Sonrió y caminó más deprisa para llegar a su posición.

—¡Eva! Menos mal que estáis bien. —Abrazó a Dunia y Elsa, dejando las muñecas a la vista.

—Ese tatuaje. —Señaló la muñeca de la inspectora.

El dibujo de una O tachada con una X era un tatuaje que tenían los que estuvieron y sobrevivieron al orfanato, como símbolo de la fuerza que iban a necesitar para seguir adelante después de lo vivido. Aquel tatuaje era compartido por Enzo, Nicolás, Aitana y ahora, sorprendentemente, por Jimena.

—Siento no habértelo dicho antes. Pensé que era lo mejor para protegerte. Yo también conocía a Mia.

—Vamos dentro, es mejor que nadie nos escuche.

Empujó a sus hijas para que entraran en la habitación. Echó un vistazo a la gente que había

en el pasillo.

El teléfono de Jimena empezó a sonar. Lo sacó del bolsillo de la chaqueta y vio quién le llamaba. La reacción fue de extrañeza. «Nicolás».

Capítulo 31

—¿Qué pasa, Nicolás? Estoy en el hospital con Eva, han disparado a Mia —susurró, alejándose unos pasos del resto.

—Tienes que venir, Jimena. Estoy en la puerta del trabajo. —Su voz sonaba rota y llena de preocupación. Las palabras se atropellaban.

—Tranquilízate. ¿Qué pasa? —repitió.

—Aitana me estaba esperando aquí, en la puerta, y ha desaparecido.

—Puede que se haya marchado sin avisar —dijo con el ceño fruncido y confusa.

—¡No! Se la han llevado. Vino a buscarme porque estaba aterrorizada. Tenía miedo y la sensación de que la seguían. —Resopló—. Puede que no fuera solo una sensación.

—Llevamos años pensando que nos siguen y que nos van a matar, ¿por qué iba a cambiar algo ahora? —argumentó sin estar convencida de sus palabras.

La mirada de Eva se cruzó con los ojos preocupados de Jimena. Nunca la había visto como una persona débil hasta ese momento. La mente de Eva empezó a hilar ideas sueltas y los sucesos de los últimos días. Todos sabían que Enzo había sido asesinado, incluso Jimena. Supuso que la quiso alejar de la pesadilla en la que se había metido, pero al hacer caso omiso a las indicaciones de la inspectora, ahora estaba tan involucrada como ellos. Notó de nuevo las vibraciones del móvil.

«Otra vez Daniela. ¡Qué raro!».

—Ahora vengo, Daniela me está llamando. No sé qué querrá —explicó a Dunia, que se había colocado junto a la cama en la que Mia seguía dormida.

Anduvo hasta la puerta y miró a Jimena, a la que le enseñó la pantalla del móvil con la llamada entrante. Antes de salir de la habitación, la escuchó despedirse de Nicolás.

—Está bien. Espérame ahí, voy a ahora mismo.

La inspectora estaba conmocionada; los niños, ahora adultos, que estuvieron en el orfanato y habían intentado durante tantos años hacer frente a los abusos, estaban siendo amenazados. Iban a conseguir acallarlos y lo harían matándolos, como habían hecho con Enzo. Avanzó unos pasos hasta las chicas. Cogió a Elsa de la mano e intentó serenarse para no trasmitirles el peligro de la situación.

—Me tengo que ir, están ocurriendo… cosas. Voy a mandar a un agente para que esté con vosotras. Quiero que os quedéis con Mia, ¿vale?

Asintieron, sacando la máxima valentía que tenían en su interior.

—Cuando se despierte —señaló a Mia con la cabeza—, tenéis que preguntarle quién ha intentado matarla y me llamáis rápido para decírmelo.

—De acuerdo. ¿Cuándo vendrá el policía? Tengo miedo. —Los ojos de Elsa reprimían un llanto que estaba a punto de estallar.

—No tardará mucho, ahora mismo le llamo. —Sacó el móvil del bolsillo del pantalón.

—¿No te puedes esperar hasta que venga? —preguntó Dunia.

—Tengo que irme, pero vuestra madre se quedará con vosotras.

—Por favor, quédate. Van a venir a matarla y no tenemos como defendernos —suplicó Elsa con una lágrima en una de sus mejillas.

—Entiendo que tengáis miedo, pero tenéis que ser fuertes. Además, abajo hay agentes de seguridad, por si ocurre cualquier cosa.

Dunia soltó una gran carcajada.

—En el hospital puede entrar cualquiera. Si entrara un psicópata, se darían cuenta tarde, cuando ya estemos muertas —razonó Dunia.

—Esperad un momento, voy a llamar a mi compañero.

La inspectora buscó a Eva con la mirada, debían hablar. Se había alejado unos metros. Mientras hablaba con Daniela, había andado sin rumbo hasta terminar en la máquina de café. Jimena creyó que no le haría mal un café mientras esperaba a que colgara. Cogió el monedero del bolso y sacó las pocas monedas que llevaba. Tenía el dinero exacto para un café y unos pocos céntimos sueltos que sospechaba que siempre eran los mismos y no conseguía deshacerse de ellos. Apretó los labios e introdujo las monedas. No había terminado de salir el café cuando Eva colgó la llamada.

—Jimena, esto no me gusta. —Se frotó los ojos para no llorar—. Te voy a enseñar una foto para que me confirmes si son las personas implicadas en la muerte de mi marido.

—Vale.

—¿Me dirás la verdad?

—Sí, creo que debes saberlo.

—De acuerdo. —Le enseñó la pantalla con la foto que le había enviado Daniela, en la que aparecían Carolina, Raquel y Patricia—. ¿Tienen algo que ver en todo esto?

—Sí. —Tragó saliva.

Sonó el pitido para que recogiera el café, pero no lo hizo.

—¿De qué manera están implicadas?

—Se encargan de comunicar quiénes sirven.

—No te entiendo. ¿De qué va todo esto? Esta es mi mejor amiga desde que éramos pequeñas, y esta otra es mi ayudante en la clínica veterinaria. El otro día incluso nos entraron a robar, pero no se llevaron nada.

—Ya lo sabía. Están utilizando el miedo psicológico para que os quitéis del medio. Si no lo hacéis, terminaréis en el mismo lugar que Enzo.

—Necesito que me expliques qué está pasando. Pensé que lo que estaba ocurriendo tenía que ver con el orfanato.

—Así es, pero reclutaron a tu amiga hace muchos años. Raquel es gerente del tanatorio, y su marido, quien le hizo la autopsia a Enzo. Necesitaban una médica que apuntara maneras para que les pasara la información y encontraron a dos, Ariadna y Carolina. Patricia es la que traslada, habla y gestiona las peticiones de órganos de los clientes.

—¡Eso es imposible! La conozco desde hace años.

—No la conoces, y no es tu amiga. Al menos, ya no. Raquel la reclutó porque estaba dentro del círculo de Enzo, pensó que así le mantendría con la boca cerrada y no volvería a remover el pasado, pero le dio igual. Claro que… Cuando supo que ella era quien les pasaba los datos de los historiales médicos, se quedó atónito.

—¿Fue entonces cuando supo que estaba en peligro?

—Exacto.

—Carolina y Ariadna comprueban los historiales de la gente para que los maten. Venden sus órganos. ¿Es eso lo que me quieres decir?

—Sí, eso es. Leopoldo trabaja haciendo las autopsias, así que nadie se va a dar cuenta si les falta un órgano. Amaña los informes, sacan el cuerpo al tanatorio de su mujer y luego cobran. —

Levantó los hombros, resignada.

—¿Tenéis pruebas?

—Ahora sí. Incluso del blanqueo de dinero, gracias a Nicolás, que trabaja en Hacienda.

—¿Y qué tiene que ver esto con el orfanato?

—Empezaron su negocio con los niños que nadie reclamaba. A los niños que nadie quería y que nadie iba a querer. —Las lágrimas empezaron a brotar de los ojos de la inspectora.

—Os podía haber tocado a vosotros, ¿no?

—Eso es, le tocó a nuestro pequeño Javi porque era compatible con un cliente de esos dos malnacidos. Fue pura casualidad. —Se llevó las manos a la cara y se tapó con ellas—. Cualquiera de nosotros podríamos estar muertos ahora mismo. En cuanto pudimos, nos fuimos de allí, pero no podíamos dejar pasar lo que ocurría. Había más niños que lo iban a sufrir. —Se sentó en una de las sillas, devastada por lo que estaba contando. Hacía años que no contaba la historia en voz alta. Al escucharla, todavía se sentía culpable. Aún le dolía recordar cómo se llevaron a Javi. Que no hicieron nada—. Lo siento.

Eva se sentó a su lado y le acarició la espalda con cariño para intentar que se tranquilizase.

—No te preocupes, vamos a arreglar esto.

—Cuando salimos del orfanato, Enzo y yo buscamos un periodista que nos ayudara a contar la historia y a hacer justicia. Fue entonces cuando encontramos a Mia. Nos ayudó a todos a salir adelante. A ser lo que somos. —Miró a Eva a los ojos—. Por eso no puedo dejar que le pase nada.

—Ahora entiendo por qué Enzo me dijo que buscara a Mia. Que lo entendería todo. —Asintió con una sonrisa.

—Eva, tienes que quedarte con Mia.

—¡No!, ¡voy contigo!

—No, te necesito aquí. Ahora vendrá mi compañero para custodiar la puerta de la habitación. Así vosotras estaréis seguras. Aitana ha desaparecido, se la han llevado para callarnos la boca. —Se levantó y fue hacia la máquina para coger el café—. Tómatelo, lo vas a necesitar.

Jimena anduvo hacia la puerta y Eva la cogió por el brazo antes de que se marchara.

—¿Estarás bien? —preguntó preocupada.

—Eso es lo de menos, Eva. Lo importante es terminar con esto y que salga la verdad a la luz. No te preocupes por mí, de verdad. No vuelvas a hablar con Carolina, pronto descubrirá que lo sabes y querrán quitaros del medio a las tres.

—Es mi amiga —dijo convencida.

—No, Eva, algún día fue tu amiga, hace mucho que no lo es. Vendió su alma al diablo hace tiempo.

—¿Sabía que iban a asesinar a Enzo?

—Claro que lo sabía. Pero tenía el papel de amiga protectora y ha cumplido las expectativas con creces. No la debisteis haber llamado. Ahora sabe dónde está Mia. Estate preparada para cualquier cosa, ¿vale?

—De acuerdo, lo estaré.

Se dieron un abrazo y Jimena abandonó la sala para ir a buscar a Aitana.

Capítulo 32

Carolina se atusaba el pelo inconscientemente mientras releía de nuevo el informe de los resultados de paternidad. Su sueño se había hecho realidad. El padre era Adrián. Aunque su mente era un mar de dudas, no sabía cómo podría reaccionar. Su corazón le decía que no se haría cargo del niño, y menos aún lo reconocería. Sin embargo, no quería perder la esperanza de que se hiciera realidad la vida que siempre había querido tener a su lado. Apretó los puños al coger la sábana de la cama y se tumbó hacia atrás, despacio. Miró pensativa hacia el techo. Había dado mil vueltas a las diferentes maneras de decírselo, pero ninguna le pareció la adecuada. Sentía alegría, pero también miedo de lo que pudiera ocurrir. Era el momento más difícil de su vida. Pasaba de la sonrisa a las lágrimas en cuestión de segundos. Se tocó la barriga con una gran sonrisa de felicidad. «¡Voy a ser madre!». Quería gritarlo a los cuatro vientos, pero recordó que antes de solucionar su vida privada tendría que arreglar el entuerto que Enzo había iniciado por culpa de su testarudez.

Cogió el móvil sin dejar de sonreír y marcó el número de Raquel. Tenían que buscar una solución. Aunque en realidad solo tenían una salida para no terminar en la cárcel: matar a todos aquellos niños que salieron con vida del orfanato y no eran capaces de mantener la boca cerrada.

—¿Qué diablos pasa, Carol? Pensé que tenías controlada la situación.

—Sí, no os preocupéis, cuando den el alta a Mia la mataremos y asunto resuelto.

—¿Eres tonta? No podemos matar a todo el mundo. Aunque parece que es inevitable, ya van tres —susurró.

—¿Cómo que tres? —preguntó con la voz entrecortada.

—Por tu culpa van a morir más, pero lo vas a hacer tú, si no quieres que te delatemos y digamos que tú nos coaccionabas. —Comenzó a reír—. Nosotros somos gente reputada, tú eres una médica del tres al cuarto. Recuerda que sin nosotros no eres nadie.

Apretó los dientes con ira al escuchar las palabras de Raquel.

—No te preocupes. Esta *doña Nadie* va a salvar vuestro reputado culo —recalcó con dureza.

—¡Más te vale! Por cierto, esos humitos te los guardas, *doña Nadie*, ¿entendido? No te pases, o mañana estarás muerta tú y tu precioso bebé nonato. —Rio maliciosamente—. Todo lo que pasa llega a nuestros oídos de una manera u otra. Trabajamos con gente influyente que no quiere que se sepan sus secretos y miserias. No hay nada que ocurra sin que nosotros demos el beneplácito para ello. —Hizo un silencio y la respiración sonaba en el otro lado del teléfono tan fuerte que a Carolina le chirriaron los dientes—. Bueno, entonces, ¿lo has entendido o no?

—Lo he entendido perfectamente. Gracias por tu preocupación —afirmó sarcástica.

—¡Genial! Aitana ha muerto. La hemos drogado y asfixiado. Cuando la encuentren, Leopoldo le hará la autopsia, y si te portas bien, no dirá que fue una droga sacada con tu recetario. —Las carcajadas se volvieron intensas y punzantes—. Mata a esa zorra de Mia, estoy harta de verla por todas partes y que no deje de molestar. Llevaba muchos años calladita hasta que apareció Enzo otra vez.

—Está bien. ¿Alguna sugerencia?

—Hazlo como te dé la gana, pero que no te pillen. Drógala, utiliza tu recetario. —Carolina notaba sus palabras clavándose en su oído—. Después la asfixias y la tiras por donde puedas.

—Está en el hospital.

—¿Y a qué estás esperando? Más te vale que no empiece a hablar antes de que la mates. Leopoldo ha fallado el tiro. Estaba muy oscuro.

—Bueno, luego hablamos. Tengo cosas que hacer.

—Vale. *Chao*.

Colgó la llamada con la respiración jadeante. Estaba perdida.

«¿Cómo voy a matar a Mia si está en el hospital? Es imposible. Además, estará Eva».

La cabeza no dejaba de darle vueltas. Cuando abandonó el hospital, vio a Jimena. Era cuestión de tiempo que Eva supiera quién era en realidad y lo que había estado haciendo desde hacía años. Deseaba que Jimena no supiera que estaba involucrada, pero era imposible. Enzo lo había descubierto y por eso tuvo que asesinarlo con la ayuda de su amante, Alfredo. El día que vieron las imágenes del asesinato tuvo el corazón en un puño por si salía el rostro de Alfredo.

«¡Menos mal! Tuvimos suerte, pero no la vamos a tener siempre».

—¡Joder! ¡Joder! —Cogió la lámpara de la mesilla de noche y la tiró al suelo.

Las primeras lágrimas aparecieron para no irse. La vida perfecta que se había montado se estaba desmoronando por momentos. Ahora se había convertido en una asesina. Por unos segundos, pensó que, si Eva continuaba con la idea de buscar al culpable, el momento de tener que matarla no tardaría en llegar.

Se restregó los ojos para secarse las lágrimas y se arrodilló en el suelo para recoger los trozos rotos de la lámpara. Las lágrimas continuaban brotando sin parar. Se detuvo por un momento con una de las manos ensangrentadas al coger uno de los pedazos rotos. Lo dejó caer y observó su propia sangre cayendo en la alfombra de la habitación.

«La próxima seré yo. Así ya tendrán el chivo expiatorio que necesitan».

Tragó saliva y apretó la herida con parte de su vestido, para coger el móvil con la mano libre y llamar a Alfredo. Necesitaba que volviera a matar por ella. Él también estaba en el mismo barco, pero Raquel solo le utilizaba cuando eran expedientes a los que Ariadna o ella no tenían acceso.

Debía convencer a Alfredo de que lo hiciera, pero ¿cómo? Carolina necesitaba que matara a Mia y a todos aquellos que irían después. Ella era incapaz, aunque sabía que tarde o temprano tendría que hacerlo. Fue entonces cuando se le ocurrió la única opción que tenía para convencerlo de que matara por ella.

—Le diré que es el padre del niño —se dijo con un hilo de voz.

Necesitaba pensar el discurso que iba a ser la invención más importante de su vida. Era decisivo que Alfredo se sintiera en la obligación de matar a Mia. Luego tendría que matar a Eva, casi con total seguridad. Nicolás no era un estorbo por el momento. Era un cobarde. En cuanto a Jimena… debía esperar. Quizás, si las cosas se iban solucionando, la mataría la propia Eva en cuanto se enterase de la verdad de su marido.

Bajó las escaleras, apoyada en la barandilla con sumo cuidado y el vestido manchado de sangre. No sabía si el malestar era por lo que estaba ocurriendo, los nervios de la situación, o por el embarazo. Se haría algunas pruebas para saber que todo estaba bien y su bebé se desarrollaba de manera adecuada. Llegó a la cocina y abrió la nevera. Tenía calor. Estaba sudando y la cabeza le daba vueltas. Sintió un pinchazo en el interior del cuerpo.

—Los nervios me están jugando una mala pasada.

Cogió la botella de agua que tenía en la nevera y bebió un gran sorbo. Acto seguido se sentó en una de las sillas de la cocina. Se sentía tremendamente mal. Se secó algunas de las gotas de sudor que escurrían por la frente con la manga del vestido.

Sintió líquido recorriendo sus piernas. «¡Qué raro!». Se miró el vestido y no vio nada. Sin embargo, se sentía húmeda. Levantó el vestido con dificultad, ya que los mareos eran cada vez más fuertes. Su piel se había vuelto blanquecina y cada uno de sus poros desbordaba gotas de sudor. Un sudor frío que no cesaba. Comenzó a ponerse excesivamente nerviosa. Era incapaz de mantener la calma. No veía nada. Se puso de pie, agachó la cabeza, y fue entonces cuando vio regueros de sangre corriendo por sus piernas.

—¡Oh, Dios mío! ¡Mi bebé! ¡Mi bebé! —gritó con una voz débil que se difuminaba en el aire de la cocina.

Se agarró a la silla y se sentó en el suelo frío, manchándolo de sangre hasta que se quedó inconsciente.

Capítulo 33

Emilio había hablado con Lucián. Ahora no se veían tanto como cuando ambos trabajaban. Se hicieron amigos hacía muchos años y, a pesar de que el tiempo los había alejado, seguían teniendo una amistad por la que parecía que no pasaban los años. La llamada de socorro que le hizo Emilio le llegó al corazón. Había sido un alto cargo de la Policía, pero de eso hacía ya muchos años. A pesar de ello, aún tenía influencia y podía conseguir información de quien quisiera con solo una llamada. Estaba jubilado, igual que Emilio, pero él decidió comprarse un barco e irse a vivir a la costa. Le encantaba el mar y pasar largas horas en la playa con los ojos cerrados y escuchando únicamente el romper de las olas. La voz de Emilio a través del móvil le sacó de la ensoñación.

Investigó quién era la mujer joven con la que chocó en el tanatorio. Para dar con ella tuvo que hacer muchas llamadas y componer la información que iba obteniendo acerca de la vida de Enzo. Lo que descubrió le dejó con el corazón en un puño.

«¿Cómo le cuento que su vida ha sido una mentira?». Conocía lo que había pasado con Pilar. Siempre le había parecido una mujer sencilla y resignada por las aventuras de su marido. Ahora, con la verdad y el certificado de nacimiento delante de él, no dejaba de menear la cabeza, incrédulo por el descubrimiento. La imagen de Pilar había cambiado. Siempre hay un motivo que te hace tomar una decisión u otra, eso lo entendía. Pero ¿por qué ocultarle que tenía un hijo?

Tenía un peso sobre los hombros del que necesitaba deshacerse lo antes posible. Echó un vistazo a las impresionantes vistas que tenía a través de la ventana y se quedó absorto con las olas que azotaban la costa mientras la vida continuaba. Dio un sorbo al té depurativo que tomaba todas las mañanas y volvió a leer el certificado de nacimiento. Deseaba con todas sus fuerzas haber leído mal. No fue así. Cogió el móvil y con el número de Emilio en la pantalla, suspiró profundamente con la intención de liberar tensiones y coger fuerzas para destrozarle la vida a un gran amigo. Incluso dudó si continuar con el secreto, pero no podía hacerlo. Pensó que siempre era mejor saber la cruda verdad que vivir con una dulce mentira. Así que, al fin, y después de muchas dudas, pulsó el botón de llamada. Esperó unos largos segundos mientras los dedos envejecidos y llenos de manchas tamborileaban en la mesa. Su mirada estaba inmóvil en el vaso de té medio vacío.

—Ey, Lucián. ¡Qué rápido has sido! Espero que sean buenas noticias —descolgó alegre.

«Va a ser más difícil de lo que creía…».

—Sé quién es la chica, pero mientras investigaba su identidad, me he topado con un tipo de información que no te va a gustar nada de nada… —Se produjo un silencio en el discurso. Empezó a rascarse la calva, nervioso.

—Bueno, pues tú dirás. Has conseguido toda mi atención. —El tono de voz se había tornado perplejo e intrigado.

—Cómo quieras. ¿Estás solo?

—Sí, Pilar se ha ido a gimnasia de mantenimiento.

—De acuerdo. —Una pausa de silencio volvió a aparecer, con las dudas de cómo decirlo—. Para mí es complicado tener que decirte algo tan desagradable, la verdad.

—Venga, nada puede ser tan malo. No eres médico ni me vas a decir que me muero. —Soltó

una risa.

—Bueno, sí lo miras así, no es tan malo. Está bien. —Se llenó de valentía—. ¿Qué noticia quieres primero?, ¿la buena o la mala?

—La identidad de la chica. Tengo una curiosidad que me corroe por dentro desde hace días.

—Está bien. La chica se llama Sandra, es la hermana de Enzo.

—¿Cómo que la hermana de Enzo? Pensé que era hijo único. Pero bueno, tampoco me sorprende. Supongo que la madre le abandonó y luego tuvo una hija. Está bien. —Asintió—. Ahora la mala.

—La mala es que Enzo es hijo de Pilar. —Guardó silencio, esperando algún tipo de reacción.

—¡Eso es imposible! ¡No puede ser! Te has debido de equivocar.

—No, lo siento. Pensé lo mismo al principio, pero me he tomado la molestia de comprobarlo personalmente. Si no lo tuviera claro, no te lo habría dicho. Es cien por cien seguro. Pilar lo sabía. Incluso hacía pagos al orfanato para que lo cuidaran. Siempre supo dónde estaba y quién era.

Emilio no conseguía articular palabra. Nunca esperó escuchar una noticia de ese calibre. Ahora entendía muchas cosas de Pilar. Eva siempre se quejó entre risas de que parecía que quería más a Enzo que a ella. No era una idea descabellada. Después del jarro de agua fría, ahora sabía que era verdad.

—¿Estás bien, Emilio? Dime algo, Por Dios.

—Sí, tranquilo. Estoy procesando la información.

—Entiendo que ahora mismo te estará dando vueltas la cabeza. Habla con ella, que te lo explique. Pero es la verdad.

—Ya, entiendo. Pero, si dices que esa chica es la hermana —pensó durante unos segundos—. Será hermana de padre, ¿no?

—No, son mellizos. Pilar tuvo dos hijos. Pero Sandra tuvo más suerte que Enzo y se quedó a cargo de su padre. —La respiración de Lucián era jadeante y repleta de tensión, simbolizando el mal momento por el que estaba pasando en aquellos instantes tan duros para su amigo.

—Vale. —Exhaló aire—. ¿Quién es el padre?

—¿Estás seguro de querer saberlo?

—Claro que lo quiero saber. Necesito encontrar la explicación a que mi mujer me haya mentido durante tantos años. Ahora comprendo por qué quería un hijo a toda costa y solo cuando adoptamos a Eva su humor cambió drásticamente… —Meneaba la cabeza, incrédulo ante aquella información.

—Culpabilidad, con una mezcla de conciencia intranquila.

—Eso parece. ¿El padre? Por favor, Lucián, tienes que decirme quién es.

—Está bien. Recuerda que lo que te estoy diciendo es información clasificada. He tenido que sacar certificados médicos para conseguir la identidad del padre.

—Tranquilo, mis labios están sellados y mi gratitud es infinita.

—De acuerdo. El padre es Leopoldo Castillo López, es médico forense. No hace falta decirte dónde trabaja, lo puedes deducir. Es de buena familia, por eso pudo hacer lo que le dio la gana.

—Gracias, Lucián. Te dejo, tengo muchas cosas que hacer.

—Espera un momento, Emilio. La historia de Enzo y su padre psicópata no termina aquí.

—¿Qué quieres decir?

—La mujer de Leopoldo es la gerente del tanatorio. Tienen un negocio ilegal de venta de órganos. No he podido sacar mucha información, porque es clasificada y prácticamente no hay registros. Sin embargo, hay una periodista que sacó a la luz lo que hacían en el orfanato…

—Venta de órganos, ¿no?

—Exacto. Te he mandado el enlace de la noticia de hace años.

Emilio se despegó el móvil de la oreja y pinchó en el enlace. Su curiosidad iba en aumento. Bajó rápido la noticia, que leería después más detenidamente, para comprobar el nombre.

—Mia Alarcón Millán —murmuró con los ojos bien abiertos al comprobar la identidad de la mujer que estaba con su hija en el hospital

—¿La has leído? —preguntó Lucián intrigado.

—Sí, han querido matar a esa mujer. Está con mi hija en el hospital. Le han disparado.

—¿Qué?

—Es complicado. Pero parece que hay muchos secretos.

—Emilio, estoy preocupado. ¿Necesitas mi ayuda? Si quieres que vaya, solo tienes que decírmelo.

—No hace falta, pero necesito que hagas una cosa más por mí. Tengo la mala sensación de que van a intentar matarla.

—De eso no tengas ninguna duda. Es el eslabón perdido, hasta que no acaben con ella, no terminará su martirio. —Carraspeó—. ¿Qué más necesitas?

—¿Puedes conseguirme información de dónde puedo encontrar a la hermana de Enzo?

—Claro, vive con sus padres. O al menos, está empadronada ahí.

—Vale. Entiendo, entonces, que sabe todo el tinglado que sus padres tienen montado.

—Supongo, pero no sé si sabe que Enzo era su hermano y lo asesinaron.

—Ya… —Se acarició la barbilla, pensativo.

—Emilio, es gente que vende órganos de niños, carecen de corazón.

—Tienes razón.

Escuchó el ruido de la llave introduciéndose en la cerradura. Dio un ligero respingo por el sobresalto.

—Lucián, viene Pilar. Te llamaré. Gracias, eres un buen amigo.

—Vale. Estaré pendiente.

—Gracias.

—Emilio, una última cosa.

—Dime.

—Ten mucho cuidado y no te fíes de Pilar, es una mentirosa. Estoy seguro de que sabe más de lo que parece. Recuerda que pagaba al orfanato. Te lo ha ocultado durante años y vete tú a saber qué más —continuó—. Te mando más fotos de la hermana para que la puedas identificar. Es mejor que estés prevenido —le alertó.

—Lo sé. Gracias, de nuevo.

Colgó el teléfono y se dirigió a Pilar con una falsa sonrisa. Había urdido un laborioso plan para que no sospechara nada. Vigilaría sus movimientos de cerca hasta encontrarla en un aprieto que la dejara en evidencia y no pudiera escapar de las mentiras que durante años había escondido. Aunque a veces los planes se tuercen.

Capítulo 34

Pilar todavía se encontraba en la puerta con las llaves en la mano cuando Emilio asomó la cabeza. Le dolía el corazón al recordar las palabras que Lucián le había dicho. Era difícil de creer, porque la verdad era demasiado dolorosa. La tenía delante y era incapaz de reconocerla. La realidad había cambiado, su vida había cambiado. No conocía de nada a aquella mujer con la que había pasado casi toda su vida. ¿Cómo había sido capaz de mantener aquella mentira durante años?

—¿Qué haces? —preguntó Pilar al acercarse para darle un beso.

Pensó si apartarse o no. Solo tenía odio para ella, pero debía seguir el plan para salvar a su hija. Sabía que no tardarían en querer quitarla del medio también. No confiaba en que Pilar hiciera algo para impedirlo, ni siquiera lo había hecho por su propio hijo, menos lo haría por la hija adoptada. La duda se cernía, cada vez más grande, en el corazón de Emilio.

«¿Sabrá lo que Leopoldo y su mujer están tramando?». La misma pregunta se repetía en su cabeza una y otra vez. Estaba absorto en sus pensamientos y Pilar le notó raro. Podía intentar ocultar los sentimientos de repulsión que le provocaba Pilar, pero no lo conseguiría en un largo periodo de tiempo. Nadie puede fingir amar a otra persona sin que salgan a relucir los verdaderos sentimientos.

Pilar colgó el abrigo y sacó el móvil del bolso que colgó en la misma percha. Sonrió a Emilio, el cual la miraba ausente, como si no estuviera allí. Sintió que era un espectador de su propia vida, en la que no había participado. Era una broma de mal gusto. Recordó la película de *El show de Truman,* él se sentía como Jim Carrey, cuando descubre que todo es mentira. Los demás sabían la verdad, el único que vivía en una farsa era él. Volvió en sí al ver que Pilar movía los labios y frunció el entrecejo sin dejar de mirarla.

—¿Qué te pasa? Estás raro. ¿Está bien la niña?

«Lo preguntas como si te importara. Eres una mentirosa».

—Está bien, pero está en el hospital.

«Vamos a ver cuánto tiempo eres capaz de sostener tu mentira».

—Ayer apareció una periodista con un disparo. Parece que era amiga de Enzo. Se llama Mia, ¿te suena de algo? Cómo tú siempre te has llevado bien con Enzo… —preguntó con la intención de que se desmoronara en algún momento.

—No, no me suena de nada. ¿Tienes hambre?

—No mucha.

—¿Está bien la mujer? ¿Y Eva y las niñas? —preguntó cogiendo un vaso de agua en la cocina.

—Están bien. Voy a ir a verlas ahora. Estoy preocupado. ¿Te quieres venir?

«Seguro que Mia sabe quién eres, ¿verdad?».

—No puedo. Cuando estés allí me dices qué tal están. Además, seguro que están bien, no sé para qué vamos a ir al hospital. ¿A molestar?

«¡Eres una mentirosa!».

—Tienes razón, pero me quedo más tranquilo si voy. Después del asesinato de Enzo estamos todos nerviosos.

Emilio se colocó al lado de su mujer con una sonrisa complaciente y le agarró la mano, tragándose el orgullo con grandes bocados de cinismo.

—Parece que Enzo tenía mucho que contar. Lo que le pasó en el orfanato fue muy duro. La periodista tiene mucha información de los trapos sucios de la gente que lo dirige.

—¿En serio? —Tragó saliva disimuladamente—. ¿Trapos sucios? Deberías dejar esas historias. A Enzo lo llevó a la muerte y, vosotros, como sigáis por el mismo camino, terminaréis en el mismo lugar: Bajo tierra. —Subió el tono por los nervios.

Se soltó de la mano de Emilio.

—Si la verdad sale a la luz, no me importa.

—¡Vaya tontería! Es mejor estar vivo que ir detrás de habladurías.

—Cómo quieras. Si cambias de opinión, me dices.

Pilar abrió la nevera ante la atenta mirada de odio de Emilio. Hizo un gran ejercicio de contención para no decirle lo que de verdad pensaba de ella.

—¿Comemos algo? ¿Quieres unos macarrones? Los hago en un momento, es tu comida favorita. —Le sonrió, aún con la puerta de la nevera abierta.

—No sé, no te quiero dar trabajo.

—No me importa. Venga, los voy a hacer. Seguro que luego te entra hambre antes de irte a ver a Eva.

—Puede ser. ¿Te ayudo?

Pilar sacó de la nevera una cebolla y chorizo para hacer la comida. Emilio, al verlo, cogió la cacerola y le echó agua para ponerla a cocer.

—Lo hago yo, no te preocupes. Siéntate, anda —Le cogió la mano y le sentó en una de las sillas.

«¡Eres una mentirosa!». Por unos segundos se imaginó discutiendo con ella. Diciéndole que sabía la verdad, que le había estado mintiendo durante años. Querían matar a Eva y parecía que a ella le daba igual.

«Empieza la función, mi querida Pilar».

Cogió el móvil, después de sonreírle con los sentimientos más soeces que le había dedicado a nadie a lo largo de su vida. Movió los dedos en la pantalla del móvil, como si estuviera realizando una búsqueda. En realidad, lo que hizo fue pinchar en el enlace que Lucián le había mandado sobre el artículo que publicó Mia. Necesitaba desmoralizar a Pilar, que se sintiera acorralada, para que le contara la verdad. Suspiró al verla de espaldas. No entendía por qué no le había dicho que tenía un hijo. Bueno, dos. Él la habría apoyado para encontrarlos, pero en lugar de eso, prefirió vivir una vida infeliz. La duda de cómo se habrían encontrado Eva y Enzo le atormentaba. ¿Fue una casualidad o un plan maquiavélico ideado por el tal Leopoldo? Supuso que nunca lo sabría, pero se le erizó la piel con solo pensar en la segunda opción. Nadie puede estar tan enfermo para atormentar a Pilar durante años. Veía a su hijo sin poder decirle que era su madre, que nunca le abandonó, que la obligaron a hacerlo para no terminar muerta en una cuneta como años después le pasaría a él.

—Mira, ¡qué casualidad! He encontrado el artículo que publicó la mujer del disparo.

—¡Déjalo ya! —exclamó con dulzura, sin perder los nervios—. No quiero ni verlo. Seguro que da mala suerte. Y tú deberías hacer lo mismo. —Dejó de cortar la cebolla y se giró para mirar a Emilio a la cara—. No quiero hablar más de este tema. Me duele mucho pensar en cómo acabó Enzo y no pudimos hacer nada. Quien lo haya hecho debe tener demasiado poder, quizás, más del que nos imaginamos. Si no aprendemos a parar… —Se calló con lágrimas en los ojos que secó con la manga de la camiseta.

—¿Estás llorando? —preguntó Emilio, que pensaba que estaba cerca de llegar a ponerla al límite.

—Sí y no. En parte es por la cebolla, pero también me da pena por Enzo. No es ningún secreto que le tenía mucho cariño. —Volvió la vista hacia delante y siguió cortando la cebolla.

—Tanto como a un hijo —afirmó.

—Sí, eso es. Le queríamos tanto como si fuera nuestro hijo.

Emilio le recordó. Tenía razón, a pesar de que no era su hijo, siempre le quiso como tal. Le dolió aún más pensar que, si Pilar hubiera sido sincera, habrían sido muy felices. Después de todo, Eva era adoptada y no eran hermanos. No tenía que haberlo ocultado. Su cabeza no dejaba de repetirle lo mismo una y otra vez.

—Se me ha quitado el hambre definitivamente. —Se levantó de la silla y fue hacia el perchero de la entrada para coger el abrigo.

—¿Te vas? —gritó sorprendida desde la cocina.

—Sí, luego te veo.

—¿No me vas a dar un beso?

El matrimonio tenía la costumbre de darse un beso al llegar o marcharse alguno de ellos. En ese momento, el amor había sido sacrificado y nunca volvería. La confianza es una línea fácil de romper y, una vez rota, es imposible de recomponer.

Se puso el abrigo y salió. No respondió. No podía ni siquiera mirarla a la cara sin sentir una puñalada directa al corazón. Ya no. El amor entre ellos había muerto.

Dentro del coche, dio un puñetazo al volante. La rabia era cada vez más inmensa en su interior. Sin embargo, su responsabilidad como padre era la misma. Debía proteger a Eva y las niñas sin importar las consecuencias. Puso el coche en marcha para dirigirse al hospital. Eva tenía que conocer la verdad. Después decidirían juntos y en consenso qué era lo que debían hacer.

Capítulo 35

Raquel había dado orden estricta de matar a Mia y, si la casualidad quería que Eva se interpusiera en su camino, podían acabar con ella sin problemas. Encontrarían la manera de tapar los asesinatos si fuera necesario. Debido a que no se fiaba de Carolina, Leopoldo pensó que era una buena idea mandar a Patricia y Ariadna a que controlaran la situación y les dieran reporte de los pasos que estaba dando.

Llegaron a la puerta del chalé de Carolina, pero no abrió. Se dedicaron miradas de incomprensión. Más le valía no retar a Raquel y Leopoldo. No se andaban con tonterías y, si no cumplía con lo que le habían dicho, ella sería el siguiente cadáver al que Leopoldo haría la autopsia y entregaría un informe falso que clasificaría la muerte como accidente doméstico.

—¿Qué hacemos? —preguntó Patricia, preocupada.

—No lo sé. Puede que se haya ido al hospital. —Miró hacia atrás para comprobar que no había nadie a sus espaldas—. Seguro que habrá ido a matar a Mia, es lo que le han mandado.

Ariadna estaba de puntillas, pegada a la verja de la casa. Intentaba mirar el interior, por si hubiera presencia de la dueña. Nada.

—Parece que no hay nadie. Pero… No sé. —Dudó—. La luz de la cocina está encendida.

—¿Y qué hacemos?

Ariadna se encogió de hombros.

—¿Saltamos la verja?

—Uf…, no es que sea muy buena idea, pero creo que no tenemos más opciones. Tampoco es muy alta —argumentó, evaluando la altura.

—Venga, tú primero.

Patricia flexionó las rodillas y juntó las manos para que Ariadna saltara la verja, primero con una pierna y luego con la otra. Apoyó los pies en los ladrillos del patio delantero y con un pequeño salto consiguió estabilizarse en el suelo. Había pisado el jardín que Carolina había adornado con flores cuidadosamente. «No creo que se enfade, es una situación límite».

—Llama a la puerta. Esperemos que ese timbre sí lo oiga.

—Voy. Espera ahí, ahora te digo.

Patricia esperó pacientemente al otro lado de la verja mientras Ariadna llamaba sin descanso. Pulsó el timbre incansablemente. Si la luz de la cocina no estuviera encendida se habrían ido al hospital, pero Carolina comprobaba siempre las luces y los electrodomésticos antes de irse. Era una manía horrible, pero característica de su forma de ser. En la consulta repetía el mismo ritual paranoico de no dejar nada encendido.

—¿Qué? —gritó Patricia.

—Nada.

Como último recurso, y desesperada, decidió apoyarse sobre el alféizar de la ventana de la cocina que daba al patio trasero y mirar desde ahí. Apoyó los brazos con fuerza y estiró el cuello hasta donde pudo para comprobar si veía a Carolina. No vio el cuerpo de la doctora, pero hasta donde alcanzaba su vista, el suelo estaba manchado de sangre.

—¡Joder! —El susto fue tan grande que, al echarse hacia atrás en un impulso, casi rodó por los cuatro escalones que daban acceso a la puerta de la casa.

Después de estabilizarse del traspié, corrió el camino de baldosas blancas que la llevaban a la puerta de hierro donde esperaba Patricia. No sabía si esa sangre era de Carolina o bien había cumplido los objetivos de Raquel.

—Patricia, hay sangre en la mesa y el suelo de la cocina. ¿Qué hacemos?

—¡No me jodas! —exclamó asustada, con las manos en la cabeza.

—¿Llamamos primero a Raquel? No quiero tener ningún problema —balbuceó.

—No, llama a la Policía, que vengan. Luego la llamamos con lo que nos digan. Puede que necesite ayuda urgente.

—Es verdad. ¡El niño! ¡Está embarazada!

—¡Madre mía! ¡Madre mía!

Ariadna, con las manos temblorosas y sin saber si estaba haciendo lo correcto, llamó a emergencias. En el suelo había sangre, pero no demasiada. No se imaginaba qué podía haber pasado, pero estaba más asustada por las consecuencias. Pensó que le podrían encargar que matara a Mia, pero ella no era una asesina. Oyó a Patricia lloriquear detrás de la puerta. Habían entrado en la casa de Eva para tenderle una trampa a Enzo el día del asesinato, pero salió mal. Las huellas de ambas estarían por todas partes, pero oficialmente nunca habían estado en esa casa. Carolina les dijo que no se preocuparan, que ella misma lo asesinaría, pero estaban tan implicadas que temían por su integridad física o terminar en la cárcel.

—Vámonos de aquí antes de que venga la Policía —dijo Patricia, víctima del miedo a que las relacionara con ella y con el asesinato.

—Ya he llamado, tienen mi número.

—Da lo mismo. Es mejor que estemos lejos de aquí. Si no estamos detenidas, Leopoldo y Raquel nos podrán ayudar —resumió.

—¡Somos sus amigas!

—¿En serio? Eva y Enzo también eran sus amigos y le mató sin pensárselo mucho. —No dejaban de temblarle las manos—. ¿Te piensas que, si le dicen que te mate a ti, no lo hará? Eres más tonta de lo que parece. Yo me marcho, tú haz lo que quieras.

—Espera, espera. Ayúdame a salir de aquí y nos vamos.

—Está bien, pero date prisa.

Daniela había tomado la decisión de seguir los pasos de Patricia. Desde una distancia prudencial y sin bajarse del coche, presenció cómo huían de la casa de Carolina.

—¿Qué habrá pasado? —murmuró sin dejar de mirarlas.

Observaba perpleja cómo entraban en el coche, pero no arrancaban. Se quedó durante unos minutos pensando qué sería lo que se traían entre manos. Todo aquello le parecía extraño y su mente dibujaba distintas hipótesis sobre lo que podría estar ocurriendo.

Pasaron cerca de diez minutos cuando Daniela escuchó las sirenas de una ambulancia. Quería pasar desapercibida, por lo que miró cómo se acercaban por el retrovisor del interior del coche. Revisó si las chicas habían salido del vehículo en el que esperaban agazapadas y no hicieron ningún movimiento. «¿La habrán matado?». Un escalofrío recorrió cada centímetro de su piel, pensando en aquella posibilidad. «No puede ser. No son unas asesinas. ¿O quizá sí?». No podía ser. Tomó la decisión de esperar para ser testigo de la resolución de los acontecimientos de los que con tanta intriga había sido espectadora. Al principio creyó que podrían haber matado a Carolina, pero era imposible, no habían tenido tiempo de hacerlo. Además, si hubiera sido así, era demasiado retorcido quedarse allí mirando desde lejos y haber llamado a una ambulancia.

Esperó varios minutos.

Finalmente, salieron con Carolina en una camilla. Estaba tumbada y lloraba mientras se

tocaba la tripa sin cesar. La sábana blanca que la cubría estaba llena de sangre.

—¿Qué diablos está pasando aquí? —Se preguntó a sí misma en la soledad del coche—. ¿Qué estáis tramando? —Miraba sin pestañear para comprobar su reacción y, sobre todo, saber qué paso darían a continuación.

Cuando la ambulancia se marchó, esperaron. Daniela solo esperaba que no la hubieran descubierto. Iba a llegar al fondo del asunto costara lo que costara. Nadie la tomaría por tonta, y menos Patricia. Nunca le gustó. La presencia de aquella chica le traía malas sensaciones. Eva siempre le dijo que era una exagerada y que el motivo era que Carolina no le caía bien. Puede que fuera verdad, pero también era cierto que no era quien decía ser. Patricia no era trigo limpio. Lo sabía, lo sentía en su interior. No se equivocaba, y ahora tenía la oportunidad de saber qué escondía. Patricia era el perrito faldero de Carolina y no tardaría en descubrir por qué.

La decisión que tomó era arriesgada e incluso imprudente, ya que estaba allí sola y nadie lo sabía. Pero la verdad tenía un precio y estaba dispuesta a pagarlo. Las siguió en el coche, como había hecho antes. Debía ser discreta.

Capítulo 36

Después de la conversación que había mantenido con Jimena, los sentimientos de traición habían aflorado. No podía creer que la persona que había estado presente en su vida casi desde que tenía uso de razón le hubiera estado ocultando tantísimas cosas. Buscó en su interior y multitud de situaciones comenzaron a cobrar sentido. Sin embargo, que estuviera detrás del asesinato de Enzo le parecía inconcebible. «No puede ser». Levantó la vista y vio a su padre a través de los cristales. La expresión de su rostro le decía que algo no marchaba nada bien. Cruzó los dedos para que no fueran más muertes. Aquello la estaba llevando al extremo de llegar a perder la cabeza. Parecía que toda su vida había sido un sueño y que, al levantarse, era una pesadilla de la que no podía salir. Nada es lo que parece, ni nadie es quien dice ser. Se levantó rápido de la silla donde se encontraba apartada para pensar en los pasos que debía dar para proteger a su familia, y salió al encuentro con su padre.

—¿Qué pasa, papá?

—¿Y las niñas?

—Bien. Están con Mia y hay un policía custodiando la puerta. ¿Qué pasa?

—Necesito que te sientes. He descubierto algo… —No sabía cómo describirlo—. Bueno, no sé cómo llamarlo, pero es mejor que te sientes.

Agarró del brazo a Eva y volvieron a la sala de espera que se encontraba vacía. Emilio tragó saliva antes de volver a hablar. Era, sin lugar a duda, la conversación más difícil que tendría a lo largo de su vida. Nunca imaginó que Pilar le guardara tantos secretos. Debía relatarle los hechos de la manera más objetiva posible y después hablar con Jimena. Aquello no había terminado.

—Lo que te voy a contar no te va a gustar. Incluso vas a pensar que no puede ser verdad, pero lo es, muy a mi pesar.

—Papá, me estás asustando.

—Tranquila, yo siempre voy a estar contigo. —Le apretó la mano.

—Lo sé. —Asintió con la cabeza y esbozó una ligera sonrisa repleta de nerviosismo—. Estoy preparada.

—De acuerdo.

Emilio le contó la conversación con Lucián con pelos y señales. Eva solo escuchaba con los ojos llorosos e intentando reprimir un llanto que, si empezaba, no podría detener. Al terminar de relatar la historia de Pilar, se colocó las manos en la cara. La cabeza no dejaba de darle vueltas, una y otra vez. «Era mi hermano. Parece una broma de mal gusto».

—¿Qué quieres hacer ahora? No le he dicho a tu madre que sé la verdad. No quiero agitar el avispero antes de tiempo.

Eva se levantó rápido.

—Hay que despertar a Mia. Creo que Enzo sabía la verdad, por eso me dijo que hablara con ella.

—Puede que tengas razón. Vamos.

Cruzaron el pasillo en silencio. La verdad estaba cada vez más cerca. El calvario de la mentira debería acabar lo antes posible. Las chicas estaban sentadas alrededor de la cama y el policía de confianza de Jimena, en la puerta. Al verlos, les saludó con la cabeza.

—Es mi padre —aclaró al agente.

Emilio extendió la mano y le saludó, para entrar acto seguido.

—Chicas, necesito que salgáis, tenemos que hablar con Mia.

—Nosotras nos quedamos —protestó Elsa.

—No. Ahora no. Es peligroso para vosotras —explicó Eva.

—¿Más? —preguntó Dunia, sorprendida por la respuesta de su madre.

—Sí, mucho más.

—Me da lo mismo. Han asesinado a mi padre y a esta mujer le ha faltado un pelo. No me pienso ir. Si mañana van a por mí, al menos me gustaría saber por qué me han matado —dijo Elsa tozuda, con los brazos cruzados.

Eva miró a su padre, que se encogió de hombros.

—Por una vez, deberías decirles *toda* la verdad —interfirió, haciendo un especial énfasis en la palabra «toda».

—Estarás de broma. —Miró a su padre con ojos desafiantes.

—Tienen el mismo derecho que tú. Además, no sabemos qué va a pasar. Están en el ojo del huracán, Eva. —Intentó que recapacitara.

Dio un largo suspiro de resignación.

—Lo sé, lo sé… —repitió.

Miraron a Mia, había movido los ojos. Elsa se acercó aún más a la mujer.

—Hola, Mia. Estás en el hospital —le susurró en el oído.

La mujer abrió los ojos despacio. Las caras que veía alrededor de la cama eran conocidas. Recordó por qué fue con el disparo a casa de Eva y lo que había pasado cuando las chicas que ahora le sonreían la ayudaron. Sonrió despacio y sintió un gran dolor en la herida. Levantó la sábana y comprobó cómo le habían vendado y protegido el disparo que impactó en su cuerpo.

—Gracias. Me habéis salvado de morir desangrada. —Estiró la mano y la agarró sin dejar de sonreír.

—Gracias a ti por venir a protegernos.

—Es lo que vuestro padre me pidió, y es lo que haré.

—Mia —interrumpió Eva—, necesitamos que nos cuentes la verdad.

—La verdad va a ser demasiado dura para ti. La persona que te ha traicionado es Carolina —declaró sin rodeos.

—¿Estás segura?

—Claro que estoy segura. ¿Has hablado con Jimena?

—Sí.

—Entonces ya sabrás casi todo. Lo único que te queda por saber es que fue tu amiga quien dirigió el asesinato de Enzo.

—No puede ser —afirmó impasible, mientras miraba a su padre.

Eva no podía creer sin más las palabras que escuchaba. Emilio y las niñas se quedaron pálidos cuando sintieron la traición a sus espaldas.

—No era personal. Enzo no te quiso poner en peligro con las averiguaciones que hizo. Bueno, ni a ti ni a ninguno de vosotros. Fue que en ese momento le pareció buena idea decírselo a Adrián. Pensaba que era su amigo, pero no tardó en contárselo a Carolina. Todo se complicó.

—¿Y por qué se lo dijo a Carol?

Mia sonrió.

—Descubrió que había varios médicos de atención primaria que le pasaban información a Raquel y a Leopoldo. Creyó que Carolina le podría ayudar a dar con la identidad de esos

médicos. —Intentó incorporarse en la cama con un gesto de dolor intenso—. No imaginábamos que ella fuera el enlace.

—¿Cómo supisteis que era ella?

—Bueno, Hugo la siguió, y Jimena estaba detrás de sus movimientos para pillarla en un renuncio.

—¡Esto es una locura! ¿Me estás diciendo que Adrián también estaba cobrando y era conocedor de todo este tinglado?

—Sé que es triste y duele, pero, sí. Elena, su mujer, no sabe nada. Si lo descubre, estará en peligro.

—Mamá, por eso se puso así el otro día contigo. Tiene miedo de que sepas que él también traicionó a papá. ¿No lo ves?

—Esto nos queda tan grande como a Enzo. Tenemos que avisar a Jimena —argumentó Emilio.

El teléfono de Eva empezó a sonar. Lo sacó del bolsillo de los pantalones y comprobó la llamada.

—Es Daniela. ¿Qué habrá pasado ahora?

—Raquel y Leopoldo entraron para desmontarte la clínica. Su intención era que tuvieras miedo y dejaras de inmiscuirte en sus asuntos —continuó hablando.

—También son mis asuntos —dijo entre dientes.

Recordó que Enzo era hijo de Leopoldo, pero aun así le mató. «Las chicas tienen que saber la verdad».

—Un momento, voy a hablar con Daniela.

Se sentó en el sillón que había junto a la cama y descolgó la llamada. Los presentes en la habitación la miraban detenidamente. Después de varios minutos, colgó. Tenía el rostro desencajado. Quedó con ella en que se iría a casa, no quería que Daniela corriera ningún peligro. Eva tomaría una decisión y luego la llamaría.

—Parece que tenemos novedades.

—¿Qué pasa?

—Carolina está en el hospital, se la han llevado de su casa.

—¿En el hospital?

—Sí. Daniela no sabe por qué, pero vio salir a Patricia y Ariadna de su casa y esconderse. Las ha seguido hasta una casa a las afueras. Me ha mandado la ubicación. —Enseñó el móvil a Mia, que abrió los ojos de par en par.

—Es la casa de Raquel y Leopoldo. Ahí también vive… —Se calló de repente, mirando a Emilio y a Eva.

«La hermana de Enzo: Sandra», pensó Mia.

—Ya lo sabemos —respondió Emilio con un tono frío.

—Lo siento. Lo descubrimos hace poco —se disculpó.

—¿Cómo? —interrumpió Eva—, ¿Enzo lo sabía?

—Lo descubrió el día que le asesinaron, pero Carolina lo mandó matar a través de su amante antes de que pudiera hablar con vosotros.

—¿Qué está pasando aquí? ¿Nos lo vais a contar? Nosotras también tenemos derecho a saberlo. —Dunia señaló a su hermana y a ella misma.

—Sí, tenéis derecho. —Miró a su padre—. Necesito que os sentéis. Es complicado.

Dunia y Elsa torcieron el gesto con el ceño fruncido. Las palabras apenadas de su madre les dieron una sensación desagradable. Lo que iban a oír, no les gustaría.

—Haced lo que dice mamá. Es mejor —recalcó Emilio, nervioso.

Capítulo 37

Adrián y Elena estaban en el sofá del salón sin mirarse ni hablar entre ellos. Su relación era cada vez más decadente. Elena sentía que iba en caída libre. Había llegado a un punto de no retorno. Estar cerca de él no era agradable. Sabía que la engañaba desde hacía años. No era tonta, pero sí prudente. Nunca tuvo claro si la relación fue desde el primer momento en que conoció a Carolina o se fue metiendo entre ellos poco a poco y sin que se diera cuenta. Sin embargo, ya estaba tan dentro del matrimonio que casi pertenecía a él.

El móvil de Adrián empezó a vibrar. Siempre lo tenía en silencio, ya que el número de notificaciones que recibía era abrumador. El número que aparecía en la pantalla era extremadamente largo. Adrián entrecerró los ojos al verlo. Decidió cogerlo después de mirar a Elena.

—¿Sí?

Elena se acercó para escuchar la conversación.

—Le llamamos del hospital.

—¿Del hospital? Creo que se han confundido.

Elena le dirigió una mirada de preocupación. Lo primero que se le vino a la mente fue la imagen inerte de Eva. Después de los últimos acontecimientos, la aparición de otra muerte en extrañas circunstancias no le sorprendía lo más mínimo.

—Es por Carolina. Está ingresada de urgencia —susurró Adrián, con la mano en el teléfono, para que el interlocutor no lo escuchara.

—¿Carolina? —preguntó sorprendida—. ¿Está bien?

Asintió mientras escuchaba las indicaciones del hospital en el que estaba.

—Vale. Muchas gracias. Ahora voy para allá.

Colgó con expresión de preocupación.

—¿Qué pasa? —preguntó Elena intrigada con las piernas cruzadas en el sofá de piel negro.

—No lo sé. —Tragó saliva—. Solo me han dicho eso, que la han ingresado. Parece que tenía mi teléfono como número de contacto.

—¿Tú? ¡Qué cosa más extraña! ¿Por qué no habrá puesto a Eva en lugar de a ti?

—No lo sé.

Adrián se levantó para marcharse. Elena le notaba nervioso. Esperaba que en un arranque de valor le dijera que era su amante, y que esa era la razón. Pero una vez más, prefirió mentir. Siempre era más fácil seguir con la mentira.

—¿Te vas ya? —Se levantó para acompañarlo hasta la puerta.

—Sí, claro. ¿No te importa? Supongo que habrán llamado a Eva, pero como está loca con el tema del supuesto asesinato, no la habrán localizado —intentó excusarse y darle una explicación convincente a Elena

—Claro, seguro que ha sido eso —respondió con una sonrisa, fingiendo haberse creído la mentira.

Elena se asomó por la ventana para comprobar si hacía tanto frío en la calle como en casa. Vio algunos remolinos de suciedad en la esquina de la calle y levantó la mirada hacia el cielo. Estaba oscuro y los rayos de luz eran débiles. No conseguiría entrar en calor sin ayuda de la

calefacción. Se acercó al termostato que estaba justo al lado de la puerta de la entrada y lo subió un par de grados. Adrián estaba a su lado con el abrigo puesto.

—Me voy. Luego te llamo.

—Claro. Si necesita cualquier cosa, me avisas —dijo Elena agarrando el picaporte.

Cerró la puerta y se apoyó en ella. Las escaleras que subían a las habitaciones quedaron delante de sus ojos. «Voy a hablar con Blanca. Ella sabrá decirme que pasó en realidad». Desde el día en que discutieron, no salía de su cuarto, ni siquiera había bajado a comer. Adrián no le quiso dar muchas explicaciones de lo que ocurrió, solo le contó brevemente la aparición de una mujer con un disparo.

Elena conocía a Eva y a su familia lo suficientemente bien para saber que su marido no le estaba diciendo toda la verdad. Debía haber un trasfondo que desconocía. Le dolía haber terminado en un matrimonio vacío y sin un resquicio de amor. Terminó resignándose y creyendo que no era lo suficientemente buena para que Adrián la quisiera. Le dolía pensarlo. La habitación de Blanca estaba en completo silencio. Llamó antes de abrir.

—Pasa.

—Hola, hija, ¿qué haces? —preguntó echando un vistazo a la habitación.

—Nada. Estaba leyendo un rato. —Colocó el marcapáginas en el libro y lo posó encima de la cama para prestar atención a su madre—. ¿Ha pasado algo?

—Han llamado a tu padre. Carolina está ingresada y ha ido corriendo.

—Ah. ¿Sabes algo de Eva? —preguntó cabizbaja.

—No. ¿Me vas a contar la verdad? —Se sentó a su lado en el borde de la cama.

—¿Qué verdad? —Tragó saliva, nerviosa.

—Ya sabes a lo que me refiero. ¿Qué pasó?

—La verdad, mamá, es que me avergüenzo de la reacción que tuve. —Suspiró y bajó la cabeza arrepentida al recordarlo—. Sentí tanto miedo al ver a aquella mujer con el disparo que… —Se calló y miró a su madre con los ojos llorosos. La abrazó y las lágrimas emergieron sin tregua—. Tenía mucho miedo de que nos mataran a nosotros también.

—No pasa nada. Es normal sentir miedo. —Le acariciaba el pelo con suavidad para intentar tranquilizarla—. ¿Por qué discutió papá con Eva?

Blanca se apartó para mirarla directamente a los ojos.

—La verdad es que no lo sé. La trató como si estuviera loca y todo fuera culpa de ella. Además, le dijo que Enzo no era quien ella creía. No sé explicarme bien, mamá, como si le escondiera cosas.

—Entiendo. —Asintió con un movimiento intranquilo—. Pero ¿no dijo a qué se refería?

—No, no dijo nada. La dejó allí como una niña asustada. Creo que papá nunca le había hablado de esa manera tan cruel.

Elena la miraba, intentando encontrar la explicación a la reacción fuera de lugar de Adrián. «¿Qué es lo que oculta?». Blanca empezó a mover la pierna sin cesar, debido a los nervios.

—¿Qué pasa, Blanca?, ¿qué te preocupa?

—Mamá, lo siento. —Volvió a abrazarla sin dejar de llorar desconsoladamente.

—Me estás asustando. ¿Qué pasa, hija? Nada es culpa tuya. Cuando la situación vuelva a la normalidad, seguro que volvéis a ser amigas. —Le cogió la cara con ambas manos—. Todo se arreglará.

—No, mamá, no se arreglará.

—¿Qué quieres decir? —Ladeó la cabeza con el rostro preocupado y sin llegar a comprender qué estaba pasando.

—¡Lo siento mucho! No te mereces nada de esto, pero… —Se detuvo por unos segundos para pensar cómo contarle a su madre lo que había visto.

—Creo que sé lo que me vas a decir —Le dedicó una mirada de dulzura y tranquilidad a su hija—. Papá tiene una amante, ¿es eso?

Blanca se quedó pálida. Nunca imaginó que su madre lo supiera.

—Sí, pero hay más cosas.

—¿Cómo lo sabes?

—Esa misma noche no podía dormir. Después de las palabras tan duras de papá, fui a cotillear a su ordenador. No sé cómo se me ocurrió, pero la curiosidad es muy atrevida y, como sabía las contraseñas, pues accedí. —Jugaba con los dedos sin dejar de hablar.

—De acuerdo. ¿Qué has encontrado?

—Papá tiene una cuenta con mucho dinero. Tiene los movimientos guardados en una carpeta con código. El código es mi cumpleaños, así que no fue muy complicado entrar.

—¿Una cuenta?

—Lo peor no es eso. Le ingresan un dinero desde una empresa que pertenece a un grupo empresarial cuya actividad es un tanatorio, el mismo donde estuvo Enzo. —Hablaba con ligeros susurros.

—¿Qué? ¿Y tú cómo sabes todo eso?

—Mamá, está todo en internet. Hay páginas que te dicen los empleados, años de creación, representantes, apoderados, administradores…

—Ah, no lo sabía. ¿Y bien? —Cruzó las piernas y se acomodó en la cama.

Elena sentía haber subido los grados, ahora estaba muerta de calor. Incluso empezó a sudar al escuchar el relato de Blanca. Intentaba mantener la calma, pero le estaba costando demasiado. Adrián llevaba una doble vida y todo apuntaba a que no era legal.

—Miré de quién eran las empresas.

—¿Y? —contestó deprisa para escuchar el final.

—Son de un matrimonio que curiosamente eran dueños del orfanato en el que estuvo viviendo Enzo.

—¿Qué? No entiendo nada.

—Yo tampoco lo entendía, y seguí buscando información, hasta que di con una noticia de hace años que no está firmada por la periodista que la escribió.

Blanca se estiró para coger el móvil que tenía en la mesita de noche. Buscó el enlace que había guardado y se lo tendió a su madre.

—Ya. Alguna vez había oído a los dos hablar sobre lo ocurrido en este sitio. Tu padre siempre le conseguía disuadir de que lo hiciera.

—Claro, es que ellos le pagan, mamá.

—Eso es imposible. Puede que tu padre no sea el mejor marido del mundo, pero no es un ser despreciable que se lucra de asesinar a gente para vender órganos. ¡Es una locura, Blanca! —Se levantó de la cama como si el cuerpo le ardiera. Comenzó a morderse las uñas de una de las manos.

—No es ninguna locura. La periodista es la mujer que apareció con el disparo. Esa es la razón por la que papá se puso así. Están a punto de descubrir que está involucrado. Tiene el alma negra.

—Tengo que llamar a Eva y a la Policía. Vámonos de aquí, no quiero que estemos cuando tu padre vuelva.

Blanca sacó la mochila que tenía debajo de la cama y la abrió para enseñársela.

—Ya estaba preparada, mamá. Creo que corremos peligro y no formamos parte de su millonario plan.

—¿Crees que se iba a ir con su amante?, ¿con Carol?

—Tiene pinta de que sí.

—¿Ella también estará involucrada? —Andaba hacia la puerta para hacer las maletas lo más rápido posible.

—Es médica y amiga de Raquel. —Buscó en el móvil y le enseñó la misma foto que Daniela había encontrado en las redes sociales.

Blanca dio un paso atrás por el impacto de ver la foto. Se cubrió la boca con las manos.

—Esa es Patricia. Trabaja con Eva en la clínica.

—Lo sé. No puedo demostrarlo, pero está todo relacionado y creo que le estaban haciendo la cama para quitársela del medio.

—No entiendo nada.

—Ya —dijo pensativa—. A mí también hay una cosa que me escama. Falta una pieza que no he conseguido encontrar, la relación. ¿Parece que Enzo estaba protegido hasta que se les fue de las manos?

—Le pudieron matar antes y no lo hicieron.

—Eso es.

—Da igual, ya lo averiguaremos. Coge lo imprescindible, que nos vamos de aquí.

Blanca asintió. Se levantó de la cama y cogió las zapatillas de deporte para ponérselas. Sintió miedo y angustia por lo que estaba ocurriendo. Su padre había permitido que mataran a su amigo. «¿Sería por dinero? Por supuesto». Era lo único que tenía sentido.

Capítulo 38

Dejaron a Mia en el hospital. Necesitaban descansar, ducharse y comer. Después de tantas emociones, estar en familia les vendría bien. Dunia y Elsa fueron en silencio durante el camino. Al recibir la información de lo que había hecho su abuela, dudaban de si estaría detrás de todo aquello. Les llamó la atención que guardara el secreto durante tantos años. Se fueron directas a la habitación de Dunia. A Eva le llamó la atención que se fueran juntas, sin embargo, después de recibir aquella información, estarían más unidas. Les vendría bien hablar de ello, comprendiéndose entre hermanas.

Emilio y Eva fueron a la cocina. Habían decidido que era mejor no llamar a Pilar. Primero debían ponerse de acuerdo en qué hacer.

Eva abrió la nevera. No estaba segura de si tenía hambre o eran los nervios.

—Hija, deja eso. Pedimos algo o nos comemos unos bocadillos.

—¿No vas a ir a casa? Mamá va a sospechar.

—Creo que me da igual —dijo triste.

—Ya, lo entiendo. No sé qué haría en tu lugar, la verdad.

—Ahora mismo no puedo mirarla a la cara.

Eva se sentó a su lado y le acarició el brazo. Emilio le sonrió y se echó el pelo hacia atrás, para apartarlo de la cara.

—Es mejor que descansemos.

—Hasta que no acabe esto, no creo que sea posible. —Resopló.

—¿Por qué dices eso?

Sonrió antes de contestar.

—¿Recuerdas la aplicación de rastreo que nos pusimos tu madre y yo? Por si teníamos un accidente y poder encontrarnos. ¿Te acuerdas? —Repitió nervioso.

—Sí, me acuerdo. —La respiración de Eva se aceleró, esperando la respuesta que, antes de escuchar, ya sabía que no le iba a gustar.

—La miré cuando Daniela te mandó la ubicación.

—¿Cuando estaba en la casa de Raquel y Leopoldo?

—Exacto.

—¡No me digas que mamá estaba allí! —Notó que se le secaba la boca.

—Sí, estaba allí. Lo que quiere decir… —No terminó la frase, con la intención de que lo hiciera su hija.

—Que sabe lo que está pasando. —Se levantó para servirse un gran vaso de agua que bebió de un sorbo.

—Es mejor que las cosas sigan su curso. Creo que traicionó a Enzo, así que no creo, que tenga mucho reparo en hacérnoslo a nosotros. —Se encogió de hombros.

—Ya. —Cruzó los brazos con el vaso aún en la mano—. El problema no es mamá, es saber si van a venir a por nosotros y cómo podemos parar esto. Voy a llamar a Jimena. Puede que tengamos las pruebas que necesiten para detenerlos.

—¿De verdad crees en la Justicia?

—No, pero es la única salida viable que tenemos.

—No, Eva, esto no acaba con los malos entre rejas.

—Ah, ¿no? —Se acercó hasta su padre y colocó el vaso en la mesa de la cocina—. ¿Y cómo quieres que acabe?

—No es lo que quiera, pero me temo que no tenemos más salidas.

—¡No te entiendo, papá! —protestó, sabiendo lo que quería decir su padre.

—O mueren ellos o morimos nosotros. Es más simple de lo que parece. Son muchos años haciendo lo que quieren.

—Van a matar a Carol. —Su mirada era tensa y gélida, pero cargada de certeza.

—Eso parece. ¿Quieres impedirlo?

—No, es lo que se merece. Ella nos traicionó y mató a Enzo.

—Lo sé.

Emilio se levantó para abrazarla. Había comenzado a llorar y su pecho se hinchaba al ritmo de un llanto desgarrador y repleto de odio y rencor.

—No tengo ni idea de cómo lo haremos, pero lo vamos a solucionar de alguna manera. Nosotros haremos justicia. Aunque ahora de poco o nada nos vale. —La acariciaba para tranquilizarla.

El móvil de Eva estaba encima de la mesa. El ruido de la notificación avisó de que le habían enviado un mensaje. Emilio estaba de frente al móvil, así que leyó en voz alta.

—Es Adrián. Carolina está en el hospital.

Cogió el móvil rápido para desbloquearlo. Miró a su padre antes de contestar.

—Pregúntale el motivo. No metas la pata. Puede que no tenga nada que ver con lo de Enzo.

—Vale, pero eso es imposible. Era su mejor amigo y siempre le contaba todo.

El timbre de la puerta sobresaltó a Eva, que se llevó la mano al corazón del susto. El mensaje de Adrián con la respuesta no se hizo esperar.

—Ha tenido un aborto —dijo sin entender nada—. ¿Cómo que un aborto?, ¿desde cuándo estaba embarazada?

—Espera. Voy a abrir —dijo Emilio, rumbo a la puerta.

Debían ser prudentes y, antes de abrir, comprobó quién era. «Pero ¿qué pasa aquí?».

Abrió la puerta con gran asombro.

—Hola, Emilio. ¿Podemos quedarnos aquí?

Eva salió de la cocina al escuchar la voz y miró a Elena fijamente a los ojos. Se abrazaron.

—¿Estáis bien? ¿Qué ha pasado?

—Adrián está detrás de todo esto. —Extendió la mano y le dio una carpeta de la documentación que Blanca había visto en el ordenador de su padre—. Está cobrando mucho dinero. Creo que lo está juntando para irse con su amante, Carolina.

—Pero ¿cómo…?

Elena la agarró del brazo para evitar que continuara hablando de un tema que no era necesario. Todos lo sabían y era doloroso escucharlo. Eva asintió.

—Pasad, esta es vuestra casa. —Cerró la puerta—. No sé cómo decirte esto. Creo que es mejor que lo leas.

—¿Un aborto? ¿Era de él? —preguntó Elena, incrédula por lo que acababa de leer.

—No lo sé, pero supongo que sí.

—Necesito sentarme.

Emilio la agarró rápido del brazo y la llevó al sofá para tumbarla.

—Eva, trae un poco de agua.

Blanca estaba al lado de su madre, desolada y sin saber qué hacer o decir.

—Tranquila, está bien. Se ha mareado un poco al escuchar la desagradable noticia. —Le quitó importancia Emilio.

Blanca asintió, nerviosa.

Eva volvió con un vaso de agua fresca y se lo dio a Elena, que estaba recostada. El color de su rostro había adquirido un tono blanquecino. Bebió agua despacio, a la vez que digería la noticia del aborto.

—Hija, vete con Dunia y Elsa —le ordenó.

—No querrán estar conmigo después de lo que pasó.

—¡Claro que sí! Además, creo que tenéis mucho de qué hablar. —Sonrió con tristeza—. ¿Quieres que te acompañe?

Blanca era una adolescente. Era madura, pero, aun así, a veces necesitaba el apoyo de un adulto para afrontar situaciones tan difíciles como las que estaban sucediendo sin tregua.

—Gracias, Eva.

—Vamos. —La agarró por los hombros para que fuera delante de ella.

Elena hizo un gesto de agradecimiento y se colocó la mano en el corazón. En sus labios se pudo leer la palabra «gracias».

Les esperaba una noche larga, en la que tendrían que tomar decisiones si querían acabar con las mentiras.

Capítulo 39

La noche estaría teñida de rojo. Raquel y Leopoldo llevaban años operando con la máxima discreción y sin ser descubiertos. Las habladurías siempre existirían, pero mientras no hubiera nada en firme, jamás serían cuestionados y podrían continuar con su imperio millonario.

Avanzaron a través del gélido frío de la noche. El matrimonio se volvía más fuerte con los infortunios que se interponían en su camino. Esta vez no sería diferente. Aunque la solución sería drástica, al igual que anteriormente con los obstáculos que fueron apareciendo para derrocar el turbio negocio. Era un matrimonio que se profesaba amor eterno. Se querían uno al otro de manera infinita. Después de ellos, el resto era prescindible. Solo eran recursos que se podían utilizar y luego desechar como si no hubieran existido nunca. Eran seres humanos, sí, pero carentes de corazón y moralidad. Solo eran fieles al dinero. El matrimonio sabía que cuando el dinero dejaba de aparecer, se les revelarían o bien los delataría. No podían consentirlo de ninguna manera. Tuvieron una conversación extensa y distendida antes de decidir el plan que llevarían a cabo. Era la primera vez que estaban tan cerca de ser delatados y la pirámide que habían creado se tambaleaba. Por eso mandaron a Sandra fuera de la zona de riesgo, para evitar que la encontraran. Si las aguas volvían a su cauce, podría regresar a liderar el negocio, pero todavía no era seguro. Debía irse a un lugar remoto, sin que nadie supiera de su paradero. Desaparecer por un tiempo prudencial hasta que las pruebas fueran inexistentes.

Llegaron a la puerta del hospital cogidos de la mano. Sus miradas se cruzaron antes de avanzar y dejar la entrada tras ellos. El pelo rubio de Raquel se mecía con la ráfaga de aire que los arrastró al entrar. Leopoldo estaba cabizbajo. Había cámaras y no quería ser captado por ninguna de ellas. Fueron directos a la habitación donde Carolina estaba ingresada. Adrián les llamó preocupado por la situación. El resto de involucradas en la operación de órganos, Patricia y Ariadna, le confirmaron que aquel niño era suyo. Adrián se derrumbó al escuchar aquello. Carolina no le había dicho nada del embarazo y ahora se encontraba llorando junto a su cama y apretando su mano. La culpabilidad de lo que había pasado y cómo la había tratado durante tantos años siendo amantes le hizo cuestionarse su moralidad como padre y marido. «Está mal. Tenía que haber sido valiente». Sin embargo, era tarde. Había perdido al bebé. Le habían dado calmantes por el estado psicológico en el que se encontraba. Estaba inestable y fuera de sí, razón por la que los médicos decidieron darle fármacos para que descansara.

Adrián no había podido hablar con ella desde que llegó al hospital. Esperaba impacientemente sin dejar de llorar y secándose las lágrimas que brotaban de sus ojos vidriosos y enrojecidos.

Raquel y Leopoldo entraron a la habitación, silenciosos. Adrián se levantó y, demacrado, fue hacia los brazos de Raquel, que lo acunó como si pudiera sentir amor. Leopoldo tenía los dedos entrelazados debajo de la prominente barriga, expectante.

—¿Qué tal estás? —preguntó Raquel con una voz suave y repleta de dulzura.

—Bueno… —contestó Adrián, separándose de la mujer y dando por finalizado el abrazo.

—No te preocupes, en un rato se despertará. —Leopoldo le pasó la mano por la espalda y le acarició como muestra de apoyo y cariño.

—Tenemos toda la vida para hablar y decidir qué hacer. —Asintió con la cabeza mientras se

secaba una de las múltiples lágrimas.

—Por supuesto. Las chicas están abajo, han venido a verte.

—¿Y por qué no suben?

—Ya sabes que no se puede. Las reglas del hospital prohíben que haya tantas personas en la habitación.

—Es verdad. Estoy desubicado. —Se dio un ligero golpe en la sien.

—Coge el abrigo y baja con ellas un rato. Así te dará el aire —sugirió Leopoldo.

—Es una buena idea. ¿Dónde están?

—Te esperan en la parte de atrás del hospital. El aparcamiento de delante estaba lleno y hemos tenido que dejar el coche más lejos de la puerta. —Resopló con fastidio.

—Bueno, me vendrá bien andar un poco.

—Claro que sí, el aire siempre es bueno.

Adrián cogió el abrigo con una sonrisa complaciente hacia los recién llegados. Levantó la mano para despedirse y salió de la habitación para reunirse con Patricia y Ariadna.

Raquel avanzó despacio hasta la puerta. Comprobó la presencia del personal sanitario y cerró suavemente sin hacer ruido.

—¡Venga!, ¡date prisa! —susurró Raquel.

Leopoldo sacó los guantes de látex que tenía en el bolsillo de la chaqueta y se los puso. Acto seguido y sin rastro de emoción alguna, se acercó al único armario de la habitación para extraer una de las almohadas que guardaba en su interior. Bajó el volumen de la máquina que controlaba las pulsaciones de Carolina y colocó la almohada sobre su rostro. Apretó hasta que la máquina indicó que la paciente no tenía pulso. Las convulsiones de Carolina por la falta de aire hicieron que Raquel la agarrara por las piernas para facilitar el trabajo a Leopoldo.

—Esta hipócrita está muerta. ¡Vámonos de aquí! —ordenó Leopoldo mientras se quitaba los guantes y los volvía a guardar en la chaqueta.

—Ya te dije que no era de fiar. Si traicionó a su amiga de toda la vida, ¿qué te esperabas que nos fuera a hacer a nosotros? Así no hablará y será la principal sospechosa. Es mejor prevenir.

—Sí, vámonos de aquí. Espero que Alfredo haya hecho su trabajo. ¡Pobre imbécil! —Soltó una carcajada que sofocó con las manos en la boca—. Le hizo matar a Enzo y luego ella siguió con Adrián, y encima se queda embarazada. Eso sí que es una traición, y no lo que hacemos nosotros.

—¡Qué cara puso cuando le dijimos que estaba embarazada del otro! —Sonrió al recordarlo —. Casi le da un ictus ahí mismo. ¡Idiota!

Abrieron la puerta y comprobaron el pasillo. Era de noche y el personal no estaba por la labor de trabajar a lo largo del turno. Se escuchaba a las enfermeras hablar en un corrillo en la recepción.

—Venga —murmuró Raquel.

Abandonaron el hospital con paso tranquilo. Las personas encargadas de borrar las imágenes y hacerlas desaparecer ya estaban al tanto de lo que iba a suceder. Sin embargo, debían hacerlo sin revuelo y con la máxima discreción posible para encubrir las pruebas condenatorias. Sellaron el asesinato con un beso al avanzar varios metros de camino a la parte de atrás del edificio. Allí, Alfredo esperaría a Adrián para matarle.

«Espero que el trabajo ya esté hecho», pensó Raquel a escasos metros del lugar.

Cruzaron la esquina y vieron a Alfredo sentado en la acera con los brazos cruzados.

—¿Ya?

Asintió.

—¿Está muerto? —preguntó Leopoldo, que siempre pensó que era el más débil de ellos.

—Sí.

—¿Se ha resistido mucho? —Raquel se acercó hasta el cuerpo tendido de Adrián y le dio una pequeña patada para comprobar que estaba muerto.

—No ha tenido muchas opciones. —Sacó una jeringuilla de uno de los bolsillos.

—Ya. —Confirmó con un gesto de la cabeza—. No te preocupes por la autopsia, no le van a hacer ninguna prueba —dijo sarcástico, con una sonrisa perversa.

—Eso espero. —Se colocó las gafas al levantarse de la acera—. ¿Qué hacemos ahora? Supongo que habrá que trasladarlo.

—No es necesario. Esperemos que le encuentre la Policía y ya está. Hará conjeturas sobre los muertos y deducirán que se suicidó después de matarla. Punto final —concluyó Raquel encogiéndose de hombros.

—Espero que me hayan quedado bien los cortes —dijo indeciso Alfredo.

—Sí, están perfectos. ¿No habrás pisado la sangre? —preguntó, mirando el charco rojo que inundaba el suelo.

—Claro que no. Primero le pinché, y cuando estaba dormido, le hice los cortes en la muñeca. Evidentemente, desde atrás, para que pareciera que lo hizo él mismo —explicó mediante susurros.

—De acuerdo. Vámonos de aquí.

—Sí, vámonos. No sé vosotros, pero yo estoy agotada con tanto jaleo e incompetente suelto —añadió Raquel, que dio el primer paso para abandonar la escena del supuesto suicidio.

—Es una pena que se haya suicidado porque la amante perdió el niño. —Leopoldo colocó la mano en el pecho para darle un matiz de dramatismo a la situación.

—Eres un insensible, Leopoldo. Alfredo estaba enamorado de ella —protestó.

—Bueno, tampoco es para tanto. Ya es pasado, como todo lo que tiene que ver con ella. Se lo ha buscado sola. Era una mentirosa. —Alfredo andaba sin levantar la mirada del suelo.

Sabía que era un títere en manos de dos desalmados, pero no tenía otra opción si quería seguir vivo. Era mejor hacerles caso y seguir respirando. Después de todo, tanto Adrián como Carolina se habían estado riendo de él a sus espaldas. Ahora estaban donde se merecían y sería él quien reiría el último.

—Espero que tus amiguitas hayan hecho bien su trabajo —dijo Raquel al llegar al coche.

—Seguro que sí —respondió Alfredo en el interior del vehículo.

—Tienen esta noche. Mañana la Policía estará atenta y no tendrán otra oportunidad —aclaró Leopoldo al arrancar.

—Van a estar ocupados con tanto muerto. Tenemos que hacer algo con esa maldita inspectora. Si no la matamos, seguirá molestando —añadió Raquel con los puños apretados.

—Lo sé, pero para eso tendremos que esperar un poco más. ¿No te das cuenta de que cargarse a un policía es más complicado de encubrir? —aclaró Leopoldo, atento a la carretera.

—Ya, bueno, pues que parezca un accidente.

—Primero hay que ir paso por paso —intervino Alfredo—. Mia es igual de molesta y estoy seguro de que tenía la documentación de Enzo.

—Puede ser, pues esperemos que acaben con ella y no tengamos que preocuparnos más por las personas entrometidas —dijo Raquel, altiva.

—¡Amén a eso, mi amor! —Le sonrió por unos segundos para volver rápido su atención a la conducción.

Capítulo 40

Ariadna y Patricia estaban en la puerta del hospital. Estaban nerviosas y dubitativas. Debían matar a Mia, les había tocado el trabajo más difícil y con el que casi seguro serían descubiertas. Ariadna era más decidida que Patricia, puede que fuera porque era más mayor, pero también porque era más despiadada y carente de la capacidad de empatizar. Se habían metido en el negocio por el dinero, cómo habían hecho todos, sin embargo, una cosa era dar información o ir a sitios a llevar papeles y otra muy distinta tener una pistola en la mano y tener como objetivo matar a alguien.

Cuando encontraron a Carolina en el suelo, se asustaron mucho. Después llamó Raquel y les dijo que era un aborto, pero que había que eliminarla. Ahora debían terminar lo que Carolina dejó a medias: matar a Mia.

—Creo que es mejor que vayamos a la Policía —dijo Patricia dando un paso hacia atrás en la puerta del hospital.

—Sabes que no podemos. —La agarró del brazo y tiró hasta apartarse varios metros para evitar que alguien las escuchara.

—Sí, siempre hemos podido, pero no nos hemos dado cuenta. ¡Han matado a Carol! —exclamó con un susurro.

—Sé que tienes miedo, pero es necesario. Si no lo hacemos, iremos a la cárcel. Eso lo entiendes, ¿no?

—Claro que lo entiendo, pero creo que tú no. Nos han mandado aquí para quitarnos del medio. ¿No pensarás que luego va a volver todo a la normalidad?

Ariadna tenía la mirada repleta de terror. Sabía que Patricia tenía razón, pero tenía más miedo a Raquel y Leopoldo que a la propia Policía.

—¡Joder! —exclamó comenzando a andar en círculos.

—Escúchame, Ariadna, nos han mandado a nuestra muerte. ¿Qué hacemos nosotras aquí?

—Ya. No podemos competir con el policía que está en la puerta.

—Eso no es problema —murmuró mirando hacia ambos lados—. Creo que somos el señuelo para salirse con la suya.

—¿Y las pruebas?

—¡Estarás de broma! Ellos tienen quienes tapen sus meteduras de pata y limpien los desperfectos de su plan. Si no fuera así, no llevarían tantos años haciendo lo que les da la gana, matando y robando niños, ¿no te parece?

—Ya, puede ser. —Resopló y cogió del brazo a su amiga—. ¿Qué crees que es lo mejor?

—Sé que siempre has sido la más lista, Ariadna, y que siempre tienes razón, pero creo que está vez tenemos que ir a la Policía. Nosotras hemos hecho cosas horribles, pero no somos unas asesinas…

—Pero lo hemos permitido —interrumpió a Patricia—. Somos igual de culpables que ellos. No hemos asesinado directamente, pero les dábamos los nombres de a quién debían matar. —Se derrumbó—. ¿Qué hemos hecho por unos míseros euros? ¡Somos unos monstruos! —Se tapó la cara con ambas manos.

—Sí, lo somos. —La voz de Patricia sonó contundente.

El ambiente se había llenado de confesiones para las integrantes del perturbador negocio en el que colaboraban. Aún era de noche, y con la oscuridad y el sueño de los hospitalizados, podrían tener la suerte de que el agente estuviera dormido. Sin embargo, si mataban ya no habría vuelta atrás. Serían unas asesinas. Debían pensar concienzudamente las opciones que tenían. Si no lo hacían por Mia, debían hacerlo por sus propios intereses. En esos minutos que estaban dialogando en la puerta se jugaban, no solo el futuro en la cárcel, sino el poder dormir por las noches con la conciencia tranquila durante el resto de sus vidas.

Patricia se apoyó en la pared y se dejó deslizar por ella hasta terminar sentada en el suelo. No había nadie por la calle a esas horas de la madrugada y el aire gélido les movía el pelo tirando de él en dirección de vuelta. Una capa densa de nubes cubría la luna, dejando casi a oscuras la entrada acristalada del hospital. Ariadna cruzó la mirada con la de su amiga durante unos segundos en los que se encontraban absortas en la conversación que acababan de tener.

—Tienes razón. ¡Vamos a la Policía! Yo no me hice médico para ser una delincuente. Creo que me dejé llevar por culpa de Carolina y ahora soy como ella —balbuceó con palabras entrecortadas.

Patricia aún seguía en el suelo, con los codos en las rodillas y las manos en la cara, cuando escuchó las palabras de Ariadna.

—¡Vamos! Tengo pruebas de todo lo que hemos hecho. Me hice un seguro de vida con ellas, por si las necesitábamos.

—¿En serio?

—Sí, yo no soy nada. Le debía mucho a Carol, por esa razón me metí en esto. Siempre pensé que iban a registrar la casa de Enzo en busca de pruebas y tuve miedo. Entré en su casa para robar la información que tenía de Raquel y Leopoldo.

—¿En ese momento guardaste pruebas de la implicación?

—Sí, cada vez nos pedían que avanzáramos un paso más en los delitos que cometíamos. Con la coacción éramos incapaces de negarnos, pero ha llegado el momento. —Se levantó del suelo, enérgica.

—¿Entonces?

—Creo que debemos ir a la Policía.

—¿Crees que es lo mejor?

—Sí, tampoco tenemos más opciones.

—Tienes razón. Prefiero ir a la cárcel que terminar tirada en una cuneta, como Enzo.

—De todas maneras, debemos tener cuidado. La telaraña de esta gente es muy grande y no sabemos hasta dónde llega. Puede que nos estén espiando ahora mismo —susurró al oído de su amiga.

—No creo que nos estén vigilando.

—Se juegan mucho para no hacerlo. Mia sabe mucho porque Enzo le dio información desde el principio.

Ariadna estaba sudando. A pesar del frío notaba cómo su interior ardía por la situación límite que estaban viviendo. Cualquier esquina se podía convertir en su propia escena del crimen.

—Tengo una idea para no arriesgarnos.

—¿Cuál? Espero que sea buena, porque estamos en un buen embrollo —aclaró Patricia alzando una ceja.

—Subamos y se lo decimos al policía que está con Mia. Así, aunque nos estén siguiendo, verán que hemos subido. El agente debe llamar a Jimena. Es la inspectora que sabemos seguro que no está metida en todo esto.

—Tienes razón. ¡Buena idea!

—¡Vamos! Tenemos mucho que hacer y mucho que contar. No podemos estar aquí solas más tiempo, sin hacer nada. —Miró a su alrededor.

—Ojalá que todo salga bien.

—¿Bien? Para nosotras ya es tarde, pero al menos evitaremos que muera más gente y niños inocentes para el negocio de unos desalmados.

Ariadna asintió con un movimiento lento de cabeza y Patricia la correspondió con el mismo gesto. Se dieron la mano con fuerza antes de cruzar el umbral de lo que sería el principio de una decisión bondadosa. Patricia apretó los ojos para coger fuerza y rezó para que en otra vida pudieran ser perdonadas por todo el mal que habían hecho. No podían borrarlo, pero sí redimirlo con sus futuros actos. Y es lo que harían si sobrevivían a esa noche.

—Contaremos la verdad.

—Toda la verdad —repitió varias veces.

Capítulo 41

Eva no recordaba haber tenido antes a tanta gente durmiendo en casa. Se desveló un par de veces, ya que su mente no dejaba de pensar en situaciones dramáticas que se escapaban de su control. Se levantó silenciosa para llegar hasta la cocina y beber agua. Estaba intentando hacer tiempo para que llegara la luz de la mañana y el día comenzara. Tantas dudas e incógnitas emergían en su mente que era incapaz de conciliar el sueño más de unos minutos seguidos. Suspiró desesperada por el latente insomnio que no dejaba de aparecer cada una de las noches desde que Enzo no volvió a dormir aquella fatídica noche. Al colocar los pies en el suelo notó el frío en su piel y reaccionó poniéndolos de nuevo en alto, para después bajarlos y buscar las zapatillas en la oscuridad. Cogió la bata de los pies de la cama y abrió la puerta despacio para no despertar a las chicas, que dormían todas juntas en la misma habitación. Al principio Elena y ella pensaron que era mejor que no lo hicieran para que no le dieran más importancia a lo que estaba ocurriendo, pero después cambiaron de opinión. No se estaban enfrentando a una situación normal. Tuvieron que poner el colchón de Elsa en el suelo, junto a la cama supletoria en la que dormiría Blanca. Elena se quedó en la habitación contigua, con la puerta abierta, no quiso cerrarla para no sentirse sola. Emilio decidió que dormiría en el sofá del salón que se encontraba al lado de la puerta de la entrada. Creía que con la cercanía a la calle podría controlar cualquier ruido fuera de lo normal.

Colocó la mano en la barandilla, temiendo la oscuridad de la noche y la posibilidad de tropezarse al bajar. Deslizaba la mano al ritmo que lo hacían los pies. Llegó al suelo de la planta baja y los ruidos avisaron de que su padre estaba despierto. Probablemente sabía que bajaría en algún momento de la noche. Era temprano y faltaban apenas unas horas para que el sol saliera como cada mañana, devolviendo la falsa seguridad que la noche les arrebataba.

—¿No puedes dormir? —Sonrió su padre en la penumbra.

—No, pero parece que no soy la única.

—Cierto.

Eva caminó hasta la cocina y encendió la luz. Emilio fue detrás de ella y se sentó en una de las sillas. Colocó el codo en la mesa para sujetarse la cabeza sin dejar de observar cada uno de los movimientos de su hija.

—¿No le has dicho nada a mamá? Tienes que hablar con ella.

—Lo sé. —Suspiró, disgustado—. Pero ¿qué le dices a una persona que te ha engañado toda la vida?

—Te entiendo, pero posponerlo no sirve de nada.

—Lo sé, lo sé —repitió—. Lo cierto es que no tengo ni fuerzas ni ganas para mirarla a la cara. Si ha sido capaz de esconder algo así, ¿qué más secretos guardará?

—Ya. —Cogió un vaso y lo llenó de agua.

—Mañana lo haré. No tengo muchas expectativas sobre las excusas inservibles que me dará.

—No serán excusas, será la verdad. Tenía miedo. —Se sentó al lado de su padre y le acarició el brazo.

—¿Cómo pudo abandonar a un hijo? Bueno, a dos.

—Sería joven, y Leopoldo tendría tanto poder como ahora. Vendrá de una familia rica y

poderosa… creo que el resto ya te lo puedes imaginar.

—Cuando Lucián me lo contó, no daba crédito a lo que mis oídos estaban escuchando.

—Estará preocupada porque no has ido a dormir a casa.

—¡Qué poco la conoces!

—¿Qué quieres decir? —preguntó confusa.

—Tu madre sabe lo que ha hecho y es más lista y previsora de lo que piensas. Ella sabe lo que ha pasado y lo que ha salido a la luz. ¿De verdad piensas que no ha llamado a Leopoldo?, ¿o a Raquel?

—¿Tú crees? ¿Para qué?

—Bueno, supongo que, si tiene que salvar a alguien, preferiblemente se elegirá a ella misma. No te confundas, ya lo hizo con Enzo. No es ninguna pobre víctima que actuó bajó la coacción —argumentó sin expresión en el rostro—. Se quedó embarazada de un psicópata y abandonó a Enzo, y a la chica la dejó en manos de un enfermo mental para que la moldeara al gusto de la psicopatía que padece.

—Pero, papá, ¿cómo puedes pensar que es tan mala?

—¿En serio? —Se echó hacia atrás, perplejo—. Solo hazte una pregunta: ¿Tú abandonarías a tus hijas?

—Jamás —respondió apenada.

—Siempre hay otra opción, hija. Pero ella escogió la más cómoda para sí misma.

—Entiendo. —Volvió a beber agua, pensativa.

La cabeza con el pelo alborotado de Elena apareció por la puerta de la cocina.

—Hola. ¿Molesto?

—No, para nada. Pasa, Elena. Nunca molestas —aclaró Emilio.

—Gracias. ¿Puedo coger agua? —preguntó a Eva.

—Estás en tu casa. —Sonrió.

—Gracias. No puedo dormir. Estoy preocupada por Adrián, no me ha dicho nada.

—Lo siento, Elena, pero era la pieza de un plan del que no podía salir bien parado. Siento decírtelo así, pero creo que… —Se calló, arrepentido de lo que iba a decir. No era necesario decirlo en voz alta.

—Yo también lo he pensado —afirmó Elena, que se sentó delante de ellos.

Los primeros rayos de luz entraron por la ventana. Eva sintió alivio al comprobar que habían pasado la noche sin incidentes. Deseaba acabar con aquello de una vez. Volver a una vida tranquila y repleta de ignorancia de lo que ocurría a su alrededor.

—Voy a llevar a las niñas al instituto. ¿Te parece bien? Creo que necesito que me dé el aire para aclarar las ideas —resumió Elena.

—Claro. Yo voy a llamar a Jimena. No sé nada de ella desde ayer —anunció Eva—. Además, quiero ir a ver a Mia. Puede quedarse aquí hasta que pase el peligro y detengan a esa gentuza. —Se levantó de la silla y comenzó a preparar el desayuno.

—Luego me contáis qué os ha dicho Jimena. Voy a llamar a Adrián. Es un mentiroso, pero me gustaría saber que está bien. —Miró a Emilio con unas amplias ojeras marrones.

—Es el padre de tu hija, es normal. Sin embargo, te aconsejo que te alejes de él lo antes posible.

Elena asintió y sacó el móvil del bolsillo. Navegó por el menú y terminó en las últimas llamadas. Emilio comprobó que, a lo largo de la noche, le había llamado veinte veces. Ninguna había sido respondida. Lo sabía por el color en el que se encontraban las llamadas. La miró a los ojos.

—¿No te lo ha cogido?

Elena negó con la cabeza. Eva continuaba haciendo el desayuno, ensimismada en sus propios delirios y escrutando las posibilidades de salir del círculo de muertes que les había arrollado.

—No. Y tampoco me ha respondido a los mensajes.

Emilio no respondió. Sabía de sobra lo que eso significaba. Fue hacia el salón para coger su móvil y llamar a Carolina. No quería decir nada, pero quizá supiera dónde estaba Adrián, ya que la última noticia que tenían era que iba a verla a ella. Llegó a la cocina con el teléfono en la oreja. Miró a Elena y negó.

—Nada.

—Llevo a las niñas y voy al hospital.

—¿Eva?

Se dio la vuelta, después de meter unas rebanadas de pan en la tostadora.

—¿Qué?

—Adrián y Carolina no responden al móvil.

—Bueno, puede ser que estén enfadados con nosotros. Después de lo que ha pasado, creo que la relación con ellos está más que muerta y enterrada.

—Puede ser —Elena se encogió de hombros, aceptando la exposición de Eva.

—No, eso no puede ser. Ha pasado algo. Llama a Mia al hospital, asegúrate de que está bien.

Eva obedeció la orden de su padre.

—¡Vaya! Me lo he dejado arriba. Ahora vengo. —Salió por la puerta con pasos rápidos.

Emilio le dio la mano por encima de la mesa.

—Tranquila, vamos a averiguar qué pasa.

—¡Joder! Me ha llamado Jimena hace quince minutos —anunció nerviosa al aparecer de nuevo en la cocina.

—¡Llama!

—Voy. —Tocó la pantalla y esperó hasta escuchar la voz de la inspectora.

Emilio y Elena no escuchaban la voz de Jimena, solo los monosílabos de Eva y su reacción de terror ante la noticia. Colgó el teléfono y se sentó al lado de Elena. El pulso le temblaba cuando estiró la mano para agarrar la de su amiga. Miró a su padre con angustia en el corazón e inhaló un aire denso y difícil de respirar.

—Lo siento, Elena. Han encontrado a Adrián muerto en el aparcamiento del hospital, y a Carolina la han asfixiado en la habitación.

Abrazó a una Elena devastada por la noticia.

Capítulo 42

Elena estuvo en *shock* durante unos minutos después de la noticia. Eva y Emilio no sabían qué decir para que reaccionara, así que mantuvieron el silencio hasta que lo hizo. Se levantó de la silla de la cocina y se fue a duchar. Las chicas se despertaron para desayunar y marcharse. Elena le daría la noticia de la muerte de Adrián cuando le aclararan qué era lo que había pasado.

Estaban en la cocina, con el último bocado del desayuno, cuando Elena apareció por la puerta.

—Las llevo yo, no os preocupéis, luego me iré directa a comisaría.

—¿Qué pasa, mamá? —preguntó Blanca.

—Nada, hija. No sabemos dónde está papá. No coge el teléfono.

—Vale —respondió resignada.

—¡Venga, chicas! Os lleva Elena. —Dio un beso a cada una de sus hijas y fue al salón a comprobar qué hacía su padre.

Emilio se encontraba sentado en el sofá con la taza de café en la mesa y sujetando el móvil con una de las manos. Su mirada inerte y carente de emoción estaba clavada en la pantalla.

—¿Qué pasa? Me voy a duchar y nos vamos.

—De acuerdo. Creo que es mejor que vaya a zanjar esto de una vez —dijo Emilio.

—Es lo mejor. ¿Quieres que vaya contigo?

—No, creo que es mejor que primero hablemos nosotros solos. Luego te llamaré para que vengas. Ve con Jimena y terminad de solucionar este embrollo. —Sonrió ligeramente con tanta tristeza como pena.

—Está bien. Jimena me ha dicho que tienen pruebas suficientes para encerrarlos. —Se acercó a su padre—. Antes no os lo he dicho, pero han encontrado muerta a Aitana. La han tirado en un bosque apartado de la ciudad.

—¿Han sido ellos?

—Con total seguridad, sí. Pero tienen que buscar las pruebas para acusarlos.

—¿Y de todo lo demás tienen pruebas?

—Sí, y testigos. Patricia y Ariadna han ido a testificar. Les habían ordenado matar a Mia, gracias a la cual hay más pruebas que Enzo le hizo llegar por si le pasaba algo. Aunque también las tenía Jimena.

—¿Ariadna y Patricia?

—Sí, no quieren ser unas asesinas y delataron a Raquel y Leopoldo con multitud de pruebas que habían recopilado.

—Entiendo. Ahora nos queda esperar, ¿no?

—Sí, están montando un dispositivo de agentes para entrar en la finca donde residen. Los van a detener.

—Parece que no eran tan intocables como se pensaban. —Asintió con la cabeza.

—Sí que lo eran. Gracias a Patricia y Ariadna saben quiénes son los que cooperaban en el negocio, incluido jueces.

—¡Cómo no! Los seres incorruptos están metidos en todos los ajos.

—Eso parece. —Guardó silencio con la mirada clavada en su padre—. ¿Estás bien?

—Bueno, he tenido días mejores. —Se encogió de hombros.

—Habla con mamá. Luego te llamo. Quiero estar con Jimena cuando detengan a esos desgraciados. —Apretó los dientes.

—Has conseguido hacer justicia para Enzo. Seguro que estaría muy orgulloso de ti.

—Eso espero. —Sonrió—. Voy a ducharme. ¿Me esperas, o te vas ya?

—Me tomo esto —señaló el café—, y me marcho. Necesito quitarme este peso de los hombros.

—Vale.

Eva se sentó para darle un fuerte abrazo a su padre. Sabía que lo estaría pasando mal. La mujer de su vida le había engañado. La decepción y traición que sentiría en ese momento no serían fáciles de superar. Emilio había valorado la situación y las decisiones que quería tomar. Hablaría con Pilar para después poder continuar cada uno con su vida. Una vida conjunta ya no tenía sentido, ni había manera de llevarlo a cabo. Emilio quería irse unos días con Lucián. Navegar unos días con el barco de su amigo mientras le daba el aire del mar en la cara, le vendría bien. Empezaría una vida nueva lejos de Pilar y de sus mentiras.

—¡Nos marchamos! —exclamó Elena mientras cogía la mochila de Blanca.

—Vale.

Eva y Emilio salieron del salón y dieron un beso a Elsa y Dunia. Esperaban que todo acabara para poder llorar en soledad la pérdida de su padre.

Vieron cómo se montaban en el coche y se alejaban por la carretera.

«Espero que Elena supere la muerte de Adrián lo antes posible. Se lo merece».

Capítulo 43

Cuando Eva desapareció por las escaleras para ir a ducharse, Emilio se bebió el café de un sorbo. Las ansias por encontrarse con su mujer cara a cara no podían esperar más. Necesitaba cerrar, de una vez por todas, ese capítulo de su vida y comenzar el siguiente. Ya no era un chaval, pero comenzar de nuevo, lejos de las viles mentiras de Pilar, era lo que necesitaba su cuerpo y, sobre todo, su mente. Cogió el abrigo y se subió la cremallera con un movimiento tembloroso de manos que sus ojos observaron preocupados.

Cada uno de los segundos que pasaron hasta que sacó la llave al llegar a la puerta de su casa, se le hicieron horas. El sudor que le recorría la espina dorsal era frío y pesado. Quería entrar, pero a la vez huir. No volver nunca más, desaparecer y que aquello solo hubiera sido un mal sueño. Nunca había pasado tanto tiempo delante de su propia casa. Observó la puerta como si fuera la última vez que sus tristes ojos tuvieran la oportunidad de contemplarla. El pomo dorado se convirtió en su punto de apoyo para coger aire y valor para abrirla.

Metió la llave en la cerradura y un silencio inusual en el interior le hizo estremecerse. «Algo ha pasado». Pilar, lo primero que hacía al levantarse por las mañanas, era encender el televisor. Estaba apagado. Ladeó la cabeza sin entender qué es lo que estaba ocurriendo en su casa. No había ninguna luz encendida y las persianas seguían bajadas hasta la mitad. La única claridad que entraba era la de los rayos de luz que se colaban por las ventanas.

—¡Pilar! —gritó después de tragar saliva.

La idea de que Pilar se hubiera convertido en un cabo suelto al que había que eliminar por parte del matrimonio de psicópatas, se le pasó por la mente mientras subía por las escaleras de camino a la habitación. La puerta estaba entornada y la persiana bajada. No se veía nada. Tuvieron que pasar varios segundos hasta que los ojos de Emilio se acostumbraron a la oscuridad.

«La luz del baño está encendida. ¡Qué raro!».

Dentro del dormitorio se encontraba el aseo que solía utilizar el matrimonio. Pilar no estaba en la cama, y esta se encontraba perfectamente hecha. Pegó el cuerpo a la pared para asomarse por la puerta del baño con precaución.

«¿Qué está pasando aquí?».

Se le secó la garganta a causa de los nervios. Avanzó unos metros con cuidado y la respiración contenida. A simple vista, no parecía que hubiera rastro de presencia humana en la casa. Sin separar el cuerpo de la pared, inhaló aire para asomar la cabeza por la puerta del baño solo unos centímetros, sin ser visto.

«Será solo un segundo, para ver qué está pasando aquí».

Asomó la cabeza y sus ojos quedaron horrorizados sin poder apartar la vista de la escena.

Pilar se encontraba desnuda, sumergida en la bañera con el agua teñida de color rojo. El brazo sobresalía por el borde, con una herida en la muñeca y formando un gran charco de sangre en el suelo. Emilio se llevó las manos a la cabeza. Estaba horrorizado con la escena.

—¡Dios mío! ¡No puede ser! Se ha suicidado.

Sus pies eran incapaces de moverse y su mente no reaccionaba. Ver así a la mujer que durante tantos años había sido su compañera de vida, le provocó un dolor en lo más profundo de

su corazón. Pilar no pudo soportar más las mentiras y lo que había provocado en los miembros de su familia. Decidió que ya era tarde para intentar arreglar nada y que sus actos eran imposibles de perdonar.

Emilio no quiso tocar nada, ni siquiera volver a entrar en el cuarto de baño. Deshizo los pasos que con tanta cautela había dado y llamó a Jimena. Sabía que Eva estaría con ella en comisaría. Cuando colgó el teléfono, comenzó a llorar con un sentimiento desgarrador, repleto de dolor y culpa.

Capítulo 44

Aitana había sido hallada muerta en un bosque. La habían encontrado abandonada, oculta entre unos densos arbustos. Debido a la relación personal que tenía con Jimena, fueron otros agentes quienes fueron a la escena del crimen y llevaron el caso. La totalidad de los asesinatos estaban relacionados, sin embargo, aunque Jimena fuera la inspectora del caso principal, no podría llevar a cabo algunas funciones por su implicación con las víctimas.

Nicolás salía por la puerta devastado cuando se encontró a Eva. Se dieron un abrazo cargado de sentimiento y tragedia. No eran grandes amigos, pero los últimos acontecimientos los habían unido.

—Han matado a Aitana —balbuceó entre lágrimas.

—Los vamos a encontrar —dijo al cogerle la cara entre sus delgados dedos y con frialdad en la mirada.

—Deberían pudrirse en la cárcel. Espero que Jimena lo consiga.

—Lo conseguirá —aseguró Eva, convencida de cada una de sus palabras.

—El dispositivo que han mandado a la casa de esos desgraciados lo ha conseguido.

—¿Los han detenido?

—Sí, están arriba. Los están interrogando. —Hizo una pausa—. Bueno, lo están intentando sin mucho éxito.

—No han dicho nada, ¿no?

—Ni lo van a decir. Estarán esperando a que les salven y salir airosos en un par de días.

—¿Lo crees posible?

—Eva, yo ya no creo que haya imposibles. Creo que, si no consigues algo, es porque no tienes los contactos adecuados. —Se encogió de hombros—. Lo siento, me voy a casa, necesito descansar.

—Lo entiendo. Descansa. —Asintió.

Se volvieron a dar un abrazo y Nicolás echó a andar ante la mirada triste de Eva. El aire sacudía con firmeza y se arremolinaba en cada una de las esquinas. Las ramas de los árboles parecían luchar entre ellas cuando Nicolás desapareció de la vista. Una lágrima resbaló por la mejilla de la veterinaria. La secó antes de atravesar la puerta de la comisaría para subir al desenlace de su destino.

Arrastró los pies con pesadumbre a través de los pasillos hasta llegar al lugar de trabajo de Jimena. Sabía que la estaría esperando. Lo ocurrido en los últimos días había sido duro y aterrador para todos. Sin embargo, ella había perdido a su marido y debía seguir protegiendo a sus hijas de las posibles situaciones de peligro que surgieran en adelante. Sentía que, aunque detuvieran al matrimonio y los implicados hubieran confesado, no era el final. Vio el pelo negro de Jimena a lo lejos. El estado físico de la inspectora había pagado un alto precio. Su silueta se encontraba encorvada, con los hombros encogidos. Una de las manos sujetaba su cabeza y los ojos se encontraban perdidos en la profundidad del negro de la pantalla del ordenador. Eva se paró delante sin hacer ningún ruido. Jimena levantó la cabeza. Los ojos rojos se detuvieron en un cruce de miradas.

—Eva, es mejor que te sientes. Ha pasado algo —tartamudeó. No sabía cómo dar una noticia

tan trágica. Emilio se encontraba en *shock*, y antes de que se filtrara la información, debía decírselo en persona.

—¿Qué pasa?

—Bueno, verás…

—Jimena, nada puede ser peor de lo que ya he pasado. Suelta lo que tengas que decir de una vez. —Asintió, convencida de poder soportar cualquier noticia, por terrible que fuera.

La inspectora suspiró profundamente. Hinchó su pecho con rapidez para vaciarlo despacio y tener tiempo de calcular sus palabras. Las bolsas marrones en el rostro de Jimena cada vez eran más oscuras y la falta de descanso hacía que sus ojos fueran cada vez más pequeños, como minúsculos botones en un costurero.

Apartó el teclado de la mesa y cogió la mano de Eva por encima de esta.

—Lo siento, Eva. Tu padre ha encontrado muerta a tu madre esta mañana. Se ha suicidado en la bañera de su casa.

El rictus se mantuvo intacto durante unos segundos. La noticia era totalmente inesperada y devastadora. Sintió que no podía respirar, el aire eléctrico le atravesaba los pulmones y el pecho le dolía como si le hubieran clavado un cuchillo frío en el corazón. Comenzó a llorar sin consuelo. Jimena se levantó con rapidez para acercarse a ella. Se colocó de cuclillas y la abrazó. Eva levantó la cabeza y miró a Jimena con los ojos inundados en lágrimas.

—¿Puedo hablar con Raquel?

—No lo sé —contestó perpleja—. No han dicho nada desde que los han traído.

—Necesito hablar con ella.

Jimena se puso en pie.

—Ya, pero están detenidos, Eva. Lo voy a intentar, pero puede que no quieran hablar contigo, y no la podemos obligar.

—Tengo la corazonada de que sí querrá hacerlo. Lo necesito, Jimena —rogó—. Han destruido mi familia y tengo que poner punto final a lo ocurrido para continuar. Lo entiendes, ¿verdad?

—Está bien. Espera un segundo.

La inspectora desapareció durante unos largos minutos y volvió cabizbaja para detenerse frente a Eva.

—Puedes pasar. Solo te pedimos un favor.

—¿Cuál? —preguntó con el ceño fruncido.

—Intenta sacarle dónde está Sandra. No estaba en la casa cuando detuvieron a Raquel, Alfredo y Leopoldo. Es la única persona que se nos escapa —argumentó pusilánime—. Si no la encontramos, el imperio continuará y será como si todo nuestro esfuerzo y las muertes que han dejado, no hubieran valido de nada.

—De acuerdo. Lo intentaré.

—Gracias. Sé que eres la persona que más ha perdido con todo esto. Sígueme.

La llevó hasta la puerta de la sala en la que esperaba Raquel.

—Está dentro. —La agarró por el brazo—. Va a jugar contigo. No debes perder los nervios. Es probable que te provoque.

—Cuento con ello.

—Espero que consigas lo que buscas. —La abrazó.

Eva inhaló aire antes de entrar en la sala donde Raquel la recibió con una sonrisa. Se sentó en la silla fría y metálica que había frente a la psicópata.

—¿Y bien? Tú dirás. ¿Qué es lo que quieres de mí? —Adoptó una posición altiva, echándose

hacia atrás en la silla.

—Mi madre se ha suicidado.

—¡Genial! Es lo que tenía que haber hecho hace años. —Sonrió.

—Tienes razón.

—No quiero que pierdas el tiempo, no voy a decir nada. Solo hablaré con mi abogado para que me saque de aquí y resuelva este malentendido.

—Hay pruebas de sobra para que paséis toda la vida en la cárcel.

—Eso es relativo, como todo lo que tiene que ver con esto. Yo salvo vidas que merecen la pena.

—¿Qué quieres decir?

—Ya me has oído. La vida de gente triunfadora, empresarios de éxito y personas con poder.

—Entiendo. —Soltó un suspiro desesperado.

Eva comprendió a qué se refería. En la cabeza de aquel matrimonio, las personas a quienes les quitaban los órganos no merecían la pena dentro de la sociedad. Huérfanos, gente pobre y sin recursos, no merecían vivir. Sin embargo, la gente con éxito y poder ya había demostrado que eran valiosas, por eso los salvaban.

—Solo me queda Sandra. Es mi hermana.

—¿Tu hermana? Es hermana de Enzo, no tuya. Está claro que no quiere saber nada de ti. No pensarás que soy tonta, ¿verdad?

—Tienes que decirme dónde encontrarla, por favor. Es la única familia que me queda.

—Mi querida niña, nunca has estado al nivel de esta familia, ni lo estarás jamás. Si Sandra quisiera algo de ti, se pondría en contacto, cosa que dudo. —Arqueó las cejas—. ¿Ya has terminado? No quiero hablar contigo, la verdad.

—¿Por qué mataste a Enzo?

—Yo no he matado a nadie. —La sonrisa que se dibujó en su rostro, llenó a Eva de terror—. Por lo que tengo entendido fue un accidente. Aunque —Se echó hacia delante para colocar los codos encima de la mesa—, si le hubieran matado, sería por meterse donde nadie le llama. Además, seguro —volvió a sonreír— que se reunieron con él varias veces para que lo dejara estar.

—¿Qué quieres decir?

—¿En serio, Eva? A veces creo que eres tonta. O muy ingenua, no sé…

—¿Qué quieres decir? —repitió.

—¿No has pedido el testamento de tu *maridín*? Quizá encuentres grandes cantidades de dinero cuya procedencia no puedes justificar.

—¿Qué? ¡Eso es mentira!

Raquel soltó una gran carcajada cuando Eva se puso en pie y la silla cayó al suelo con un golpe que retumbó en la sala.

—Son hechos, cariño. Ya lo descubrirás tú solita.

Eva se quedó en silencio y las lágrimas aparecieron en una mirada llena de furia.

—¿Sabes un refrán muy famoso?, «La avaricia rompió el saco». —Volvió a sonreír—. Compruébalo. Has estado tan entretenida en destruirme que no te has parado a pensar de dónde sacaba tu marido tantos datos. ¿De la nada? Tantas pruebas siendo un periodista de investigación del tres al cuarto. ¡Venga, espabila!

—¡No es cierto!

—Por más que lo digas, no va a dejar de ser verdad. No soy tu hada madrina. —Se acercó y colocó el cuerpo por encima de la mesa—. Una palabra mágica para facilitarte las cosas: paraíso

fiscal.

Eva apretó los puños y salió de la sala visiblemente afectada y dando un portazo. Jimena la esperaba al otro lado de la puerta.

—¡Es mentira! Solo ha querido sacarte de quicio, ¿no lo ves?

—Tienes razón. —Respiró despacio para intentar tranquilizarse.

—Vete a casa con tu padre. Te necesita.

Capítulo 45

Jimena llegó a casa agotada. Había tenido que dar el máximo de sí misma para que todo saliera como habían planeado. Colocó el abrigo en su sitio y cerró la puerta con llave. Avanzó hasta la habitación mientras buscaba el teléfono desechable en el bolso. Lo sacó y se tumbó en la cama con una sonrisa de satisfacción por el esfuerzo sobrehumano que había hecho. Había merecido la pena. Buscó en la agenda del móvil y marcó el único contacto que tenía. Sonrió al leer cómo lo había guardado: Don nadie.

—Hola, Jimena. ¡No podía haber salido mejor!

—Hola, Sandra. ¡Desde luego! —Rio con la mirada clavada en el techo de la habitación.

—Mis padres y sus secuaces, detenidos. Ariadna y Patricia serán asesinadas en la cárcel, está todo preparado. Lo único que me da pena es que tu amante, mi hermanito del alma, haya tenido que morir por idiota.

—¿Enzo?

—Claro, ¿quién va a ser? Le dije que llevaba años en esto, como para que nos dejara tirados ahora. Le entró la mala conciencia, pero ya no había vuelta atrás.

—Lo sé. Él mismo eligió a Javi, y luego iba contando la historia de niño huérfano. Quiso engañar a todo el mundo y lo único que consiguió fue que terminaran muertos, como él. —Suspiró.

—¿Estás triste por tu amor?

—Sandra, le quería mucho, la verdad. Llevábamos juntos desde que éramos pequeños. Quiso dejar el negocio cuando conoció a esa estúpida, pero no tardó en volver a mí.

—Pero te traicionó —la interrumpió.

—Lo sé, pero ha pagado las consecuencias con creces. —Apretó los puños, agarrando la sábana de la cama—. Le advertí de lo que pasaría y no me quiso escuchar. Por su estupidez, sus amigos, Adrián y Carolina, han terminado muertos.

—Si no hubiera dejado todos aquellos datos y hablado con Mia… —Se calló al recordar.

—Aunque a ti te ha venido bien. Te has quitado a tu competencia del medio. Ahora te quedarás con todo sin problemas.

—Lo sé, es un gran alivio.

—¿Qué vas a hacer con Eva? No creo que renuncie a buscarte.

—Lo tengo que pensar.

—Está bien. Me voy a dormir, mañana tengo mucho papeleo. —Se incorporó en la cama.

—¿El suicidio?

—Exacto. Es la única muerte que no ha sido directamente nuestra.

—Pobre idiota. Si hubiera sabido que su querido Enzo siempre supo que era su madre y la despreciaba igual que yo, por abandonarnos por dinero… Menuda déspota. El dinero compra todo.

—Parece que sí.

—Buenas noches, Jimena. Estaré un tiempo escondida, hasta que todo se calme. No me vuelvas a llamar, yo me pondré en contacto contigo, ¿de acuerdo?

—Está bien. Recuerda que no debes llamar la atención, intenta no salir mucho a la calle.

—Tranquila, sé lo que tengo que hacer. El negocio está parado hasta nueva orden.

—Está bien.

Jimena colgó el teléfono y se levantó para tomarse un vaso de agua antes de irse a dormir plácidamente.

Los secretos estaban a buen recaudo, y los acontecimientos habían ocurrido según ellas habían previsto.

Para los escritores es importante tener reseñas de lectores. Si puedes poner tu opinión en Amazon sobre el libro te lo agradecería mucho.

Puedes contactar conmigo:
Instagram: veronica_caballero_sanchez
Facebook: Verónica Escritora

Otras de mis novelas publicadas:
«Serie *El enigma*»
–El enigma masón
https://www.amazon.es/dp/B09SGHHGWX
–Un psicópata dentro de mí
https://www.amazon.es/dp/B08L7YMZPS
–El enigma de Toledo: La cueva de Hércules
https://www.amazon.es/dp/B0BN1X5W92
–El enigma de Botticelli
https://www.amazon.es/gp/product/B0CL935L71
–El enigma del cuadro de Sator
https://www.amazon.es/dp/B0D8H6DLTZ

«Serie *Imposible de perdonar*»
–Lo pagaréis
https://www.amazon.es/dp/B08YK2282L

—El principio de la venganza
https://www.amazon.es/dp/B0C2Q3PJ2V

Otras novelas:
–El asesino de la capa
https://www.amazon.es/dp/B0C745C28X
–La tristeza del marinero
https://www.amazon.es/dp/B08C5DZX9X

Muchas gracias por leer mis novelas.
Un abrazo enorme.